

Melanie Milburne

HIJO DEL CHANTAJE

Hijo del Chantaje

Melanie Milburne

1º Serie Multiautor Chantaje

Hijo del Chantaje (22.09.2004)
Título Original: The Blackmail Pregnancy (2004)
Serie Multiautor: 01 Chantaje
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1530
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Byron Rockcliffe y Cara Gillem

Argumento:

Jamás accedería a tener un hijo por culpa de un chantaje.

El millonario Byron Rockcliffe había irrumpido de golpe en la vida de Cara a pesar de que hacía ya mucho tiempo que no estaban casados. Byron sabía que el pequeño negocio de decoración de interiores de Cara estaba al borde de la ruina, así que le ofreció un contrato increíble. Pero, por mucho que lo negara, no sólo estaba buscando a alguien que le decorara su lujosa casa, lo que quería era tener un hijo con Cara.

Capítulo 1

—Si no cierras este trato, Cara, estamos perdidos. Cara miró aturdida a su socio.

—¿Qué quieres decir con «perdidos»? —preguntó con sudor en las palmas de las manos.

—Kaput, finito, acabados.

—Pero vamos tirando, ¿no? —preguntó ella, tragando saliva—. Eso dijiste hace un mes, en nuestra última reunión. Y con esa cuenta Pritchard que debe de estar al caer.

—Me he reunido con su contable esta mañana —la contradijo Trevor, negando con la cabeza—. El préstamo está al límite y los míseros peniques de Pritchard no cubren ni los intereses de este mes, por no hablar del que viene. Por eso es tan importante la cuenta Rockcliffe; literalmente, no podemos sobre vivir sin ella.

Cara se puso tensa ante la sola mención del nombre y sintió miedo con tan sólo imaginar los rasgos del dueño.

—¿Por qué yo? —preguntó tras un largo silencio.

—Porque es a ti a quien ha pedido, querida —contestó Trevor mientras se miraba la manicura de sus uñas—. Insistió en que llevaras la cuenta entera, lo cual me pareció bastante homófobo, pero tú sabrás todo sobre eso, dado que estuviste casada con él.

La mirada de Cara no delataba sus emociones, aunque por dentro sintió que se le revolvía el estómago.

—De eso hace mucho, Trevor. De hecho, siete años. Ni siquiera me acuerdo de él. Probablemente tendrá barriga y una calva enorme.

—A lo mejor por eso te pidió a ti —sonrió Trevor con malicia—. Para refrescarte la memoria.

—No me preocupa la memoria, sino sus motivos.

—¿A quién le importan los motivos? Nos está haciendo un gran favor al contratamos. ¡Piénsalo! Una mansión gigantesca en Cremorne. Carta blanca sin preguntas.

—Suena demasiado bien para ser cierto. Preferiría ver la letra pequeña antes de comprometerme.

—Demasiado tarde. Ya nos he comprometido. Quiero decir, a ti. Lo siento, cariño, pero no podía ver cómo se iba todo ese dinero a otro sitio. Ya sabes, a caballo regalado no se le mira el diente.

—Sí —contestó ella, poniéndose de pie y tomando su carpeta—, ya sé lo que dicen. Pero también sé que la edad de un caballo se sabe por los dientes, y si quieres saber si te llevas uno bueno deberías verle la boca antes

—No creo que hubiera llegado muy lejos si le hubiera pedido a Byron Rockcliffe que me abriera la boca para mirar —rió Trevor—. Mejor te dejo eso a ti.

Cara lo fulminó con la mirada antes de abrir la puerta del despacho

para salir.

—Si mañana no aparezco, será culpa tuya. Me has hecho ir demasiado lejos y te hago completamente responsable.

—Si no apareces mañana, asumiré que Byron Rockcliffe te ha llevado a la cama —repuso Trevor con sonrisa ladina—. Parece tan hombre… Qué desperdicio —comentó, a lo que Cara se dio la vuelta y salió del despacho—. ¡Buena suerte!

Ella no respondió, pues consideraba que necesitaba más que suerte para aguantar la siguiente hora.

Necesitaba un milagro.

Las oficinas de Rockcliffe y Asociados eran inmensas incluso para Sidney. Cara tomó el ascensor hasta el piso decimonoveno con el corazón saliéndosele del pecho por los nervios de volver a ver a su ex marido

Se pegó a la pared e intentó controlar la respiración El ascensor se paró tres veces más, prolongando la agonía, y ella miró a los números sobre su cabeza como si fuesen una cuenta atrás al desastre, hasta llegar al diecinueve. Las puertas se abrieron y ella salió hacia una fila de espejos, en la que se miró cómo si se viera por primera vez; el cabello castaño con reflejos dorados por los hombros, las mejillas rojas como si hubiera subido corriendo; y se notaba que el traje que llevaba era viejo.

En cambio, la recepcionista rubia iba vestida de Armani y Cara se acercó a ella con inquietud.

—Tengo una cita con el señor Rockcliffe a las tres.

—¿La señorita Gillem? preguntó la recepcionista tras mirar su ordenador.

—Sí.

—Va un poco retrasado —la informó la recepcionista levantando su mirada azul para mirarla—. Si no le importa esperar

—¿Cómo de retrasado? —interrumpió Cara.

—Unos veinte minutos. Puede que treinta.

Esperaré Cara tras un fuerte suspiro.

Cuarenta y tres minutos más tarde, Cara oyó el interfono y escondió la cabeza en la revista que fingía leer, con el corazón en un puño y las manos temblorosas.

—¿Señorita Gillem? El señor Rockcliffe la puede ver ahora. Es la primera puerta a la derecha por el pasillo.

Cara se puso de pie, dejó la revista y anduvo por el pasillo con piernas temblorosas. La mano que levantó para llamar a la puerta que tenía un cartel con el nombre de su ex marido estaba temblando; pero logró recomponerse.

—Adelante.

Cara se sintió inmediatamente en desventaja, pues sus anchos hombros bloqueaban la luz que en traba por las ventanas detrás de la mesa. Aunque tenía casi todo el rostro en sombra, Cara pudo imaginar su expresión, burlona e irónica, mientras ella permanecía de pie como una colegiala reprendida cuyas rodillas amenazaban con romper el silencio con su intento de chocarse una con otra.

—Cara

Una palabra, dos sílabas, cuatro letras.

Byron.

—Siéntate.

Ella se sentó. Él se echó hacia atrás y la miró a la cara durante unos segundos que a ella le parecieron interminables.

—¿Quieres beber algo? ¿Café? ¿Algo más fuerte?

Ella negó con la cabeza y agarró con fuerza la carpeta.

—Nada, gracias. Preferiría que fuéramos directos a los negocios.

—Ah, sí —dijo él, dejando su bolígrafo de oro—. Los negocios —¿Cómo te va, por cierto?

—¿Disculpa? —preguntó ella con cautela.

—Tu negocio.

—Bien contestó ella, que incluso en la penumbra pudo ver su mirada escéptica.

—¿Bien?

—Estoy segura de que sabes que no estaría aquí si fuese bien.

—¿No habrías venido ni atada de pies y manos?

—Creía que tu sede central estaba en Melbourne.

—Me he expandido. Mi negocio está en auge.

—Felicidades —dijo ella, en un tono que no era n absoluto de felicitación.

—Gracias

—Trevor me informó de tu petición —dijo ella rompiendo el tenso silencio—.No logro comprender tu insistencia en que hiciera yo trabajo. Trevor es el creativo.

—Tu tendencia a infravalorarte no ha disminuido, por lo que veo. Por cierto, ¿qué tal está tu madre?

—Murió.

Cara sintió una ligera satisfacción al ver su reacción.

—Lo siento; no me había enterado.

—Fue un entierro privado. Mi madre tenía pocos amigos.

—¿Cuánto hace?

—Tres años. Fue muy rápido.

—¿Cáncer?

—No —dijo, y lo miró un segundo a los ojos—. Complicaciones tras una operación sencilla.

—Debió de ser un duro golpe para ti.
—La vida sigue.
—Sí —repuso él sin dejar de observarla.
—Bueno —dijo ella y giró la silla hasta tener los ojos a la misma altura que él—. Volvamos a los negocios. Trevor me dijo que la propiedad está en Cremorne. ¿Tiene vistas al puerto oes...?
—Te llevaré esta tarde la cortó él.
—Puedo llegar yo sola.
—Como quieras...
Cara se mordió el labio. Se sentía nerviosa, como si el suelo se fuera a abrir bajo sus pies.
Tengo que ver esquemas de colores —dijo— Necesito hacerme una idea de la composición y...
—Tengo los planos aquí —dijo, y sacó unos pape les de un maletín que había al final de la mesa. Todas las especificaciones están aquí.
—¿Para cuándo tiene que estar? —preguntó ella mientras hojeaba los planos.
—Para el uno de octubre.
—No es mucho tiempo.
—Un mes. Suficiente.
—La mayor parte de los fabricantes —le explicó ella, levantando la vista— requieren una notificación de al menos seis u ocho semanas.
—Pues escoge a los que lo hagan en un mes.
—Pero...
—Hazlo. Estoy segura de que eres capaz de mover los hilos para conseguirlo.
Cara tragó saliva para no contestarle y volvió a mirar los planos como si estuviera intentando leer un texto en un idioma antiguo del que no sabía nada. En unos segundos había pasado de ser una diseñadora de interiores habilidosa y profesional a un ser lleno de miedos incapaz de ordenar sus pensamientos.
—Tengo que pensarlo.
—¿Cuánto tiempo?
—Un día o dos. Quizá tres —respondió, recordando la interminable espera en recepción
—De acuerdo —convino él tras pensarlo un poco. Tienes tres días. Te veré en tu oficina el viernes a mediodía, pero no quiero más retrasos.
—¿Por qué tienes tanta prisa? Estoy segura de que conoces el negocio lo suficiente como para saber que esto requiere su tiempo.
—Quiero mudarme a esa casa lo más pronto posible. Llevo tres semanas en un hotel y ya me estoy impacientando.
—¿Esta es tu casa? —le preguntó ella, sobresalta da—.¿Vas a vivir aquí?

El asintió.

—Pero, pero si vives en Melbourne —dijo ella con pánico creciente —. ¿Qué pasa con tu familia? Y tus negocios?

—He decidido que era hora de cambiar.

—La guía telefónica está llena de diseñadores de interiores. ¿Por qué yo?

—¿Por qué no tú?

—Porque hay muchos diseñadores con mucho más talento que yo; por eso.

—Pero te quiero a ti.

Fueron sólo cinco palabras, pero Cara creyó ver un doble significado en ellas.

—Me siento halagada, claro —dijo sin sinceridad.

Byron se puso de pie y salió de las sombras, y Cara mantuvo el aliento. El metro noventa y cinco de él frente al metro setenta de ella siempre la había intimidado, pero ahora lo hacía aún más. Llevaba el pelo negro muy corto, y su barbilla ya comenzaba a mostrar la sombra de todo un día de trabajo. La boca tenía una mueca extraña, como si hubiera olvidado sonreír. Enseguida recordó su sonrisa, que había sido lo primero en lo que se había fijado tiempo atrás, unos dientes perfectos y blancos y unos labios que se curvaban formando arrugas en la comisura de sus ojos color chocolate. Unos ojos que ya no daban muestras de aquella alegría.

—Te has cambiado el pelo

Cara salió de sus recuerdos y se colocó un mechón rubio detrás de la oreja.

—Sí.

Fue por los planos, pero estaba tan nerviosa, que se le cayeron al suelo. Al agacharse a recogerlos vio que Byron ya lo estaba haciendo, y sus dedos se tocaron al querer recoger el último al mismo tiempo. Ella retiró la mano enseguida como si le hubiera picado algo y se puso de pie.

El sonido del interfono logró que pudiera soltar el aire que había guardado mientras él iba a su mesa, y la voz fría de la recepcionista llenó el silencio.

—Byron, el señor Hardy quiere verte.

—Gracias, Samantha.

Apretando los dientes, Cara metió los planos en su maletín mientras crecía su resentimiento.

—No tardaré mucho —le dijo Byron—. Siéntate, por favor; le diré a Sam que te traiga un café.

—No puedo, tengo que… —empezó a protestar, pero él ya se había marchado.

No le quedó más remedio que quedarse allí a esperarlo. La indignó

cómo la manejaba, como si no tuviera mejores cosas que hacer. Se acercó a la mesa de Byron. Había una fotografía al lado del ordenador y no pudo evitar mirarla. En ella estaba toda la familia Rockcliffe con sus cónyuges, dos de los cuales no conocía. Alrededor, como pequeños trofeos, había seis niños. Cara examinó los rasgos de cada uno y reconoció un poco de Byron en ellos.

—Veo que estás poniéndote al día con la familia —dijo Byron al entrar, en tono agrio.

—Menuda carnada habéis estado haciendo. Dime, Byron, ¿cuál es el tuyo?

El endureció la mirada, mientras ella se preparaba para que no le doliera demasiado escuchar que era el padre de uno o dos de aquellos preciosos niños, por no hablar de lo que le dolería saber cuál de aquellas mujeres era su nueva esposa.

—Ninguno.

—¿Ninguno?

—Ninguno.

Byron se sentó con tranquilidad y Cara envidió su calma mientras él la observaba como un águila que rodeara a su presa hasta el momento exacto de abalanzarse sobre ella. No podía mantenerle la mirada y jugueteaba con un clip que había encontrado en la mesa.

—¿Algún remordimiento, Cara?

—¿Qué quieres decir? —le preguntó ella sin querer mirarlo demasiado, pues no quería que viera el dolor en sus ojos, la punzada de remordimiento que siempre reflejaban.

—Lo de anteponer el trabajo a la maternidad. Dime, ¿ha sido tan satisfactorio como imaginabas?

—Por supuesto —contestó ella, soltando el clip y dándose cuenta de que no la creía— Me encanta mi trabajo. Y Trevor es muy divertido. Es muy creativo, y siempre me inspira para hacer cosas que no había hecho antes.

—¿Cómo entrar en bancarrota?

—Las cosas están un poco mal ahora —le replicó fulminándolo con la mirada—, pero saldremos adelante.

—Tu seguridad te honra, pero por lo que sé vais cuesta abajo.

—¡Eso no es cierto! —negó ella rotundamente. No podía permitirle regodearse de su fracaso.

—¿Te ha contado Trevor que el banco está amenazando con cancelaros el crédito?

—Yo... sólo logró decir ella, llena de pánico.

—¿Y que si no incrementáis el dinero en caja vas a perder todo lo que has metido en el negocio, incluyendo los activos que hayas acumulado durante estos siete años? —dijo, e hizo una pausa para darle más efecto—. Confío en que tengas alguna base económica.

—¡Claro que la tengo! —protestó ella, y lo miró enfadada. — Claro que tampoco es asunto tuyo.

—Estoy haciendo que lo sea.

—¿Qué quieres decir?

—Te voy asacar de la bancarrota. Te voy a tapar el descubierto y voy a saldar cualquier deuda que tengas pendiente.

—¿Y por qué ibas a hacer eso? preguntó, con la boca seca. ¿Qué razón podrías tener tú para hacer eso?

—Una muy buena

—¿Qué es…? —logró decir

Él le clavó la mirada durante largo tiempo antes de hablar al fin.

—Quiero que tengas un hijo mío.

Capítulo 2

—¡Te has vuelto loco! —le gritó ella, sin poder creer lo. No puedes hablar en serio.

—Completamente en serio.

—Pero... Pero ¿por qué? ¿Por qué yo?

—Como te he dicho antes es a ti a quien quiero.

Ella lo miró boquiabierta con una mezcla de incredulidad y terror.

—Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué ahora, después de todo este tiempo?

—Soy el único que queda en la familia sin hijos. Tengo treinta y seis años y ya me estoy haciendo viejo.

—Pero hay un montón de mujeres que darían lo que fuera por tener un hijo tuyo. Con el dinero que tienes incluso podrías pagar a alguien para ello.

—Ya estoy pagando a alguien.

—No será a mí —contestó ella, negando con la cabeza—. De ninguna manera.

—Piénsalo, Cara, puedes tenerlo todo. Aún puedes seguir con tu negocio; mi dinero puede ayudar.

—No me hagas esto, Byron logró decir ella. No creo que me odies tanto, ¿verdad?

—Ya no te odio. No siento absolutamente nada respecto a ti. Simplemente sé lo que quiero y quiero que seas tú quien me lo dé.

—Pero ¿por qué? —volvió a preguntar—. ¿Es algún tipo de venganza enfermiza planeada durante siete años?

—En absoluto. Como te he dicho, he llegado a cierto punto de mi vida en que quiero obtener ciertas cosas. No quiero ser demasiado viejo para disfrutar de mis hijos. No quiero despertar un día con cuarenta años y darme cuenta de que me olvide de tener hijos. ¿No piensas en eso a veces, Cara?

—Nunca —mintió ella—. Nunca lo pienso.

—Pues yo sí. Pienso en ello constantemente. Mis tres hermanos son más pequeños que yo y todos tienen hijos. Felicity va a tener el segundo dentro de cinco semanas.

—Por favor, no me pidas esto —le rogó ella—. No soy la persona adecuada. No tengo lo que hace falta.

—Lo tienes, pero no quieres admitirlo. Muy dentro de ti, donde se oculta la verdadera Cara, quieres lo mismo que yo. Dios sabe que intenté hacértelo ver hace siete años, pero no lo logré. No voy a dejar pasar esta oportunidad otra vez sin intentarlo.

—Es tan frío clamó ella—. ¿Cómo puedes siquiera imaginar algo así? Es inhumano, es despreciable, es...

—Sin embargo, es lo que quiero.

—Y siempre consigues lo que quieres.

—A veces, no siempre. Pero esta vez cuento con ello.

—Pues no lo hagas, porque no voy a entrar en ese juego. Has elegido mal tu incubadora, Byron, ésta no está en venta.

Salió corriendo directamente al ascensor, y estuvo a punto de caerse cuando se abrieron las puertas. Salió a la gran ciudad y se perdió entre la multitud, mientras no dejaba de intentar sacarle algún sentido a la última hora. Ahora Byron era un desconocido para ella. El joven de trato fácil la había embaucado con una leve sonrisa había desaparecido para convertirse en un hombre decidido a salirse con la suya. Cara sólo podía ver en aquello un plan para vengarse y se preguntó por que habría esperado tanto para cumplirlo, si se habría estado escondiendo mientras esperaba a que fuera lo suficientemente vulnerable como para abatirse sobre ella.

—Trevor dijo con voz quebrada al acercarse el teléfono móvil a la oreja—. Explícame qué diablos está pasando.

—Cariño —la apaciguó éste. — Pareces trastornada. ¿No ha ido bien la reunión con Lord Byron?

—Buena forma de llamarlo.

—Entiendo que nos tiene bien agarrados.

—Más de lo que te imaginas. Trevor, ¿por qué no me dijiste lo mal que estaban las cosas?

—No quería preocuparte. Has estado apagada los últimos meses y...

— Llevo años apagada. Sé sincero, ¿por qué no me lo dijiste?

—Siento que es culpa mía. Te he presionado todo el tiempo con mi "genio creativo", como lo llamas tú, pero no me he parado a considerar los riesgos. Ahora me temo que estás pagando el precio por ello.

—No estoy pagando nada —lo reconfortó ella—. No voy a hacer lo que quiere Byron. —preguntó ella tras un largo silencio.

—Escucha, Cara —repuso él con aire de resignación—. No tenemos elección. Estamos perdidos sin su ayuda, y ya no puedo pedir más favores. Haz lo que te pida y sigamos. Seguro ue no puede ser tan terrible decorar su casa.

—Más de lo que te imaginas

—Si necesitas algún consejo ya sabes dónde estoy.

—No creo que necesite tu ayuda —rió ella a pesar de sus problemas.

—Bueno, si la necesitas, ya sabes dónde estoy. ¿Te he contado que esta noche he quedado?

—No, ¿con quién?

—Con Antonio.

—Creía que no querías quedar con él.

—Bueno, he estado pensándolo. Es mejor haber amado y dejado que no haber amado nunca.

—No es así la frase —replicó ella con el gesto torcido—, pero pásatelo bien. Te veré por la mañana.

Cara se pasó los tres días siguientes repasando los libros para ver la situación por sí misma. Habló con el contable y con el director del banco, quien le aconsejó que aceptara la generosa ayuda que le habían ofrecido si no quería declararse en bancarrota.

Salió muy confusa del banco, echándose la culpa por no haber estado más atenta. Trevor tenía razón cuando decía que había estado más apagada de lo normal los últimos meses. Se aproximaba su vigésimo noveno cumpleaños y lo odiaba, pues le recordaba todo lo que se había perdido de niña.

Apenas había llegado a la oficina cuando Trevor avisó de la llegada de Byron, del que no había oído nada desde el martes anterior por la tarde. Había in tentado pensar que todo aquello iba a desaparecer, pero sin embargo se había despertado cada mañana con la desesperación de que aquello no era simplemente un mal sueño.

—Cara.

Miró hacia arriba y lo vio de pie en la puerta de su despacho, con el cuerpo ocupando casi todo el espacio. Llevaba un traje gris marengo que Cara su puso que valdría más que todo su guardarropa. La camisa era blanca, y la corbata, negra con estampados rojos.

—Señor Rockcliffe —saludó ella, levantándose.

—Cara —la cortó él—. Dejemos las formalidades. Somos tú y yo, ¿recuerdas?

—Byron— contestó ella, retirando la vista de la de él para concentrarse en el nudo de la corbata—, no quiero ser grosera. Tu oferta es muy generosa, pero me temo que no puedo cumplir tus condiciones.

—Así que prefieres perder todo lo que tienes antes que reemprender una relación temporal conmigo.

—¿Temporal?

—Temporal, claro. No querrías que fuese de otra forma, ¿no?

—No, claro que no.

—Entonces veamos las opciones. Puedes venirte conmigo ahora o pedirme que me vaya. Tan sencillo como eso.

Cara no podía hablar.

—¿Qué esperas, Cara? —preguntó él—. La bancarrota no es ninguna tontería; es como una cicatriz que te quedará para el resto de tu vida profesional.

Cara quería rechazar la oferta, pero no dejaba de ver hojas de balances, y se imaginaba yendo a un banco a pedir un crédito en el futuro, lo cual, pensaba, sería inútil, pues la considerarían un riesgo

aun que no fuera su culpa, salvo por su ingenuidad.

Se había aferrado a su trabajo en un intento por olvidar el pasado; había aprobado el curso con honores y había encontrado consuelo en restaurar casas antiguas para que recuperaran su esplendor. También había decorado casas nuevas siguiendo los fantásticos diseños que salían de su estudio. Ahora todo su trabajo se iba a perder a menos que aceptara la proposición.

—¿Cara?

—¿Podría…? —empezó a decir, tragando saliva y levantando la vista—. ¿Podría ver antes la casa?

—¿Por qué? —preguntó él arqueando la ceja.

—Simplemente me gustaría ver la casa; eso es todo.

—¿Para que puedas evaluar los beneficios? —preguntó él con cinismo.

—Ya no torno decisiones precipitadas y emocionales —aseguró ella, apartando la mirada—. Antes me gusta ver las cosas desde diversos puntos de vista.

—Es muy inteligente por tu parte.

—¿Vamos?

La casa era enorme. Cara contuvo la respiración cuando Byron abrió la puerta y le mostró el vestíbulo. Una escalera con barandilla de hierro forjado ocupaba toda la vista y subía hasta donde entraba la luz del sol a través de enormes ventanales. Los suelos de mármol de las salas de estar estaban intercala dos con lujosas alfombras color crema que añadían calidez al ambiente.

—¿Qué te parece? — le preguntó Byron por detrás del hombro.

—Es impresionante.

—Ven a ver las vistas —la invitó, y la llevó a la ventana más próxima, que daba a Neutral Bay, y por la que se veía el puerto deportivo y, más allá, el Kirribilli.

Desde el dormitorio principal se ve Shell Cove —afirmó él en medio del silencio.

—Es cautivador —replicó ella, volviéndose a él—. Es la casa más bonita que he visto nunca.

—Me halaga.

Se alejó de la ventana y bajó al salón que estaba en otro nivel, oyendo el eco de sus pasos. Una chimenea gigantesca ocupaba casi una pared entera e imaginó acogedoras tardes de invierno tumbada en los sofás de cuero y contemplando las llamas.

Byron se acercó a ella, sacándola de su ensueño. Ella se alejó de la chimenea y fue a la cocina, sintiéndose incómoda por estar tanto tiempo en la misma habitación que él.

—Como ves, la cocina ya está decorada —le informó Byron desde el marco de la puerta.

—Es muy bonita —comentó ella mientras acariciaba la encimera de granito brillante.

El acero inoxidable añadía un efecto moderno y ella se dio cuenta de que habría elegido exactamente la misma decoración. Entonces se preguntó si la habría escogido él o lo habría ayudado su hermana Felicity.

—Pensé que sería mejor empezar por aquí. Puedes elegir los colores del resto de la casa, las alfombras, los muebles, las cortinas y todo eso. Haz lo que quieras; no pondré pegas en el precio.

—Byron, yo... —empezó a decir cuando él se aproximó a ella.

—No, Cara —la cortó él con dulzura, poniéndole un dedo en los labios—. No quiero escuchar tu decisión todavía—le dijo, pues veía angustia en su mirada—. Aún no te has decidido, se ve. Pero estás muy tentada, ¿verdad, Cara?

Ella intentó negar con la cabeza, pero no se podía mover bajo la caricia del dedo de Byron, que dibujaba su labio inferior, trazando un camino de redescubrimiento que hacía que todo su cuerpo temblara.

—Quieres la casa, pero todavía no te has decidido del todo respecto a lo que conlleva, ¿no es así? —preguntó, a lo que ella abrió la boca sin acertar a pronunciar una palabra—. Te doy hasta el final de esta semana —le dijo, y se separó. —Pero eso es todo. El domingo por la noche quiero tu respuesta definitiva.

—De acuerdo —aceptó ella con una voz que apenas reconocía.

—Bien. Ven y te enseñaré el jardín. Creo que te va a gustar.

Mientras lo seguía, Cara pensaba que era imposible que no le gustara algo de aquella casa El agua de la piscina refulgía bajo la luz del sol y entre la fragancia de los jazmines. Las azaleas mostraban sus colores, y una gran extensión de hierba llegaba hasta la pista de tenis de la terraza inferior. El puerto destellaba en la distancia. Cara aspiró el aire salino y deseó poder retrasar el reloj. En cuanto él se acercó, se le erizó el vello de la nuca.

—¿Sigues jugando? —le preguntó él señalando la lujosa pista.

Ella se volvió a mirarlo.

—Hace años que no.

—Es una pena. Deberías volver; se te daba muy bien.

El tiempo pareció detenerse y a Cara le pareció oír las risas de los niños en algún lugar, pero se preguntó si tan sólo lo imaginaba. El gorjeo. de los gorriones y el arrullo de las palomas se al tiempo que ella se perdía en la mirada fija y penetrante de su ex esposo. Éste bajó la cabeza, dudó durante una pausa interminable y la besó. Cara sintió un hormigueo en los labios, y el aliento cálido de Byron en el rostro, antes de que éste se apartara para volver a besarla, en aquella ocasión con

más firmeza. Mientras, ella deseaba por un lado apartarse de aquellos labios tentadores. Pero un lado más fuerte anulaba tal deseo mientras se decía que no era más que un beso. Prácticamente un beso entre extraños.

Sin embargo, no halló nada extraño en la boca de Byron cuando éste se abalanzó sobre ella una tercera vez. Cara abrió los labios bajo los de él, cuya lengua jugueteó con su labio inferior, aplacando cualquier amago de lucha. Las lenguas de ambos se entrelazaron y ella estuvo a punto de caerse de no ser por el brazo de acero de Byron, que la apretó más contra sí. Ella se sobresaltó, con una mezcla entre la conmoción por la instantánea excitación de él y la vergüenza ante su propia respuesta. Lo deseaba, y tras siete largos años lo tenía delante y sus labios respondían a los de ella.

Cara sintió cómo las manos de él se deslizaban por sus senos. Éste la apretó aún más y ella relajó la pelvis al notar la de él. Estaba como una piedra, e incluso a través de la ropa pudo sentir su ardor Su sexo se humedeció, preparándose para la invasión que había estado intentando borrar de su mente durante siete años.

Entonces, él separó los labios y se retiró, por lo que Cara se tuvo que sujetar a la verja de hierro que separaba la piscina del césped.

—Te espero en el coche —le dijo Byron con un tono que no expresaba sentimiento alguno—. Tómate tu tiempo para mirarlo todo; yo tengo unas llamadas que hacer.

Cara se quedó observándolo mientras él se alejaba a zancadas y desaparecía. Se lamió el labio hinchado, que sabía a él. Era un sabor conocido, aunque extraño e irreconocible.

Contempló la gigantesca casa vacía, angustiada por tener que tomar una decisión el domingo por la tarde.

Antes de reunirse con él en el coche pasó por el baño para acicalarse y se sobresaltó al ver su imagen en el espejo. Tenía un aspecto salvaje, y su mirada desprendía una pasión que había estado dormida y ahora había vuelto a la vida por un simple beso de unos labios que todavía no le habían sonreído

Capítulo 3

Byron estaba apoyado en el coche hablando por teléfono; Cara se acercó. Él se dio la vuelta, aunque evitó mirarla a los ojos mientras le abría la puerta. Después se metió en el asiento del conductor, sin dirigirle una sola palabra.

Cara quería romper l silencio, pero no se le ocurría nada que decir. No sabía qué se le decía a un ex marido en una situación como aquella. Que lo se guía amando después de tantos años, que había cometido el mayor error de su vida al abandonarlo, si podían volver a intentarlo.

—No —sentenció sin darse cuenta de que había hablado en alto.

—¿Decías algo?

—No, nada.

—He pensado que podríamos ir a comer —sugirió él, ya en la carretera—. Tengo una reunión a las dos, pero si nos damos prisa podemos tomar un sándwich y un café.

—Debería volver a la oficina.

—¿Para qué? Si no tienes nada que hacer allí. ¿Te resulta tan desagradable mi compañía que no puedes ni soportar comer conmigo?

—No, claro que no —se defendió, nada convencida.

—Así, es normal que te resistas a compartir mi cama. Por no hablar de llevar a mi hijo.

—Comer estaría bien —convino ella al fin, tras quedarse un rato mirándose las manos apretadas sobre el regazo—. No tengo nada más que hacer.

Byron condujo hasta una cafetería en Neutral Bay en un silencio tenso, durante el que no apartó la atención de la carretera. Su frente habitualmente lisa estaba ahora fruncida, como si estuviera reprimiendo la ira. Cara sabía que estaba enfadado con ella. Los separaban siete años de rabia tanto como los asuntos que habían causado su primera separación.

Desde su primera cita, ella se había mantenido muy firme en que no quería tener hijos. Aunque nunca le había explicado el verdadero motivo, sino que se había aferrado a la manida asunción de que una mujer joven con una vida profesional tenía cosas mejores que hacer con su tiempo que andar descalza por la cocina de algún hombre y con una barriga. El hecho de que ella no tuviera ninguna vida profesional en aquel momento no le quitaba fuerza a su argumento. Pero a los veintidós años no sentía que conociera las verdades de la vida. Había revoloteado de empleo en empleo en busca de algo que sabía que estaba ahí fuera para ella, pero que aún no había encontrado. Le había hecho falta un divorcio para des cubrir que quería dedicarse a la decoración.

Byron aparcó junto a la cafetería, donde una camarera los guió hasta una mesa a la sombra de un árbol. Cara se sentó y miró la carta

sin verla.

—¿Cara?—la llamó él, con los ojos clavados en ella—. ¿Qué café quieres? —le preguntó, señalando a la camarera que esperaba en silencio.

—Sólo quiero agua mineral, por favor.

—¿Que ha pasado con la adicta al café que yo conocí?

—No podía dormir—dijo, y al mirar hacia arriba y ver su media sonrisa deseó haber mirado antes.

—¿Bebes?

—¿Te refieres al alcohol? —se aseguró, a lo que él asintió—. Ya no contestó, y volvió a bajar la mirada.

—Háblame de tu madre.

Cara se puso tensa. Le costaba poner un gesto de indiferencia cuando él la estaba mirando tan de cerca. Tan de cerca y tan lejos al mismo tiempo.

—No me gusta hablar mal de los muertos —contestó, y se sintió aliviada al ver llegar a la camarera con las bebidas.

Byron se puso azúcar en su capuchino y lo removió con fuerza. No estaba tan preparado como pensaba para volver a ver a Cara. Antes había demasiado joven e inexperto como para darse cuenta; entonces había caído en la lujuria y después se había enamorado de un ideal, que luego resultó ser una mujer de verdad con cosas que no iban a desaparecer. Ahora lo veía; veía pena en sus ojos, una pena a la que él había contribuido.

Nunca le había presentado a su madre, y ahora se preguntaba por qué él no había insistido; Ella siempre había tenido alguna excusa, y él tan sólo había hablado por teléfono una vez con Edna Gillem. Aún hoy le dolía recordar aquella conversación que había sido la gota que había colmado el vaso de su corto matrimonio.

Ahora, mirando hacia atrás, se daba cuenta de los errores que había cometido con Cara. Siempre le había parecido asustadiza y vulnerable de un modo que despertaba su instinto protector. Cuando se conocieron, ella estaba con unas amigas, y él se la había llevado aparte para invitarla a una copa y después a otra. Después lo había acompañado a su casa, donde 26 se había quedado dormida en el sofá. Tres semanas más tarde, se había acostado con él, y al cabo de ocho ya llevaba su anillo.

A menudo se sentía culpable al recordar sus actos de aquellos años y se decía que, si se hubiera tomado el tiempo necesario para llegar a conocer a la verdadera Cara, ahora quizá no estaría sentado frente a ella en una cafetería abarrotada y separados con el dolor de siete años. Quizá ahora podrían tener niños ya en edad escolar, unos niños con ojos y pelo castaños que no siempre harían lo que se les dijera.

—¿Cómo están tus padres? —preguntó Cara de repente.

—Están bien —repuso él, con un amago de sonrisa—. Mi padre ha empezado con el golf, y mi madre se ha apuntado a un club de bridge.

—¿Y tus hermanos gemelos y tu hermana?

—Patrick se casó por fin con Sally —contestó él, apartando el café a medio terminar— y ya tienen unas gemelas de cinco años, Katie y Kirstie. Leon y Olivia tienen tres: Ben, de siete; Bethany, de cinco, y Clare, de tres. Fijas tiene a Thomas, de dos años y parece ser que esta vez espera una niña.

—¿Y tu negocio? —preguntó Cara, dejando a un lado su vaso vacío —. Por fin levantó el vuelo, ¿no?

—Como nunca habrías creído —respondió él, y, con una sonrisa de arrepentimiento, añadió—. Deberíamos haber seguido viéndonos.

Ella no respondió. La camarera apareció con los sándwiches y ella se quedó mirándolos, preguntándose cómo se iba a comer todo aquello. Nunca había tenido la. más mínima duda de que su ex marido ten dría éxito como agente inmobiliario, pues procedía de una estirpe de hombres con dinero y éxito. Lo que la sorprendía era lo poco que tal éxito lo llenaba.

—Mis padres te envían recuerdos dijo finalmente Byron, tras varios minutos de silencio que parecieron interminables—. Hablé con ellos anoche.

—Mándaselos también de mi parte —dijo Cara, que lo miró y volvió a apartar la mirada—. He pensado en ellos estos años.

—¿Y en mí? —preguntó él tras una leve pausa—. ¿Has pensado en mí?

—Un poco —contestó ella, que no dejaba de juguetear con la servilleta sin tocar la comida.

—¿Solo un poco?

—Mucho.

A Byron pareció satisfacerle la respuesta, y Cara se arrepintió enseguida, pues no quería decir nada que le hiciera pensar que lo .echaba de menos.

—¿Se graduó Felicity? —preguntó lo primero que le llegó a la mente.

—Con honores. Estamos muy orgullosos de ella.

—Siempre supe que lo conseguiría. Fliss tiene lo que hace falta.

—Es obvio que tú también. El diploma que tienes en tu despacho lo demuestra.

—Me ha costado lo mío.

—Pero ha merecido la pena, supongo. Has dejado tu huella en los interiores de la alta sociedad de Sidney.

—Sí, pero no en la mente del director del banco.

—No te preocupes, ésos son siempre muy difíciles de contentar.

—A Trevor le encantaría oírte decir eso.

—¿Lo conociste en la escuela de diseño?

—Sí, era amigo de un amigo. Ya sabes cómo va eso.

—¿Tienes novio? ¿O alguien especial?

—No veo por qué te interesa eso. ¿Y tú qué? —le preguntó ella con mirada divertida.

—Digamos que estoy desocupado temporalmente.

—Así que debo tomarme tu oferta como un recurso provisional

—Puedes tomártelo así si quieres, pero yo preferiría verlo como una inversión de futuro.

—No hay mucho futuro para un niño sin dos padres que se amen. Estoy convencida de que un niño se merece al menos eso, ¿no crees?

—Eso es lo ideal, claro, pero la vida no siempre sale según lo previsto. Hay miles de familias mono parentales y no se puede decir que a todas les vaya mal. Simplemente están criando a la próxima gene ración lo mejor que pueden.

—Algunos lo hacen mejor que otros —admitió ella, que seguía jugando con la comida.

Byron decidió no seguir presionando. Cara parecía cansada, casi derrotada.

—Vamos, te llevaré a tu oficina.

Cara agradeció el respiro, pues se sentía muy in cómoda ante la presencia de su ex marido, y no podía pensar con claridad. Él pagó la cuenta, y Cara se dejó llevar por el codo hasta el coche.

—Te veré el domingo —se despidió al dejarla en la oficina—. Te recogeré en tu casa. Trevor me dio la dirección el otro día.

Cara esperó hasta que el coche hubo desaparecido para entrar en su oficina, donde su socio la esperaba.

—¿Cómo era?

—¿Cómo era qué?

—La casa. ¿Es tan espectacular como parecía?

—Es eso y mucho más —contestó ella con una leve sonrisa, dirigiéndose a su despacho—. Voy a aceptar el trabajo’ y empezaré enseguida. Tengo una casa; bueno, mejor dicho una mansión, que llenar de muebles, y sólo cuatro semanas para hacerlo.

—¡Ésa es mi chica! ¡No nos vamos avenir abajo!

Mientras, Cara pensó que en efecto no se iban a hundir, tan sólo ella, y le cerró la puerta en las narices.

Byron llegó puntual al pequeño apartamento alquilado de Cara el domingo por la tarde. Ésta lo había visto llegar por la ventana y ya lo estaba esperando. Al abrir la puerta sintió cómo le daba un vuelco el corazón al ver la esbelta figura de su ex marido, vestido con un pantalón oscuro y un jersey de punto que resaltaba la anchura de ‘sus

hombros. Ella también iba vestida de modo informal; llevaba un pantalón color crema y una camiseta negra. Byron la miro de arriba abajo, pero su expresión no reflejaba nada, y ella fue a por su bolso para disimular su inquietud.

— He pensado que podíamos ir a algún sitio tranquilo para hablar de tu decisión mientras cenamos —le propuso mientras ella lo seguía hasta el coche.

—Bien.

En el camino al restaurante italiano de Glebe sólo fue capaz de articular monosílabos mientras se preguntaba qué estaría pensando él, si querría reanudar su relación en aquel momento o esperaría hasta que hubiera terminado con la casa. Estaban sentados frente a sendas bebidas, mirando la carta, cuando Byron preguntó:

—¿Has decidido ya?

Ella lo miró alarmada.

—Me refería a la comida —añadió con una ligera mueca No hace falta que te entre el pánico aún.

—No me ha entrado el pánico.

—Claro que sí. Se ve la tensión desde aquí

—No estoy tensa. Sólo me estoy concentrando.

—¿En qué?

—En el menú.

—¿Qué te apetece?

—Sigo hablando de la comida —aclaró él, mirándola otra vez con frustración.

—No he tenido tiempo de mirar. No dejas de importunarme con tus preguntas.

—Lo siento. Comprendo que no es fácil para ti.

—¿Seguimos hablando de la comida?

—No —repuso él, torciendo el gesto y mirándola a los ojos—. Ahora ya no.

Entonces apareció el camarero y Cara pidió lo primero que vio en la carta. Cuando volvieron a quedarse a solas sintió el calor de la mirada de By ron.

—¿Qué has decidido, Cara?

—Yo no lo llamaría una decisión —le contestó ella, resentida—. Me has puesto muy difícil hacer cualquier otra cosa.

—¿Te lo he puesto difícil? —repitió él con ironía—. No he sido yo el que no ha echado una mirada a cómo le iba el negocio basta que ha sido demasiado tarde. ¿En qué mundo vives, Cara? No puedes culpar a los demás de tus errores, aunque los hayas cometido de forma inocente. Trevor no es el compañero de negocios ideal.

—¿Porque es gay?

—No, no tiene nada que ver con eso. No tiene lo que hay que tener

para llevar un negocio.

—¿Y yo tampoco?

—No —contestó, tras tomar su .copa de vino y dar le vueltas—. Tu corazón no está en la contabilidad, está en el diseño. Lo he visto en tus ojos cuando has visto mi casa.

—No todos somos tan emprendedores como tú, Byron. A Trevor y a mí no nos educaron en una de las escuelas de pago más prestigiosas de Victoria. Tampoco tenemos el dinero de nuestras familias para financiamos.

—Tenías el dinero del divorcio.

—Es muy caro montar una empresa. Hay que comprar muchas cosas.

—¿En cuánto tiempo crees que estará lista la casa para vivir? —cambió de tema Byron.

—Tengo algunas ideas sobre muebles, pero podrían ser semanas.

—Tienes un mes; eso es todo.

—No es suficiente tiempo.

—Seguro que podremos vivir con lo básico. Todo lo que necesitamos es una cama y...

—¿Esperas que viva contigo? —se alarmó ella.

—Por supuesto. Creí que ya lo habías entendido.

—¿Y qué hay de mi piso?

—¿Llamas piso a esa caja de zapatos? —dijo él con ironía, y ella lo miró con odio—. Pensé que después de todos estos años tendrías una casa increíble. ¿O es otro caso de "en casa del herrero, cuchillo de palo"? —añadió al ver que ella no respondía.

—Tenía otras prioridades. Casi nunca estoy en casa, así que no era muy importante.

—Pues puedes venderla o alquilarla. Quiero que vivas conmigo en la casa de Cremorne y quiero que te vengas mañana. Con muebles o sin muebles.

—¿Mañana?—repitió ella, atemorizada

—Mañana voy a firmar en la línea de puntos con tus financieros, y espero que tú cumplas tu parte del contrato.

—Yo no puedo llamarlo contrato. Más bien es una imposición.

—Llámalo como quieras, me trae sin cuidado. Estoy poniendo mucho dinero en tu negocio y quiero resultados inmediatos para mi inversión.

—Estás enfermo. ¿Cómo puedes sentarte ahí y hablar sobre esta farsa de un modo tan frío?

—Francamente, Cara, la verdad es que no me importa lo que pienses de mí personalmente. Tengo un objetivo en mente y esta vez ni siquiera tú te vas a poner en mi camino.

—Definitivamente, necesitas ayuda. Nunca he conocido a nadie con

un ego tan grande

—Ni yo tan pequeño.

Cara dejó caer con estrépito el cuchillo de la mantequilla, al tiempo que retiraba la mirada de la de Byron. En aquel momento llegó el camarero con la comida y la salvó de responder. Tampoco habría sabido qué decir, pues era cierto que su autoestima era baja. Se obligó a probar la comida, aunque había perdido el apetito.

—No parece que te esté gustando mucho —apuntó Byron unos minutos más tarde—. ¿Prefieres otra cosa? —le. preguntó, a lo que ella negó con la cabeza—. Parece que te vayas a enfrentar a un pelotón de fusilamiento al amanecer. Relájate, Cara, puede. que incluso disfrutes.

Tras unos minutos retiró el plato y captó la dura mirada de Byron.

—Harías cualquier cosa por no hablar conmigo, ¿.no, Cara? Incluso forzarte a comer algo que no quieres.

—No tengo nada que decirte.

—¿Nada?

—Nada.

—Podrías decir algo como “¿qué tal te fue cuando te dejé? ¿Te dolió?”. Ese sería un buen comienzo —empezó a decir

Ella se apretó las manos pero no dijo nada.

—O “¿sabías que estaba embarazada cuando me fui?”. Eso daría pie a una conversación muy interesante, ¿no crees?

Cara lo miró aterrada y se le fue todo el color del rostro. La expresión en el de él era de ira, acompañada por la mirada ardiente que le mostraba que era mejor no negarlo. Sin avisar, el momento de la verdad que había temido durante siete años había llegado.

Capítulo 4

Cara no podía hablar. La angustia le atenazaba la lengua y sentía temblar todo el cuerpo.

—Vámonos de aquí — Byron rompió el silencio de repente, poniéndose de pie mientras hacía una seña al camarero.

Cara se levantó con menos agilidad. Le temblaban las piernas. Byron pagó la cuenta y fueron hacia el coche. Lo abrió con el mando; a Cara le sonó como un disparo y tuvo que contenerse para no saltar

Entra.

Las palabras llegaron como balas hirientes. Cara se metió en el coche, aliviada porque sus piernas no tuvieran que seguir sujetando su peso.

Byron la acompañó al apartamento. En la puerta, se detuvo para mirarlo a los ojos.

Gracias por la cena. El pareció ir a decir algo, pero cambió de opinión, se pasó la mano por el pelo y pareció relajarse.

—¿Necesitas ayuda con el equipaje?

—No, gracias. No tengo tanto que recoger. Byron la observó mientras abría la puerta y entraba, dudando, como si no estuviera segura de si quería invitarlo o no, y supuso que no. Cuando sus ojos volvieron a encontrarse, los de Cara parecían heridos.

—¿A qué hora quieres que esté en Cremorne? —preguntó Cara.

—Por la noche me parece bien —contestó, entregándole una llave.

Observó que la tomaba sin rozar su mano. Aquello también lo enfureció. Sería mejor que se acostumbrara a su contacto, porque lo único que él quería hacer era tocarla, desde que se despertaba hasta que se quedara dormido. Murmuró una breve despedida mientras cerraba la puerta ante el rostro inexpresivo de la mujer.

Cuando él se fue, Cara se derrumbó contra la pared y hundió el rostro entre las manos, deslizándose hasta llegar al suelo.

Pasó la mayor parte de la noche haciendo el equipaje. Sabía que no conseguiría dormir, de modo que continuó hasta que se le nubló la vista. Tres bolsas y una caja no eran demasiadas pertenencias para haberlas acumulado a lo largo de casi veintinueve años, aunque tenía suficiente lastre interior para hundir un carguero.

Se sentó a beber un vaso de agua mientras con templaba la luna surcar el cielo del amanecer, hasta que lo inundó el brillo del sol naciente.

Aquél era el primer día del resto de su vida. Sabía que nada sería igual a partir de entonces. Al volver a ver a Byron se le habían abierto las antiguas heridas, y por mucho que lo intentara no conseguiría hacer que volvieran a cicatrizar. Casi lo odiaba por su crueldad. Casi, pero no

del todo.

Pasó unas horas en la oficina, más por hacer algo que por cumplir algún apremiante compromiso de trabajo. Trevor observó sus ojeras y dejó escapar un silbido.

—Tienes aspecto de haber pasado la noche en blanco.

— Y que lo digas —murmuró Cara; dejándose caer en la silla.

—Byron te lo está haciendo pasar mal?

—No lo sabes tú bien —suspiró. Esta noche me mudo a su casa.

Trevor abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Te parece prudente?

Cara lo miró con ironía.

—No, pero me temo que la prudencia no tiene nada que ver con esto. No tengo más remedio.

—¿Te está presionando?

—Se podría decir que lo he elegido yo.

—Lo siento mucho. Todo esto es culpa mía. No es justo que seas tú quien tenga que correr con las consecuencias.

—No te preocupes por eso —dijo Cara para tranquilizarlo. —No pasará nada. Byron tardará poco en hartarse de mí. Casi todos los hombres dicen que soy de las difíciles.

—Tú no eres difícil —le aseguró—. Estás herida. Es completamente

—Tú eres el único que ve la diferencia.

—Estoy seguro de que él también acabará por verla. Tal vez deberías ser completamente sincera con él. Puede que sea más comprensivo de lo que piensas—añadió esperanzado.

—No es un hombre comprensivo. Ha tenido una vida demasiado fácil. ¿Qué puede saber sobre cómo vivimos los demás? Siempre le han puesto todo en bandeja. Incluida ya

—¿Sigues queriéndolo?

—No sé lo que siento —contestó con sinceridad—. Llevo tanto tiempo sin sentir nada que no puedo analizar las cosas con objetividad.

—Todo volverá, si te tomas tu tiempo. Tienes que dejar que el tumulto del pasado se asiente durante un poco más para ver las cosas con perspectiva.

—Deberías haberte hecho psicólogo —le dijo. —Tienes respuesta para todo.

—Nada de eso —se inclinó para besarla en la frente. Simplemente, sé cuáles son las preguntas.

Cara se dirigía a Cremorne con el corazón en un puño por el compromiso que estaba a punto de contraer. Ahora, aquel hombre era poco más que un desconocido para ella; no sabía cómo podía volver a su vida como si nada hubiera pasado.

Byron salió a ayudarla con el equipaje y ella sintió una oleada de vergüenza al verlo contemplar las maletas gastadas y la caja de cartón.

—¿Esto es todo? —preguntó mientras se colocaba bajo el brazo la tercera maleta.

—Sí.

—¿Y los muebles?

—No tengo.

—¿Era una casa alquilada con muebles?

Cara asintió y pasó junto a él, apretando la caja contra el pecho como si fuera un escudo. Byron la siguió al interior, sin abandonar la expresión de extrañeza, y subió las cosas al dormitorio principal.

Cara observó la enorme cama: y dejó la caja a los pies; su corazón latía aceleradamente. Se preguntó si la habrían llevado aquel mismo día. No le gustaba la idea de que él estuviera tan impaciente por reanudar su relación física cuando sus emociones seguían en un torbellino.

—Esa puerta da al vestidor —dijo Byron, señalando. —Esa otra es la del baño. Te dejo para que saques las cosas. Voy a preparar algo de cena.

Cara se sentó en la cama y miró a su alrededor. El color crema de las paredes encajaba perfectamente con las sábanas, y aunque el suelo de mármol estaba desnudo, ya podía imaginarias las alfombras que pondría.

Colgó sus escasas pertenencias en el espacioso vestidor, más grande que muchas habitaciones, y se preguntó si alguna vez tendría suficiente ropa para llenarlo por completo. Intentó no prestar atención a la pulcra hilera de prendas de Byron que había en el otro lado. Podía percibir el aroma de su loción de afeitado y se vio asaltada por los recuerdos. Casi sin querer, tomó un jersey y hundió el rostro entre sus pliegues, embriagándose del aroma.

Cuando terminó de colgar sus cosas, cerró la puerta del vestidor y bajó con aprensión.

Byron estaba en la cocina, preparando comida precocinada. Levantó la vista cuando la oyó llegar y la examinó como si estuviera evaluándola.

—Pareces cansada. ¿Tienes hambre?

—La verdad es que no —respondió con sinceridad.

—¿No has dormido?

Cara negó con la cabeza.

—¿Tan insoportable te resulta la idea de estar conmigo? —preguntó con frialdad.

Ella no contestó. Byron apretó los labios mientras introducía un

recipiente en el microondas, y Cara se preguntó si no sentiría el menor remordimiento.

—¿Cuándo quieres que empiece con nuestro pequeño proyecto? —le preguntó, mirándolo con dureza—. Supongo que querrás ponerte a ello cuanto antes.

—No desperdicias ocasión para enfrentarte a mí, ¿verdad? A pesar de que los dos queremos lo mismo en realidad.

—No tienes ni idea de lo que quiero.

—¿No?—preguntó—. Yo en tu lugar no estaría tan segura.

Comieron en silencio. Cara jugueteó con la comida y al final la apartó.

—Deberías comer más —dijo Byron, contemplando el plato antes de mirarla a ella.

—Ya que estás, ¿hay algo más que quieras criticar? ¿No llevo el pelo a tu gusto? ¿O tal vez opinas que llevo ropa pasada de moda y que tengo celulitis?

—No estaba criticándote; sólo era una observación.

—No me gusta que me observen.

—Ya lo sé.

—Pues no lo hagas.

—¿Cómo quieres que llegue a conocerte si no te puedo observar? —protestó

—No es necesario que llegues a conocerme —contestó ella con frialdad—. Tu objetivo es dejarme embarazada, ¿recuerdas? No necesitas conocerme en absoluto para conseguirlo.

Byron no respondió. Cara ya estaba suficiente mente furiosa, y no quería empeorar las cosas más aún.

Ella se levantó, tomó el plato cruzó con él la cocina y vació el contenido, prácticamente intacto, en el cubo de basura. Oyó que Byron la imitaba y se apartó para dejarle sitio.

—No te pongas en plan Juana de Arco, ¿quieres? —dijo Byron.

Cara se dio la vuelta con los ojos brillantes por la cólera apenas contenida.

—A nadie le gustan los mártires —continuó él, — y no conseguiremos llevarnos mejor si no dejas de atribuirme el papel del malo.

—Tú te has metido en ese papel —espetó. — Yo sólo bailo al son de tu música.

—Pues por ahora no parece que hayas aprendido los pasos.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó, furiosa—. ¿Quieres que me arroje a tus pies y te dé las gracias por la magnanimidad de tu gesto?

—No, claro que no, pero...

—No sé cómo te atreves, Byron Rockcliffe —lo detuvo, señalándolo con el dedo, antes de que pudiera terminar la frase. Te crees muy

tolerante por intentar hacer las paces ahora. Te sientes poderoso al tenerme acorralada, como una mariposa bajo el alfiler. Pero nunca me doblegaré a tu voluntad, por mucho que intentes manipularme. Puedes obligarme a hacer lo que quieras, pero en el fondo siempre tendrás que aceptar el hecho de que no estoy contigo voluntariamente. ¿Puedes soportar eso?

—Sí, puedo soportarlo.

No era la respuesta que Cara esperaba. Se quedó erguida ante él, mirando a su alrededor para rehuir su mirada.

—Ya he aceptado que estás dispuesta a enfrentarte a mí en todo momento —continuó él—, pero yo estoy igual de dispuesto a derribar tus defensas. Llevas mucho tiempo escondiéndote. Ya va siendo hora de que te enfrentes a la vida cara a cara.

—¿Qué sabes tú de la vida? —respondió con sarcasmo—. Tú, con tu familia perfecta, viviendo entre algodones desde que naciste. ¿Qué puedes saber tú?

—Sé lo suficiente darme cuenta de que llevas demasiadas cargas para alguien de tu edad —contestó en tono más tranquilo—. Pero no confías en nadie lo suficiente como para dejar que te ayude.

—No me presiones le advirtió—. No te atrevas a presionarme.

Byron suspiró y se pasó la mano por la barbilla, sin saber qué hacer.

—No sé cómo tratarte cuando te pones así —le confesó.

—Déjame en paz. Necesito estar sola un rato.

—Cara, esto es...

—Por favor —le rogó—. Necesito estar sola un rato.

Suspiró y se apartó de ella. Estaba apoyada en la encimera. Todo su cuerpo se estremecía cada vez que intentaba reprimir los sollozos que amenazaban con dominarla.

Byron se fue al salón y se quedó mirando el paisaje nocturno, sin verlo realmente. Se preguntó si sería capaz de seguir con aquello Empezaba a verse a través de los ojos de Cara y se ponía enfermo por la forma en que había actuado para salirse con la suya, sin pararse a pensar en el efecto que tendría aquello en las frágiles emociones de su ex mujer. Tenía un objetivo en mente y se había propuesto alcanzarlo; no había pensado en ella en absoluto.

Al cabo de un rato, fue a buscarla al dormitorio. Tenía preparado un discurso; pero cuando la vio acurrucada en la enorme cama, con la cabeza hundida en la almohada, sintió que tas palabras se ahogaban en su garganta.

Cuando se despertó, Cara sintió el brazo de Byron alrededor de su cuerpo. Se quedó mirándolo; la abrazaba como si fuera lo más normal del mundo.

Se preguntó cuándo se habría acostado, si la habría mirado con deseo o si simplemente se habría dormido.

Sintió los labios de Byron en el hombro y se quedó petrificada.

—Sabes muy bien— murmuró soñoliento. — A vainilla

No se atrevía a moverse. Podía notar la erección en respuesta a su cercanía.

—¿Has dormido? —insistió Byron al ver que no respondía.

—Sí.

—Bien.

—¿Qué hora es? —preguntó, buscando la forma de huir.

—Muy temprano — recorrió su espalda con los labios—. ¿Por qué no te das la vuelta y me da los buenos días en condiciones?

Cara dudó. Byron le besó la nuca mientras subía la mano hacia su pecho. Contuvo la respiración cuando sintió el contacto de sus dedos. Se volvió y sus labios se encontraron; no habría tenido tiempo para resistirse aunque se lo hubiera propuesto. El fuego recorrió sus venas ante la sensación del contacto. Abrió la boca para recibirlo, como una orquídea que buscara el sol tras un frío invierno.

Sus miembros insensibilizados cobraron vida bajo el experto contacto de las manos de Byron. Recorría su cuerpo con las manos como si intentara volver a recordarlo mientras exploraba su boca como si acabara de descubrirla. Después, se apoyó sobre su cuerpo, recordándole todo el placer que habían compartido siete años atrás.

El cuerpo de Cara ya estaba preparado para recibirlo; la necesidad de tenerlo en su interior era tan apremiante, que apenas podía pensar. Él se apartó de su boca, y sus labios reemplazaron a sus manos. Le quitó el sencillo camisón de algodón con manos temblorosas, con reverencia. Cara suspiró mientras él obraba su magia con la boca, arrancándole una respuesta que no podría haber reprimido.

Al sentirlo contra su cuerpo abrió las piernas de forma instintiva. Él se adentró con un gemido que le provocó un estremecimiento, llenando su vacío con una sensación de bienestar que no había experimentado en siete largos y dolorosamente solitarios años. Se movían al mismo ritmo, como si estuvieran perfectamente sincronizados, y sus respiraciones se agitaban al unísono. Lo acarició tan a fondo como él había hecho antes. Sus bocas volvieron a encontrarse y sus lenguas se entrelazaron en una danza íntima al compás del movimiento de sus cuerpos. Cara se mordió el labio inferior para no gritar de placer.

— No te contengas murmuró él. — Quiero oírte.

Se agitó debajo de su cuerpo, esforzándose para refrenar su reacción, pero al final no tuvo más remedio que dejarse llevar Hundió la cara en su hombro para amortiguar el grito de éxtasis, pero pudo sentir su sonrisa de satisfacción cuando volvió a besarla.

Los gemidos de Byron fueron, en cierto modo, una compensación.

Su orgullo no se sentía tan herido cuando comprobaba que a él también lo afectaba su contacto.

Después se quedaron tumbados en silencio, íntimamente unidos, como si ninguno de los dos quisiera ser responsable de apartarse.

—Se me había olvidado lo sensible que eres —dijo él al cabo de unos minutos.

—Estoy segura de que has tenido muchas más experiencias con las que comparar.

—Puede que no tantas como crees.

—¿Y tú? —preguntó él. ¿Cuántos amantes has tenido desde que nos separamos?

—Puede que no tantos como crees —parafraseó para ocultar la verdad.

—Tengo que marcharme —dijo él, levantándose. —Tengo un día muy ajetreado por delante. ¿Y tú?

—No tengo ningún encargo, pero creo que voy a ponerme a planear la decoración de esta casa.

Byron metió la mano en un bolsillo de su chaqueta, que colgaba de una silla, extrajo una tarjeta de crédito y se la tendió. Cara la aceptó mientras lo interrogaba con la mirada.

—La necesitarás para organizar todas las compras.

—Puedo facturarlo todo en la oficina.

—Si lo prefieres, adelante, pero de todas formas voy a ser yo quien lo pague…

Cara no tenía respuesta, de modo que guardó silencio.

—Podríamos salir a cenar —propuso Byron mientras abría la puerta del baño. A no ser que prefieras picar algo en casa y acostarte pronto.

Cara tampoco tenía respuesta para aquello, de modo que le dio la espalda y se cubrió con la col cha. Oyó la risa de Byron y se maldijo por ser tan transparente.

Cuando oyó el sonido de la ducha, se levantó y se puso la bata para bajar. Salió de la casa a aspirar el aire de la mañana.

El sol brillaba, pero el aire parecía denso, como si fuera a llover. El jardín tenía un aspecto invitador, y bajó al césped, descalza. Levantó la cara hacia el sol y cerró los ojos para sentir su caricia en las mejillas.

Oyó algo a sus espaldas. Se volvió y vio que Byron la miraba. Volvió a la casa y entró en la cocina.

—¿Tienes tiempo para tomar una taza de té? —le preguntó, intentando no parecer cohibida.

—No. Ya tomare algo después. Te llamaré durante el día. ¿Vas a salir a buscar muebles y cosas?

Cara asintió mientras buscaba las bolsas de té. Byron se las tendió con una sonrisa.

—¿Te las apañarás? —preguntó Byron.

—¿Por qué no iba a apañármelas? —lo miró desconcertada.

—Eso digo yo.

Dicho aquello, tomó las llaves y salió. Cara se quedó mirándolo, preguntándose qué habría decir. No sabía si ya se estaría arrepintiendo de lo que había ocurrido entre ellos por la mañana.

Mientras se preparaba el té pensó en ‘el momento íntimo que habían compartido. Las píldoras anticonceptivas que tomaba para regular el ciclo parecían quemar en el neceser. Estaba segura de que se hartaría al cabo de unos meses, al ver que no se quedaba embarazada, y le pediría que se fuera para hacer sitio a la siguiente candidata.

Se dedicó a organizar la entrega de varias alfombras y compró dos grandes sofás de cuero color crema para el salón. El comedor era fácil de amoblar: fue directamente a un gran almacén de antigüedades, donde compró una elegante mesa de nogal.

Después de comprar varias lámparas jarrones, se sentía un poco más relajada. Sorprendida se dio cuenta de que se lo estaba pasando bien Elegir los artículos para la casa de Byron introducía una nota de color en su rutina. Se dijo que lo que más le gustaba era tener carta blanca para comprar lo que quisiera, pero en el fondo sabía que era algo más.

Capítulo 5

Cara acababa de terminar con la última entrega de muebles cuando oyó el sonido. Del coche de Byron en la entrada.

—Has ido de compras —dijo él cuando entró mirando a su alrededor—. Muy bonito.

—Ha salido carísimo.

Retorció el trapo entre las manos y evitó sus ojos.

—¿Cómo de caro?

Se lo dijo y él se encogió de hombros.

—Te dije que eligieras lo que creyeras conveniente, sin límite de precio. Has hecho un buen trabajo.

—Gracias —contestó, sintiendo una oleada de calidez ante el halago.

Lo. Observó mientras bajaba el escalón para entrar en el salón y probaba los sofás.

—Ven a sentarte conmigo y cuéntame qué tal te ha ido el día.

Cara se sentó vacilante a su lado.

Una de las manos de Byron se estiró por el respaldo hasta pasar por detrás de. los hombros. de Cara; la otra tomó un mechón suelto de su cabello y se lo colocó detrás de la oreja con delicadeza. El suave roce de los dedos sobre la sensible piel de su mejilla hizo que el corazón de Cara se estremeciera en su pecho. Deseaba con todas sus fuerzas que volviera a acariciarla.

—Entonces, ¿has tenido un buen día?

—Ha estado bien.

Byron le levantó la barbilla con un dedo y ella no tuvo más remedio que mirarlo.

—No te gusta mirarme, ¿verdad?

Ella no respondió; de hecho, no podía responder.

—Quiero que me mires —le dijo con voz profunda—. Quiero ver lo que pasa tras ese exterior tan. frío. Quiero ver, a la verdadera Cara, no esa máscara que presenta al mundo.

Ella se alejó de su mano y. se puso de pie con expresión cautelosa.

—Necesito darme una ducha Estoy llena de polvos de desembalar los muebles.

Byron se levantó y antes de que Cara se pudiera escabullir la sujetó con fuerza por la muñeca

—No me apartes de ti. Intento ayudarte, ¿no ves?

Ella lanzó una mirada desafiante a la mano que le rodeaba la muñeca.

— No quieres ayudarme —masculló— Quieres controlarme.

—No tengo ningún interés controlarte —le contestó—. Sólo quiero comprenderte. Cualquiera podría ver lo desgraciada que eres. Lo irradias a tu paso.

—¿Y eso qué tiene que ver contigo? —preguntó ella. —¿Porqué no te has mantenido fuera de mi vida? ¿Por qué de repente te interesa tanto mi estado emocional, después de siete años?

—Porque cometí algunos errores .de juicio en el pasado y quiero asegurarme de que no los cometo otra vez. Quiero que aprendas a confiar en mí. Que dejes de verme como a un enemigo y me consideres más un amigo.

—Tienes una noción muy rara de la amistad —dijo con sarcasmo—. Los amigos no se utilizan mutuamente ni hacen exigencias imposibles.

—Quizás llegados a este punto, debería recordarte que si no hubiera intervenido tu situación financiera sería deplorable. Tu reputación como diseñadora de interiores se habría destrozado, por no mencionar la de tu socio.

El resentimiento la quemó como si fuera fuego mientras lo escuchaba. La tenía entre la espada y la pared y lo sabía. Ella había visto las cifras.

—He contratado los servicios de una administradora —dijo él, mirando el reflejo de la lucha interior en su cara—. Se ocupará de los libros y supervisará la marcha del negocio.

—¿Cómo te atreves? Te has hecho con el control de mi vida personal y no contento con eso, ¡ahora también te quieres hacer cargo de mi negocio!

—Cara, no dejes que las emociones empañen tu juicio. Piénsalo. Una administradora os liberará a Trevor y a ti para que dediquéis más tiempo a hacer lo que sabéis hacer.

—No tenías derecho a pasar por encima de mí de esa manera.

—Tenía todo el derecho del mundo —dijo mientras su frustración iba creciendo. — He invertido mucho dinero y no me voy a relajar para que todo mi es fuerzo se desperdicie. Además, ¿qué pasará cuando te quedes embarazada? Tendrás que recortar horas de trabajo. y tomarte las cosas con calma.

—Lo tienes todo planeado ¿verdad? —los ojos de Cara brillaron peligrosamente. ¿Y si no me quedo embarazada, según tu plan? ¿Qué pasará entonces?

La furia oscureció los ojos de Byron y sus manos la sujetaron con fuerza.

—Te quedarás embarazada —le dijo con tono frío y duro. — Y me voy a asegurar de ello.

La atrajo contra su musculoso cuerpo mientras su boca cubría la de Cara. Ella intentó escapar pero, una vez que los labios de Byron tocaron los suyos, se sintió perdida. Su pulso se aceleró al sentir la lengua de Byron buscando una entrada, y su corazón dio un vuelco cuando lo logró con habilidad y no dejó ninguna parte de su boca sin explorar.

Su respiración se aceleró. Las manos que antes lo habían rechazado

intentando escapar se aferraban ahora a su camisa, con las uñas clavándose en su torso. Pudo sentir la erección. Le temblaban las piernas cuando él la recostó sobre el sofá y sus manos entreabrieron la blusa liberando sus senos. Inclinó la cabeza para tomar en la boca aquellos pezones, apretándolos entre los labios corno si quisiera darle placer y provocarle dolor al mismo tiempo. Ella gimió a medida que su cabeza descendía.

De repente se separó de ella, se levantó y se pasó la mano por el pelo. Cara se tranquilizó al comprobar que la respiraci6n de él estaba tan alterada como la suya mientras se ponía en pie y se ordenaba la ropa.

—Lo siento —dijo con voz ronca —No debería haber reaccionado así. No volverá a suceder.

Ella levantó la barbilla y pasó a su lado sin decir ni una palabra.

—Cara.

Dudó en el escalón del salón, pero después continuó como si no le hubiera hablado. Byron la observó apretando los labios y se volvió a mirar la vista del atardecer.

—Maldita sea dijo, contemplando el puerto que se extendía a sus pies—. Maldita sea, demonios.

Ella bajó al cabo de una hora. Sus ojos evitaron hábilmente los de Byron.

—¿Sigues queriendo salir a cenar? —le preguntó—. No estaba segura, así que...

—Sí. Es lo que necesitamos los dos. Un terreno neutral.

Se sintió inclinada a mostrarse de acuerdo. La casa, a pesar de su tamaño; no le ofrecía tanta seguridad como un restaurante.

Unos minutos después los condujeron a una mesa tranquila de un pequeño restaurante francés, y se preguntó si no se habría equivocado al pensar que allí estaría a salvo. No se sentía particularmente segura, sentada a su lado en aquel rincón tan íntimo.

—Hay algo de lo que me gustaría hablar contigo —dijo Byron.

Cara sintió una punzada de aprensión.

—¿Si?

—Me voy a Melbourne dentro de un par de fines de semana. Quiero que vengas conmigo.

—¿Me lo pides o me informas?

—Las dos cosas. Ya he reservado el vuelo. Es una ocasión muy importante y no quiero perdérmela.

—¿Para qué me lo cuentas? Ya lo has organizado todo. ¿Qué pasa si no quiero ir?

—Me gustaría que hicieras un esfuerzo. Mis padres celebran su

cuadragésimo aniversario. Creo que sería agradable que participen la celebración.

—No tiene nada que ver conmigo. Vete ni; yo tengo muchas cosas en las que ocupar el tiempo.

A mis padres les gustaría verte allí.

—¿Les has hablado de... de lo nuestro?

No se lo he contado todo. Sólo les he dicho lo que necesitan saber. Cuando oyeron que…—dudó con las palabras— estábamos saliendo otra vez insistieron en invitarte.

—No estamos «saliendo otra vez», como ni dices tan eufemísticamente —espetó en tono cortante—. Tienes intención de utilizarme como una incubadora de carne y hueso. ¿Les has contado eso?

—No quiero tener una discusión contigo. Y mucho menos en un restaurante abarrotado. No creo que sea mucho pedir que hablemos de esto como dos adultos.

—No quiero ir

—Por favor, Cara. A Fliss le encantaría volver a verte. Te ha echado de menos todos estos años. Se quedó destrozada cuando te fuiste.

Cara pensó en la hermana de Byron y la recordó como era entonces, cuatro años menor que ella, llena de fuerza y juventud, con dieciocho años y a punto de convertirse en adulta. La imaginó ahora, con un niño pequeño y otro en camino, con un doctorado bajo el brazo y con sólo veinticinco años de edad

—Me lo pensaré —dijo ella.

—Eso es todo lo que voy a poder sacarte, ¿ver dad?

—No se me da muy bien hacer promesas con tanta antelación —confesó con reticencia.

—Está bien —le dijo—. Nos lo tomaremos con calma. Me lo puedes decir en unos días o, si lo prefieres, incluso el viernes por la mañana; el avión no sale hasta las seis de la tarde.

El camarero regresó para informarlos sobre las especialidades del día y Cara se ahorró la respuesta.

Había sido un día de mucho trabajo, cargado de altibajos emocionales. Ya no estaba acostumbrada a lidiar con la intensidad de una relación íntima. Nunca se le había dado bien, ni siquiera cuando estaban casados.

Él tenía una familia que le ofrecía mucha seguridad; era ruidosa a veces, pero siempre podía contar con ella. Sus padres se amaban y adoraban a sus cuatro hijos. Incluso habían hecho un gran esfuerzo para hacerla sentirse bienvenida, aunque los había sorprendido un poco la rapidez con que se casaron. A medida que pasaron los meses, su relación fue profundizándose. Resultaba irónico, pensó mientras contemplaba su bebida; en cuanto comenzaron a aceptada empezaron

los verdaderos problemas con Byron.

En realidad, todo le había parecido muy claustro fóbico. Se sentía como si no pudiera respirar, con todos tan involucrados en la vida de los demás. By ron y ella no habían pasado ni un fin de semana solos durante su breve matrimonio. Cara no estaba preparada para un ritmo de vida tan frenético y se había refugiado aún más en su caparazón. Se sentía atrapada por los deseos de Byron de crear una familia y habían discutido acalorada y repetidamente sobre los anticonceptivos.

Lo había abandonado poco tiempo después de una pelea. Llevaba varias semanas sintiéndose enferma porque no se había recuperado adecuadamente de una gripe, y perdió la paciencia cuando se encontró con que tenían que asistir a otra reunión familiar. Hizo las maletas y tomó el primer tren hacia la ciudad.

Más tarde, ese mismo día, vio a Byron en un café con Megan, su novia de la adolescencia, la mujer con la que todo el mundo esperaba que se casase. Se notaba que Megan había estado llorando y el brazo de Byron rodeaba sus hombros temblorosos, mientras acercaba la cabeza a la suya. Cara no necesitó ver nada más. Era como si algo se hubiera roto dentro de ella.

Tomó el primer avión a Sidney y una semana después ya había solicitado el divorcio. Sabía que Byron la buscaría, de modo que se ocultó hasta que él se dio por vencido.

Su madre se regodeó con la ruptura de su matrimonio. Cara no había sido capaz de ver sus manipulaciones hasta que fue demasiado tarde para escapar

Por casualidad; Cara descubrió que estaba embarazada. Fue al médico porque seguía encontrándose mal, y un reconocimiento de rutina reveló que estaba embarazada de casi seis meses. Su madre se puso furiosa.

Cara se encontraba en un estado anímico tan bajo que había perdido la concentración mientras conducía. Un coche que se había saltado un semáforo en rojo se empotró contra el lado del coche donde iba su madre; quien resultó gravemente herida y necesitó meses de rehabilitación. Cara perdió el bebé. Había pospuesto su propia rehabilitación mientras se ocupaba de las crecientes exigencias de su madre. Estaba completamente atrapada en la trampa de su madre y no veía ninguna salida.

Diariamente, durante los cuatro años siguientes, Edna Gillem le había reprochado a su hija que hubiera destrozado su vida. Sin darse cuenta, se había convertido en la esclava de su madre.

No sabía cómo había podido resistir aquellos años. De algún modo había sobrevivido, pero la experiencia la había dejado marcada de por vida. Se sentía dañada. Su madre había pasado arios intentan do destruir su autoestima y al fin lo había logrado.

Cara enterró en la intimidad el pequeño cuerpo que no había tenido oportunidad de vivir. Hizo que grabaran el nombre de su hija en una lápida que pagó con el dinero del acuerdo de divorcio. No se lo contó a nadie. Su secreto estaba encerrado dentro de ella, donde nadie pudiera tocarlo, pero cada vez que oía el nombre de Emma ese lugar secreto se estremecía dolorosamente, recordándole todo lo que había perdido.

Byron la sacó de su terrible ensimismamiento llamándola suavemente.

Levantó la vista y lo miró, como si se sorprendiera de verlo sentado frente a ella.

—¿A dónde habías ido? —le preguntó.

—¿Qué?

—En tu cabeza. Tenías una mirada lejana en lo ojos.

—¿Si?

—Cuéntamelo, Cara. No me dejes fuera.

— Estaba pensando en... en el color de las alfombras de los dormitorios de invitados—mintió. Y en las— cortinas. Creo que quedarían bien unas cortinas que ofrezcan intimidad. sin tapar las vistas.

Byron vio el movimiento de los ojos de Cara, que se alejaban de los suyos, y supo que estaba mintiendo. Nunca había conocido a una persona más compleja, y aborrecía el hecho de que ella dejara tan claro que no lo necesitaba emocionalmente.

Pero decidió dejar que se saliera con la suya. Algo en el aspecto sombrío de sus ojos lo había alertado sobre su fragilidad y, aunque exteriormente ofreciera un aspecto sereno, empezaba a sospechar que sólo era una estratagema.

Les sirvieron la comida y la observó mientras ella daba la impresión de disfrutar de su plato, haciendo incluso algún comentario sobre el sabor.

Abandonaron eL restaurante en un cordial silencio. Byron se felicitó por no haberla presionado. Tendría que pensar en otra estrategia para conseguir que se relajara lo suficiente para hablar

La casa los recibió con una calidez que complació secretamente a Cara. Las alfombras que había elegido para los suelos de mármol eliminaban su fría formalidad y les daban un aire acogedor. Byron se sentó en el sofá más cercano para ver los folletos que ella había dejado en la mesa. Cara se sentó al lado, con los brazos alrededor de las rodillas, y respondió a sus consultas ocasionales sobre la disponibilidad de los artículos.

—Me gusta esto —dijo señalando un gran espejo con marco dorado, en uno de los folletos de antigüedades—. ¿Qué te parece?

— Aquí hay otro con volutas —dijo ella pasando la página y señalándolo. Lo vi el otro día. Es un poco grande, pero creo que la pared del fondo del comedor es lo suficientemente amplia. ¿Te gusta? Es más caro que el otro, pero creo que merece la pena. Puedo hacer el pedido mañana y que nos lo envíen y...

Se calló el resto cuando los dedos de Byron abrieron el pasador para liberar su pelo. Sus ojos se encontraron, antes de que su boca descendiera sobre la de ella.

En aquella ocasión, el beso fue delicado. Byron se tomó su tiempo y no aumentó la presión de los labios hasta que sintió su respuesta. La levantó en sus brazos, como si no pesara nada, y la llevó al dormitorio. Sus ojos no se separaron ni un instante.

Ella exploró la profundidad de su mirada. No necesitaron decirse nada cuando él la tendió en el gran lecho y comenzó a aflojarse la corbata. Lo miró mientras se desnudaba con una calma que la excitó secretamente. Los ojos de Byron ardían con un calor que ella podía ver reflejado en su cuerpo, y contuvo el aliento cuando se acercó hacia ella.

Le quitó la ropa con la misma calma. Su lento acercamiento despertó su deseo como no podría haberlo hecho un abrazo rápido en busca de satisfacción. Sus ojos acariciaron cada centímetro de la piel de Cara mientras la desvestía, y cuando al fin quedó completamente desnuda, se dejó caer y la estrechó entre sus brazos.

Su boca la transportó en un viaje de sensualidad, y ninguna parte de su cuerpo quedó sin la marca de sus labios o su lengua. El placer de Cara no conocía límites; su cuerpo se estremeció con el éxtasis; sus jadeos llenaron el aire de la noche.

El esperó a que se calmara antes de buscar su propio placer. Se abrazó a él, estremecida por su ge mido gutural de abandono, vanagloriándose del colapso de su cuerpo fuerte sobre el suyo, mientras su respiración entrecortada le llenaba los oídos.

Cara permaneció tendida entre los brazos de Byron, mientras él se quedaba dormido, y pensó en los siguientes meses. Él quería un hijo; sólo la deseaba en un sentido físico para lograr su objetivo. Pero no iba a suceder.

Se separó cuidadosamente del abrazo de Byron y, volviéndose hacia la pared, suspiró con cansancio., El sueño parecía lejano. Su cuerpo estaba agotado, pero su mente no podía olvidar las imágenes que la torturaban en los momentos más tranquilos. Imágenes de su madre gritándole, despeinada, con los. ojos vidriosos por los medicamentos.

Recordaba que de niña se había sentida desconcertada y asustada ante los repentinos arrebatos de su madre, pero había aprendido a bloquearlos con el paso del tiempo Había aprendido a cerrar la mente ante la ira desplegada ante sus ojos obligándose a pensar en otro lugar u otro tiempo donde se sintiera segura.

Tras una hora luchando contra las pesadillas, renunció a intentar dormirse. Se levantó de la cama, se puso la bata y salió de puntillas de la habitación.

Byron la encontró de pie, frente a la ventana de uno de los dormitorios de invitados. El suave resplandor de la luna proyectaba una imagen fantasmal sobre su rostro inexpresivo. Su esbelta figura estaba completamente inmóvil. Se preguntó si estaría dormida. Tenía entendido que las personas atribuladas podían caminar en sueños.

Le acarició el hombro ligeramente y la sintió estremecerse. Dejó caer la mano y suspiró.

—¿No puedes dormir?

Se volvió para mirarlo, con los ojos apagados, como si acabara de ver algo terrible que escapara a su comprensión. El sintió una punzada de alarma, pero se contuvo.

—Vuelve a la cama —le dijo con suavidad—. Pareces exhausta.

Ella lo miró unos instantes mientras los ojos iban perdiendo gradualmente su inerte vacío. El vio el brillo de las lágrimas y su estómago se contrajo dolorosamente. Le abrió los brazos y, para su sorpresa, ella dio el paso que separaba sus cuerpos.

Se quedó de pie, mirando por la ventana con la cabeza de Cara apoyada debajo de su barbilla inclinada. El cuerpo de la mujer se apretaba contra el suyo, como si fuera el refugio durante una tormenta especialmente violenta. No dijo ni una palabra. Sólo la mantuvo abrazada y miró la ciudad que se despertaba poco a poco ante sus ojos mientras el sol empezaba a bañarla con su luz dorada.

Capítulo 6

La siguiente semana y media pasó rápidamente para Cara. Sentía el fantasma del fin de semana y sabía que tendría que decidir si acompañaría a Byron a Melbourne.

También estuvo dando los últimos toques a las habitaciones. Aún estaban confeccionando las cortinas, y las enviaban a medida que las iban terminando.

Uno de los dormitorios presentaba un reto diferente. Cara se quedó en el centro del pequeño cuarto infantil y miró a su alrededor Todavía no estaba amueblado y se preguntó qué iba a hacer. Le parecía inútil decorar la habitación para un hijo que nunca tendría, pero la idea de prepararla para el hijo de otra le parecía aún peor.

Llegó la mañana del viernes y aún no había tomado una decisión sobre el viaje a Melbourne. Se quedó mirando mientras Byron se ponía una camisa y elegía una corbata.

—He citado a la administradora para que coma con nosotros — le dijo a Cara. — Te recogeré en tu oficina a las doce.

Cara salió de la cama a regañadientes y se puso la bata.

—¿Qué pasa con el fin de semana? —le preguntó él poniéndose los zapatos—. ¿Tienes intención de acompañarme? Yo me encargaré de responder a todas las preguntas incómodas sobre nuestra relación. Déjamelas a mí.

Cara se sintió dividida. No quería que la familia Rockcliffe la absorbiera, pero tampoco deseaba estar sola el fui de semana.

—Iré contigo —respondió por fin.

—Buena chica. —Depositó un beso rápido en la cabeza de Cara y, tomando la americana con un dedo, añadió: —Te veré a las doce.

Suspiró cuando él se hubo marchado. La casa parecía vacía sin él. Se estaba acostumbrando demasiado a su compañía, se reprochó mientras entraba en la ducha. Y él comenzaba a adueñarse de su mundo en todos los aspectos.

Byron condujo hacia la zona residencial al este de la ciudad y aparcó junto a la entrada de un restaurante de Potts Point. Cara lo siguió hasta una mesa a la que ya había sentada una mujer, con la cabeza inclinada sobre la agenda y varios papeles alrededor.

—Hola, Cara. Ha pasado mucho tiempo.

—Sí —fue todo lo que pudo responder Cara.

Se sentaron a la mesa y Megan se volvió hacia Byron, con sus ojos de azul porcelana brillando de entusiasmo.

—Estoy encantada de estar en este proyecto —dijo. Tengo muchísimas ideas para el negocio.

Cara se sintió entumecida por el resentimiento y lanzó una mirada

indignada a Byron. Él le devolvió la mirada, pero su expresión era indescifrable, y se volvió hacia Megan.

—El asunto es bastante complicado, Meg. Nos llevará cierto tiempo poner las cosas en orden. Creo que deberíamos tomárnoslo con calma.

—¿Y el otro socio? —preguntó Megan—. ¿Dónde está?

—Ha llamado para decir que no se encuentra bien —contestó Cara, tensa.

Megan le lanzó una mirada a Byron, como si quisiera indicarle que no la creía, y le presentó 1a carpeta de contabilidad que tenía delante de ella

—He estado revisando las facturas y he visto que hay clientes que deben su dinero. ¿Les mando al cobrador de deudas o me limito a enviarles avisos?

Cara no podía creerse que estuvieran sentados allí, con las cabezas juntas, hablando de los asuntos de su negocio como si ella ni siquiera estuviera presente. La ira fue invadiéndola como una ola.

— Avisos esta vez — dijo Byron—. ¿Qué te parece, Cara? — le preguntó bruscamente, frunciendo el ceño. —Te preguntaba si tienes alguna preferencia sobre la forma de reclamar el dinero a tus deudores.

— No — dijo ella bajando los ojos. — No tengo preferencias.

— Bueno... —se giró en su silla para dirigirse a Megan una vez más. — Entonces está decidido. Avisos primero y, si fallan, un cobrador de deudas. ¿Alguna otra cosa?

Siguieron hablando sobre diferentes aspectos del negocio, y aunque Cara podía notar que Byron in tentaba incluirla se resistió y se quedó sumida en un silencio hosco.

Les sirvieron la comida y la conversación derivó a otros temas. Cara se esforzó por escuchar, aunque no participó casi nada, ni siquiera cuando le dirigían alguna pregunta. Megan s pasó casi todo el rato arrimándose a Byron de una manera que demostraba un afecto mutuo que venía de largo. A Cara se le re volvió el estómago.

Tras la comida, Megan se dirigió a su propio coche mientras Byron acompañaba a Cara al suyo. Cara caminaba muy envarada a su lado y, cuando él la tomó del codo para cruzar la calle, se soltó de su mano.

—¿Vas a seguir comportándote como una niña? —espetó él mientras le abría la puerta.

Ella movió la cabeza con un gesto de desafío y entró en el coche sin decir ni una palabra. Lo vio acercarse al lado del conductor a grandes zancadas.

—Ya veo cómo va a ser este fin de semana —añadió mirándola con frío desdén. — Rabietas y tu jueguecito de hacerme el vacío.

—No voy a ir.

—¡Ya lo creo que vendrás, maldita sea! —metió la marcha con un brusco movimiento de la mano—. Por una vez en tu vida, vas a hacer

exactamente lo que te diga. No quiero que estropees la celebración de mis padres con tus celos mezquinos...

—¡No estoy celosa!

— Siempre le has tenido manía a Megan — dijo. — ¡Demonios, si es prácticamente de la familia!

—No dudo que a ella le encantaría serlo —rezongó Cara en voz baja.

—¿Qué has dicho?

— Nada.

—Quiero que me prometas que te portarás como Dios manda este fin de semana. Es muy importante para mí.

Ella no respondió.

—¿Me das tu palabra, Cara?

Ella volvió la vista hacia la ventanilla, con los hombros en tensión.

—Sí.

Cuando terminaron de trabajar y se fueron a casa a preparar el equipaje, el tiempo transcurrió con una rapidez alarmante. El tráfico de la tarde del viernes tampoco ayudó a suavizar la creciente tensión que se palpaba en el coche. Para cuando aparcaron, facturaron el equipaje y subieron al avión, Cara ya comenzaba a incubar un monstruoso dolor de cabeza.

En Melbourne los estaba esperando Patrick, el hermano de Byron. Los dos hombres se abrazaron y después Patrick se volvió hacia Cara.

— Hola, Patrick.

—Cara —saludó con inseguridad—. Estás preciosa ¿Verdad que está guapa, hermano?

Pasó la incomodidad del momento y salieron del aeropuerto. Cara sintió a Byron a su lado, y cuando él le tendió la mano no retiró la suya.

Los hermanos charlaron sin parar durante el trayecto desde el aeropuerto hasta la casa de los Rockcliffe en Hawthorn. Hablaron de Kirstie y Katie, las gemelas de Patrick, y de Sally, su esposa, que había terminado recientemente sus estudios de Bellas Artes.

—Deberías ver lo que está preparando mamá —comentó Patrick con una sonrisa—. Está encantada de que los dos hayáis podido venir.

Cara no cifraba sus esperanzas en la bienvenida de la madre de Byron, pero cuando se abrió la puerta principal la esperaba un gran abrazo igual que el que recibió Byron.

—Hola, señora Rockcliffe.

— Mi querida Cara, ¿qué s esa tontería de «señora Rockcliffe»? Ya hemos superado eso. Llámame Jan. Ah, mira, aquí viene Robert. Rob, cariño, mira quién ha venido con Byron; después de todo.

Cara recibió otro gran abrazo que le cortó la respiración.

— Señor... Robert —saludó al padre de Byron con timidez.

Sally, la mujer de Patrick, acudió a saludarlos acompañada de sus gemelas. de cinco años. Cara Sintió que se le cortaba la respiración al ver a las sonrientes niñas, que inmediatamente desaparecieron en el abrazo de su cariñoso tío. Sus risitas complacidas llenaron el aire, y Cara sintió una punzada de dolor muy dentro.

A la hora de la cena, Cara se sentó junto a Sally, que ya había acostado a las niñas, para disfrutar de un delicioso asado.

— Sí seguro que te parecen adorables — respondió Sally al tímido intento de comenzar una conversación por parte de Cara—. Pero deberías haber visto el alboroto que han armado cuando las he mandado a la cama. Estas niñas... Patrick tiene ganas de que vayamos a por otro niño, pero después de tener gemelas la primera vez me da un poco de miedo.

— Eh...

—¿Me puedes pasar la sal, cariño?

Cara no se dio cuenta de la petición de Byron hasta que le tocó el brazo.

— Cariño, la sal...

Le entregó el salero, consciente de haberse convertido en el centro de todas las miradas. Se preguntó si todo el mundo se habría dado cuenta de que ella no había sabido reconocerse en el término afectuoso que había empleado Byron

—Es una cena maravillosa, mamá comentó Byron para llevar la conversación por otros derroteros—. No había probado el asado desde que me fui a Sidney

Poco después de que terminaran los sonó el timbre, anunciando la llegada de los demás componentes del clan. Cara se preguntó si habrían ido a juzgarla, para decidir si era digna de estar otra vez con Byron aunque fuera de manera provisional.

Leon, el gemelo de Patrick no fue tan cordial cómo había sido su hermano, pero se mostró educado y le presentó a Cara a Olivia, su esposa. Sus tres hijos se habían quedado en casa con la canguro, le informó a Cara en respuesta a su amable pregunta.

Felicity, la hermana pequeña de Byron, gritó de alegría cuando vio a Cara. Le echó los brazos al cuello corno pudo, considerando su avanzado estado de gestación, y exclamó:

—¡Has venido! ¡Fantástico!

Cara se vio inmersa en más presentaciones. Primero, el marido de Fliss, un hombre alto y callado, de pelo oscuro, que parecía un poco subyugado por el ruido y las voces de todo el clan Rockcliffe. Cara se preguntó si por fin habría encontrado un aliado. Jason se quedó a un lado observando el abrazo que recibió su joven esposa de su hermano

mayor con una expresión de desconcierto en los ojos.

—Cuesta un poco acostumbrarse a esto, ¿verdad? —comentó mientras le tendía unas trufas de chocolate.

—Sí —sonrió tímidamente y tomó una—. ¿Te has criado en una familia numerosa?

—Soy hijo único.

— Yo también.

—Fliss habla muy bien de ti —comentó Jason.

—Me... me alegro.

Byron se acercó, se sentó en el reposabrazos del sillón que ocupaba ella y le paso el brazo por los hombros de forma despreocupada.

—¿Qué tal van las cosas, Jason? —le preguntó a su cuñado—. ¿Llevas muchos juicios?

—¿Eres abogado? —preguntó Cara, y Jason asintió—. ¿A qué especialidad te dedicas?.

—Me especializo en derecho de familia —respondió mientras un silencio descendía sobre la habitación—. Principalmente, divorcios.

Cara disimuló su incomodidad con una pequeña sonrisa

—Un trabajo muy interesante.

Jan Rockcliffe presentó una bandeja de dulces caseros a Cara.

—Prueba una de mis bolitas de jengibre —le ofreció. — Tú también, Jason. ¿Has perdido peso? Voy a tener que mandarte paquetes de comida. ¿No te cuida bien Felicity?

Cara sintió la vergüenza de Jason, pero él mane ó la situación muy bien. Tomó uno de los dulces que le había ofrecido Jan, se lo metió en la boca y comenzó a masticarlo con tranquilidad. Cara sofocó una risa y se preguntó por qué no había pensado en aquella treta hacía muchos años. Ciertamente, eludió la necesidad de dar una respuesta.

La velada transcurrió como solían transcurrir las veladas de los Rockcliffe: ruidosamente.

Cara se sentó en el borde del sillón y observó la sonrisa de Byron mientras Fliss bromeaba a expensas de Leon. Su marido se dio cuenta y, acercándose, advirtió en broma a Fliss que se metiera con alguien de su tamaño.

— Pero si soy de tu tamaño — rió Fliss señalando su abultada barriga—. Sobre todo ahora.

Cara vio que Byron la miraba. Él sonrió y le guiñó un ojo, y a Cara le dio un vuelco el corazón. Se volvió, con las mejillas encendidas, y se concentré en la historia que Patrick contaba sobre un compañero de trabajo. Robert y Jan se sentaron en uno de los sofás a escuchar la anécdota. Cara se preguntó qué los habría mantenido juntos durante cuarenta años, si discutían alguna vez, si se decían cosas que no querían decir y si alguna vez habían pensado en irse en busca de falsos espejismos. No lo parecía, a juzgar por la expresión orgullosa de sus

ojos mientras observaban a sus hijos adultos.

Al cabo de un rato, Robert se levantó y anunció que Jan y él se iban a la cama. Patrick y Sally intercambiaron una mirada de complicidad que indicaba que estaban pensando hacer lo mismo.

Leon y. Olivia se levantaron, y Fliss se tapé la boca para ocultar un gran bostezo, lo que hizo que se le acercara Jason y le acariciara el pelo.

Cuando se quedaron solos, Byron se volvió hacia ella y levantó una botella de coñac.

—¿Te apetece un poco?

— No, pero tómate tú una copa si te apetece.

—Has estado muy callada toda la noche — comentó él después de unos minutos.

—¿Si?

—Mucho. ¿Te sientes bien?

—Sí, por supuesto.

—Mi madre nos ha separado — anunció Byron. Tú duermes en la habitación rosa y yo en el estudio.

—¡Oh!

—No le he hablado sobre nuestro... —se detuvo una fracción de segundo— arreglo.

—Estoy segura de que se habría escandalizado si lo hubiera sabido —dijo Cara sin pensar.

—Sin duda.

—Pues buenas noches.

— Buenas noches. Cara?

Ella levantó los ojos y sus miradas se encontraron.

—Ven aquí.

Incapaz de resistir la tentación, se acercó con las mejillas rojas y las manos temblorosas.

—¿Si?—susurró con voz ronca.

Byron alargó una mano, le colocó un mechón detrás de la oreja con delicadeza y le tocó la suave piel del cuello. Cara contuvo el aliento y se fundió con su caricia.

Él inclinó la cabeza y Cara cerró los ojos al sentir sus labios. Fue un beso delicado, muy suave, pero la excitó más de lo que habría creído posible. Un instante después, él levantó la cabeza y se apartó de ella.

—Buenas noches, Cara. Que duermas bien.

Ella no respondió; se giró y abandonó el salón con paso inseguro.

Una vez en la cama, Cara contó los minutos, intentando quedarse dormida, pero su mente no se podía relajar. La animada conversación de la velada volvía a sonar en su cabeza, mientras los rostros aparecían ante sus ojos cerrados. Se preguntó si él ya se habría dormido, si su cuerpo alto y fuerte ocuparía el sofá cama del estudio con los pies fuera

y los brazos abiertos para estrecharla contra sí, aunque ella no estuviera allí.

Capítulo 7

La casa cobró vida con el primer rayo de sol. Cara abrió los ojos y se encontró con dos pequeños rostros idénticos que la observaban.

—¿Eres nuestra tía? — preguntó una de ellas.

Cara se incorporó, se apartó el pelo de la cara y les hizo sitio. Las niñas se encaramaron a la cama y se sentaron, cada una a un lado.

—No lo sé muy bien —confesó con sinceridad—. Estuve casada con vuestro tío, pero no estoy segura de que eso me convierta en vuestra tía.

—¿Por qué no sigues casada con el tío Byron? —preguntó una.

Cara tragó saliva.

—No tienes por qué contárnoslo dijo la otra niña, mirando a su hermana con reproche—. Mamá diría que no es asunto nuestro.

—Claro que es asunto nuestro, Kirstie —dijo Katie con determinación—. Si no, no podemos saber cómo llamarla.

—Podéis llamarme Cara. Con eso basta por ahora, ¿no?

—La señorita Cuthbert, nuestra profesora, dice que los niños nunca deben llamar a los adultos por el nombre de pila —informó Katie.

—Pero no tiene por qué enterarse dijo Kirstie—. Puede ser nuestro secreto.

—¿Te gustan los secretos, Cara? — preguntó Katie, apretándose contra ella.

Cara abrió la boca para contestar y volvió a cerrarla.

—Yo sé un secreto —susurró Kirstie—. La tía Fliss va a tener otro niño.

— Oh.

—Yo sé un secreto mejor aún —dijo Katie con desden.

— Nada de eso.

— Claro que sí. ¿No te acuerdas? Te lo dije hace mucho. Cuando Megan Fry besó al tío Byron en su cumpleaños —miró a Cara. — Fue asqueroso.

—Está enamorada de él —dijo Kirstie—. Oí a la abuela decírselo a mamá.

Cara volvió a abrir la boca, miró a una niña y después a otra, y la cerró de nuevo.

—No me gusta. Se pone demasiado perfume y siempre nos está tocando el pelo. La última vez que vino me dio dolor de cabeza.

Cara sentía que le entraba la risa y se apresuró a cambiar de tema.

—¿Os gustan los cuentos? —preguntó.

— Nos encantan.

— Bien — rodeó sus hombros con los, brazos y empezó—. Érase una vez una niña que se sentía muy sola. No tenía hermanos, y su padre se había marchado mucho antes de que ella naciera. Su madre también estaba sola. Tan sola que no se fijaba demasiado en la niña;

sólo le daba de comer y la reñía cuando hacía algo mal. Pero un día, la madre no la riñó, sino que le gritó. La niña no entendía por qué estaba tan enfadada su madre, e intentó ser mucho más buena para evitar que eso volviera a ocurrir.

Estaba tan absorta en la historia, que no se dio cuenta de que se abría la puerta de la habitación. Byron contemplaba la escena en silencio. Se calló bruscamente cuando lo vio de pie en el umbral, con una expresión indescifrable.

— Sigue — imploró Katie.

—¿Qué pasó después? —preguntó Kirstie, mirándola fijamente

—Continuará.

—Oh, no —protestó Katie—. Odio que acaben con un «continuará».

—¿Cuándo seguirás? —preguntó Kirstie—. ¿Esta noche, cuándo nos vayamos a la cama?

—De acuerdo. Esta noche os contaré el resto.

—¿Yo también puedo oír el final esta noche? —preguntó Byron, mirándola fijamente.

—No —protestó Katie—. Esto es cosa de chicas. ¿Verdad, tía Cara?

Cara seguía intentando recuperarse. Ya era la segunda vez que la llamaban tía.

—No estoy segura...

— Lo siento, tío Byron, pero es sólo para chicas. —dijo Katie, con una sonrisa.

—Bicho — dijo Byron, haciéndole cosquillas.

Kirstie no estaba dispuesta a quedarse fuera, de modo que empezó a hacer cosquillas a su tío para defender a su hermana. Cara no pudo evitar reír cuando las cosquillas la alcanzaron.

—¿Serás…?— contuvo la respiración y se lanzó hacia su pétreo estómago.

Las niñas reían a carcajadas mientras su tío, con un brillo de travesura en los ojos, se concentraba en Cara.

— Basta, por favor — rogó ella.

Tenía las piernas enredadas en la sábana, de modo que le resultaba imposible huir. El rostro de

Byron estaba a escasos centímetros del suyo y sus ojos brillaban con una emoción indefinible. Entonces se apartó para dirigirse a las niñas.

—Vuestra abuela tiene el desayuno preparado. ¿Por qué no bajáis mientras le enseño a la tía Cara el reglamento de las cosquillas?

Las gemelas se marcharon, sin dejar de reír en busca de su abuela.

Byron se volvió hacia Cara, atrapada entre sus brazos. Sus miradas se encontraron; las dos reflejaban el deseo.

—Bueno —dijo Cara, intentando relajar la situación, ¿en qué consiste exactamente el reglamento de las cosquillas?

Los labios de Byron se arquearon en una sonrisa.

—La regla principal es: «no hagas nada que no estés dispuesto a aguantar» —contestó con voz aterciopelada—. ¿Crees que puedes aguantarlo?

— Creo que sí.

—Vamos a ver.

Sus bocas se encontraron y Cara se dejó caer sobre el colchón, con un suspiro de placer. Byron la besó apasionadamente. Podía sentirlo tan cerca, que la separación de las sábanas y la ropa era un tormento.

Elle pasó una mano por debajo de la camisa del pijama y le acarició el pecho hasta hacerle pensar que iba a gritar. Después retiró la mano, subiendo la prenda, y bajó la cabeza para rodear su pezón con la lengua, mordisqueando la suave piel que lo rodeaba. Cara se agitó, respirando entrecortadamente, como si acabara de correr una carrera Byron abandonó su pecho brevemente para volver a su boca y siguió besándola hasta que todos los pensamientos abandonaron su mente.

Cara sólo podía pensar en el cuerpo que la aplastaba contra el colchón. Tenía la impresión de que la excitación de Byron iba a quemar la tela que los separaba Notaba que estaba dispuesto a llevarla a las cimas del placer; podía sentir su excitación mientras sus lenguas se exploraban. También sentía su propia reacción Estaba preparada para acogerlo en su interior; sólo aquello podría llenar el casi doloroso va

cío.

Se oyeron unas voces al otro lado de la puerta y Byron se apartó.

—Ya seguiremos después —le prometió mientras se levantaba. Creo que nos buscan para desayunar. Nos vemos abajo.

Se ducho rápidamente y bajó Todos los miembros de la familia sentados alrededor de la mesa. Ella saludó con timidez.

— Mamá, la tía Cara nos estuvo contando un cuento—dijo Katie mientras comía huevos revueltos.

—No hables con la boca llena, cariño —dijo Sally. —¿De qué va el cuento?

—De una niña que no tiene a nadie que la quiere —explicó Kirstie.

— Qué triste —Sally miró a Cara de reojo antes de volver a concentrarse en sus hijas—. ¿Tiene un final feliz?

— No lo sabemos protestó Katie. Continuará.

—Me encantan los finales felices — dijo Kirstie, soñadora—. ¿Al final besará al príncipe?

Cara sonrió.

—Sí.

—¡Puaj! —dijo Katie, torciendo el gesto—. Espero que no sea uno de esos besos como el que se dieron Megan y el tío Byron.

—¡Katie! —reprendió Sally, roja como un tomate.

—No pasa nada, mamá le aseguró la niña—. Ya se lo hemos contado a la tía Cara.

El silencio fue ensordecedor. Cara bajó la vista al plato y fingió interés por la comida.

—Terminad de desayunar, por favor —les dijo Sally a sus hijas. Papá dice que os llevará al centro comercial mientras ayudo a la abuela con los preparativos de la fiesta.

Las niñas se levantaron de un salto y salieron de la cocina charlando animadamente.

—Lo siento mucho —se disculpó Sally—. A veces dicen unas cosas...

—No te preocupes —contestó Cara, con una sonrisa incómoda. —No pasa nada. De verdad.

—Byron, cariño —dijo Jan, alargándole un plato de bacon. —Come un poco más. Y tú también, Cara.

Negó con la cabeza. No se atrevía a hablar. Tenía la impresi6n de que todo el mundo la observaba atentamente, intentando evaluar su reacción a las palabras de la niña.

—Tengo unas cuantas cosas que hacer en la ciudad esta mañana —dijo Byron. —¿Quieres venir conmigo? Si quieres, puedes echar un vistazo a las tiendas.

—Tal vez debería quedarme para ayudar con lo de la fiesta.

—No hace falta —le aseguró Jan mientras recogía los platos—. Vete de compras. Sally y yo lo tenemos todo controlado. La señora Timsby vendrá a las once para ayudarnos.

—Si estáis seguras... —dijo Cara, mirándolas a las dos.

—Marchaos —dijo Jan, agitando un paño de cocina— Os sentará bien. Recordad los viejos tiempos o haced lo que sea que hacen ahora las parejas divorciadas.

Cara sintió que se le encendían las mejillas.

—Vámonos dijo Byron, levantándose.

Cara esperó hasta que estuvieron en el coche, donde nadie podía oírlos, antes de hablar

—¿Qué quería decir tu madre?

—¿A qué te refieres? — la miró y puso la marcha atrás

—A eso de «lo que sea que hacen ahora las parejas divorciadas». ¿Qué quería decir?

—¿Quién sabe? —contestó encogiéndose de hombros.

—Es posible que nos haya visto —dijo.

—¿Cuándo?

—Ya sabes Cuando estábamos besándonos en el dormitorio. Creo que la puerta no estaba cerrada del todo.

— Yo en tu lugar no me preocuparía. Estoy seguro de que mi madre puede con ello.

—Sí. Seguro que está acostumbrada a verte besándote con todo tipo de mujeres —dijo, complacida por su tono indiferente.

—Megan y yo sólo somos amigos.

—Ya veo.
—No ves nada —su voz se endureció—. Intentas hacerme sentir culpable por haberme atrevido a sustituirte, ¿no?
— ¿Y no es verdad?
—¿Qué?
—Que me sustituiste.
Se hizo un silencio incómodo.
—Si me preguntas —dijo Byron al fin —si ha habido otras mujeres, la respuesta es sí.
— cuando estábamos casados? —preguntó entre dientes—¿Hubo otras mujeres?
—No me puedo creer que hayas preguntado eso.
—¿Por qué? ¿Porque creías que no lo sabía?
—No. Porque no me puedo creer que fueras tan estúpida como para tirar nuestro matrimonio por la borda basándote en una sospecha. Supongo que te referirás a Megan.
—Te vi con ella—dijo con frialdad. El día que me marché.
—¿Y qué?
—Estabais en una situación muy... íntima.
—¿Y qué? —insistió.
—Y decidí marcharme para dejaros algo de espacio.
—No sé cómo tomarme esto. ¿Me estás diciendo que me dejaste porque creías que tenía una aventura clandestina con Megan Fry?
—No me fui sólo por eso. Estaba cansada de las peleas y de que tu familia te exigiera tanto todo el rato. No pasamos ni un solo fin de semana a solas durante todo el tiempo que estuvimos casados.
—No estuvimos casados tanto tiempo.
—Ni siquiera tuvimos una luna de miel en condiciones —continuó con amargura— Estabas tan absorto en el trabajo, que ni siquiera te diste cuenta de lo que pasaba.
—Llevar una empresa consume tiempo y esfuerzos. Acababa de montarla cuando nos conocimos, y no podía dejarlo todo en ese momento para irme de vacaciones. Te lo dije y pareciste aceptarlo.
—Tus padres te aconsejaron que te casaras con Megan y no conmigo. Lo supe desde el primer día.
—¡Por el amor de Dios! Por lo que dices, cualquiera diría que son unos tiranos. Sólo querían lo mejor para mí. No pretendían interponerse entre nosotros.
—No negarás que todo el mundo esperaba que Megan y tú acabarais juntos.
—Claro que no lo niego. Pero eso no ocurrió. Me casé contigo.
—Por desgracia.
—Resultó que sí. Pero en aquel momento creía que estaba haciendo lo adecuado— dijo Byron. — Los dos cometimos errores. Fue hace

mucho tiempo, y los dos lo hemos superado. ¿No es así?

Cara no respondió. No lo había superado; aquél era el problema. Se sentía estancada, como si su vida se hubiera detenido desde que lo dejó, siete años atrás.

—Tardaré dos horas aproximadamente —dijo By ron, al cabo de un rato, rompiendo el silencio—. Te dejaré en el centro comercial. Nos vemos a la una en la esquina, junto a la parada del tranvía.

Cara se bajó del coche. Cuando lo perdió de vista, se dirigió a una tienda grande y la recorrió con calma, deteniéndose a mirar lo que le interesaba. Quería comprarles un regalo a los padres de Byron, y lo encontró al cabo de una hora. Era una campana de cristal con un diente de león en su interior, completamente a salvo: ni el viento ni la lluvia podían hacerle mella. Miró la flor con una sonrisa. Aquello era lo que buscaba.

Cuando llegó a la esquina, Byron estaba esperándola. Había dejado el coche en la oficina. Miró el paquete que llevaba en la mano.

—¿No has tenido tiempo de comprar nada más en dos horas?

—Quería hacerles un regalo a tus padres.

—Estoy seguro de que no esperan...

— Me apetecía.

La tomó del brazo y se dirigieron un pequeño restaurante, apartado del bullicio. Cuando se sentaron, Byron la miró con repentina seriedad.

—Creo que tenemos que hablar de...

—¡Byron! Lo último que esperaba era encontrarte aquí —interrumpió una voz de mujer

—Hola, Sandra —saludó sin mucho entusiasmo— Cara, te presento a Sandra. Sandra, te presento a Cara.

Cara se volvió para saludar a la recién llegada, pero tenía la vista clavada en Byron, como si ella no existiera. Se quedó mirándolos.

—Megan me ha dicho que le has ofrecido un trabajo —dijo Sandra. Algo de un negocio ruinoso que hay que levantar.

—Sí, se lo he ofrecido —evitó la mirada de su ex mujer—. ¿Qué haces últimamente?

—De todo un poco —respondió Sandra con una sonrisa—. No me llamaste antes de irte a Sidney —añadió en tono de reproche—. ¿Es que has perdido mi teléfono?

—Estaba ocupado.

En fin…— Sandra ladeó una cadera. — Si me necesitas, ya sabes dónde estoy.

Se volvió hacia Cara y la observó detenidamente.

—¿Tú también trabajas para Byron? —le preguntó.

—En cierto modo —contestó Cara con frialdad.

Sandra pareció satisfecha con la respuesta, y se marchó al cabo de tiempo.

—Lo siento —dijo Byron después de que se fuera.

—¿Otra de las sustitutas?

—Si no te importa, me gustaría cambiar de tema. Sandra Hollingswort fue uno de los mayores errores de mi vida.

—¿Más que yo?

—Tú no fuiste ningún error.

—¿Qué fui, entonces?

Meditó largamente antes de contestar.

—Fuiste a la vez lo mejor y lo peor que podría haberme pasado.

—Supongo que yo me lo he buscado.

—Desde luego.

Para alivio de Cara, la conversación fue por otros derroteros. La idea de imaginar a Byron con otra mujer seguía resultándole insoportable. Odiaba pensar que hubiera compartido su pasión con ninguna otra. Odiaba imaginarlo besando otra boca, acariciando otro cuerpo, amando a otra persona. No le parecía justo; ella seguía amándolo, después de tanto tiempo.

Se quedó mirando la carta, aunque las letras se habían hecho borrosas. Seguía amándolo. De repente lo sabía con toda certeza. Siempre lo había amado.

—¿Cara?

Dejó la carta y lo miró. Al darse cuenta de que la camarera esperaba, se apresuró a pedir lo primero que se le ocurrió, aunque sabía que el nudo que se había formado en su garganta le impediría probar bocado.

Cuando la camarera se marchó con el pedido, Byron se recostó en la silla y la observó.

—¿En qué piensas?

Cara parpadeó.

—¿Qué pasa?

—Nada. Te preguntaba en qué piensas.

—En tus sobrinas —mintió. —Son muy simpáticas, ¿verdad?

—Mucho. No sabía que se te diera tan bien tratar con los niños. Creía que no te gustaban.

—No es que no me gusten. Decidí no tener hijos propios. Pero me gustan los ajenos.

—Y parece que les ha gustado tu cuento.

—Bueno, tampoco tenía mucha elección. Entraron y se pusieron a hablar de cosas que no quería oír, así que intenté distraerlas contándoles algo, pero entonces llegaste y nos interrumpiste.

—Podrías haber seguido. Yo no te hice parar.

—Estoy segura de que sabes cómo sigue —sonrió incómoda —aunque tendré que contarles una versión maquillada. No puedo destrozar su inocencia diciéndoles que el príncipe y la princesa se

divorcian.

Cuando la camarera les sirvió la comida. Cara hizo todo lo posible por reorganizar su plato de forma que pareciera que había comido algo. Miró a Byron una o dos veces; parecía estar haciendo exactamente lo mismo. La pasta cambió de lugar unas cuantas veces sin llegar a su boca. Al cabo de Unos minutos, apartó el plato.

—¿Cara?

—Quiero que me hables de tu madre —le dijo—. Quiero que me lo cuentes todo. Quiero saber qué te hizo para hacerte tan desgraciada. Creo que tengo derecho a saberlo.

—Ha muerto. Eso es todo lo que necesitas saber.

—Nada de eso —dijo con tono impaciente—. Cuanto más lo pienso, más tengo la sensación de que me ocultas algo. Algo importante.

—No quiero hablar de eso —dijo entre dientes, consciente de que los otros comensales los observaban.

—¿Te maltrataba?

Cara apretó fuertemente las manos sobre el regazo

—¿Te pegaba? —insistió Byron.

Cara se levantó y lo dejó solo en la mesa, frente a la comida intacta. Byron dejó unos billetes y la siguió. La alcanzó en la calle.

—Me doy cuenta de lo difícil que es esto para ti, pero...

—No tienes ni idea de cómo es para mí —interrumpió Cara con voz gélida—. Ni idea.

—Pues cuéntamelo.

— No puedo.

—¿Por qué?

— Porque...

Su vista se perdió en la multitud, distante.

— Cuéntamelo, Cara.

—Me pasé veintidós años fingiendo que tenía una madre que me quería. Después me pasé cuatro más intentando aceptar la idea de que no me había querido nunca. Mi madre me odiaba, y tuve que soportarlo durante toda mi vida. No me pidas que hable de algo que me resulta insoportable.

—Vamos, cariño. Ya ha terminado la hora de las confesiones. Vámonos de compras.

Cara se puso a caminar a su lado, con el ceño fruncido. Aquel apelativo la sacaba de quicio. Sabía que lo había dicho sin pensar, pero él había sido la primera persona que la había llamado así, y aunque sabía que ya no la quería, encontraba algo de consuelo en pensar que había dejado de lado el rencor lo suficiente para llamarla «cariño».

Capítulo 8

—¿Qué te parece esto? —Byron tenía en la mano un vestido de seda verde—. Te quedaría muy bien.

— Es bonito.

Cara se puso el vestido y salió del probador para que su acompañante la inspeccionara. Se puso de puntillas, mirando su reflejo en el espejo de cuerpo entero.

—Tendría que ponérmelo con tacones —dijo—. ¿Qué opinas?

—Creo que ese vestido debería llevar una advertencia.

Cara lo interrogó con la mirada.

—Atención. Si una chica castaña con mechas doradas se pone esto, es probable que los hombres actúen llevados por un deseo incontrolable.

Cara se dirigió al vestidor sin responder, pero no pudo evitar que una sonrisa aflorase a sus labios.

Cuando salió se lo encontró con el vestido en una bolsa, que le tendió. La aceptó dubitativa, mirándolo a los ojos.

—Ahora necesitamos los zapatos.

Byron insistió en pagar y después la llevó de un lado a otro como un torbellino. La animó a comprarse ropa interior de encaje, a probar varios perfumes y a buscar los zapatos perfectos para el vestido nuevo.

Como terapia, no había estado mal. No se había dado cuenta de lo entretenido que podía resultar gastar dinero. Que fuera otro quien pagara no disipó completamente el placer, aunque la incomodaba, ligeramente. Se sentía una tramposa. No estaba siguiendo las reglas del juego, y la idea de que Byron lo averiguase la avergonzaba más de la que quería reconocer.

—¿Cuántos invitados vienen esta noche? —preguntó Cara por hablar de algo mientras volvían a Hawthorn.

—Unos cincuenta. Amigos de la familia, unos pocos parientes... Estoy seguro de que podrás encontrar a alguien que no sea yo para charlar.

—No me importa charlar contigo —protestó.

—¿De verdad? —preguntó sorprendido—. Entonces, ¿por qué no me has dirigido la palabra en siete años?

—Necesitaba espacio.

—¿Espacio? — Metió una marcha cuando el semáforo se puso en verde—. Podríamos haber arreglado las cosas, pero no nos diste la oportunidad; Simplemente, desapareciste de mi vida y dejaste que yo me enfrentara solo a todas las preguntas. ¿Tienes idea de lo que fue? Mi familia no dejaba de preguntarme qué había pasado. Que si te había hecho algo, que si te tenía desatendida... Ya estaba volviéndome loco por mi cuenta como para tener que ocuparme de ellos.

Cara lo escuchó sorprendida. Hasta aquel momento no se había

parado a pensar en lo que aquello habría sido para Byron.

—Mira dijo él con voz algo más suave—, empiezo a darme cuenta de que tuviste una niñez muy difícil, y sabiéndolo estoy dispuesto a hacer concesiones. Pero tendrás que darte cuenta en algún momento de que no puedes ser una víctima toda la vida. En cierto modo, aferrarse a ese papel es un poco egoísta. Y esa actitud no altera el pasado en absoluto; lo único que hace es obstaculizar el futuro.

—¿Así que ahora pretendes reformarme? — preguntó con la voz tensa por la sorna—¿Crees que obligándome a vivir contigo conseguirás arreglarme?

—Quiero que dejemos de lado el pasado y nos concentremos en el futuro. ¿Es mucho pedir?

—Antes no tenía ningún lugar en tu vida. Y desde luego, ahora tampoco.

—¿Por qué? —se volvió para mirarla—. Vives como una monja, encerrada en esa torre de marfil que te has construido tan cuidadosamente a base de autocompasión. Despierta, Cara. Eres una mujer joven, con toda la vida por delante. Aférrate a ella con todas tus fuerzas y vive, por lo que más quieras.

—Y supongo que me has llevado de compras para empezar a cambiarme, ¿no?

—No, claro que no, sólo quería...

—No estoy en venta —interrumpió. Para hacerme cambiar haría falta más que un par de vestidos de diseño y unos cuantos sujetadores de encaje. Mucho más.

—¿Qué haría falta para que estuvieras conmigo voluntariamente? —insistió—. Para que volvieras a vivir conmigo como mi mujer. Para que quisieras que formáramos una familia y construyéramos una vida juntos.

—Haría falta un milagro.

—¿Qué clase de milagro?

Cara no era capaz de mantener su mirada. Se concentró en el abridor de la guantera del coche ya aparcado hasta que empezó a verlo borroso.

—Haría falta amor. Algo que ya no tenemos.

Se hizo un prolongado silencio.

—Lo tuvimos en otro tiempo, pero no nos mantuvo juntos. Tal vez lo que necesitemos esta vez sea compromiso. Hay muchos matrimonios que salen bien porque los dos se comprometen realmente con la tarea de crear una familia.

—¿No sería mejor tener tanto amor como compromiso?

—La vida no sale siempre según los deseos. A veces hay que conformarse con lo que se tiene y ver qué se puede hacer con eso.

Lo siguió al interior de la casa con el corazón en un puño. Él no la

amaba. Ella había destruido aquel amor al abandonarlo siete años atrás. Ahora estaba dispuesto a conformarse con lo que había

La casa de los Rockcliffe bullía de actividad. El florista acababa de marcharse después de dejar los centros que Sally estaba colocando por toda la casa. Ésta se encontraba en el vestíbulo cuando llegaron Cara y Byron.

—¿Habéis estado de compras? —miró las bolsas que llevaba su hermano y se volvió hacia Cara—. No me digas que has conseguida convencerlo para que te acompañe a comprar ropa. ¿Cómo lo has conseguido? Con Patrick no hay manera.

—En realidad...

—Hicimos el equipaje muy deprisa —intervino Byron. —No tenía nada que ponerse para la fiesta.

—Buena excusa —dijo Sally—. La usaré la próxima vez —dejó el centro floral en una mesita—. Ah, casi se me olvidaba. Al final va a venir Megan. Ha conseguido un billete de avión. ¿Puedes ir a buscarla al aeropuerto a las cinco?

—Desde luego. ¿A qué hora llega?

Parar no escucharlos, Cara se dirigió a la cocina con la esperanza de que le dieran algo que hacer.

Cuando entró se encontró a Jan Rockcliffe mirando con preocupación unas tartaletas.

—Hola —levantó la vista para saludarla—. Creo que he hecho demasiadas de salmón. ¿Tú qué crees?

Contenta de tener una distracción Cara s puso a cortar beicon y decorar con queso rallado el resto de las tartaletas. Jan charlaba mientras trabajaban.

Cara se dio cuenta de que se esforzaba por hablar de asuntos poco comprometidos. Aparentemente hablaban de cualquier cosa, saltando de in tema a otro, pero ninguna de las dos mencionó ni a Byron ni el divorcio.

—Creo que éstas ya están —dijo mientras sacaba del horno una bandeja de tartaletas y las dejaba en la encimera.

—Bien. ¿Te apetece tomar un té? Rob no tardará en volver con las niñas. Será mejor que nos tomemos un descanso mientras podamos, antes de que vengan a enredar.

—Son encantadoras —dijo Cara mientras se limpiaba las manos con un paño de cocina.

—Adoro a todos mis nietos —dijo Jan con una son risa—. Esta noche conocerás a los demás. Me encanta que vayan a venir todos, aunque sé que sus padres preferirían dejarlos con una canguro. Aún recuerdo que me gustaba salir con mi marido y dejar a los niños en casa. La verdad es que yo no quería tener hijos —confesó de repente—. Pero las cosas eran distintas en aquellos tiempos, y evitar los

embarazos no resultaba tan fácil.

Cara no sabía qué contestar.

—Pero cuando perdí el primer bebé —continuó Jan— lo pasé tan mal, que lo único que quería era volver a quedarme embarazada. Las mujeres estamos llenas de contradicciones, ¿no te parece?

—No sabía que hubieras perdido un hijo —murmuró—. Lo siento mucho.

—Fue hace mucho tiempo. Que un embarazo saliera mal no se consideraba nada terrible. No es como ahora, que es mucho más infrecuente.

—¿De cuántos meses estabas?

Los ojos color chocolate de Jan, tan parecidos a los de su hijo, se nublaron durante un instante, y Cara deseó no haber planteado una pregunta tan personal y dolorosa.

—De seis. Era una niña. Ahora tendría treinta y ocho años.

—Lo siento mucho.

Cara la observó mientras removía, el té durante mucho más tiempo del necesario.

—El dolor es algo muy curioso dijo Jan al fin—. Es como un jersey que guardas en el armario, que no quieres ponerte pero no puedes tirar. Necesitas que esté. ahí, para recordarlo. De vez en cuando lo sacas y le echas un vistazo, y después vuelves a esconderlo, aunque sabes que sigue ahí. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Cara aspiró profundamente y asintió, sin atrever se a hablar.

—Treinta y ocho años son mucho tiempo —continuó Jan—. Ya lo sé. Pero cada cual debe enfrentarse a las cosas a su manera.

Bebieron en silencio. Cara oía las voces de gente que se preparaba para la fiesta. Miró a la madre de Byron y, sin poder evitarlo, preguntó:

—¿Le pusiste nombre?

Jan dejó la taza en el centro del plato con una precisión que Cara envidio en secreto. A ella le temblaban las manos.

—Tardé bastante —contestó Jan en voz muy baja. —Por aquel entonces no se estilaba. Pero un día, varias semanas después, decidí que merecía tener un nombre, así que la llamé Anne. Anne Elizabeth Sarah Rockcliffe.

Cara quería contarle lo que le había pasado a ella, pero en aquel momento las gemelas irrumpieron en la cocina, cada una con una bolsa de plástico.

—¡Mira lo que me ha comprado el abuelo! —gritó Katie.

—Yo le quiero enseñar antes lo mío —dijo Kirstie, empujando a su hermana—. Siempre eres la primera que le enseña las cosas a la abuela.

—Yo también quiero verlo —intervino Cara para evitar el conflicto.

Mientras examinaban las baratijas, las dos mujeres hicieron los comentarios adecuados Después, Cara las acompañó fuera de la cocina,

con la promesa de peinarlas antes de la fiesta y ponerles los pasa dores que les había comprado su abuelo. Sally la miró agradecida mientras pasaba por la puerta cargada de copas.

—Muchas gracias —le dijo—. Byron acaba de irse al aeropuerto, y Fliss y Jason acaban de llamar para decir que están de camino. Las niñas ya saben lo que van a ponerse, pero si puedes ayudarlas, estupendo.

—No te preocupes —dijo Cara mientras las acompañaba escaleras arriba—. Vamos, niñas. Tenemos que arreglarnos para la fiesta.

Los invitados empezaron a llegar a las seis, y Cara estuvo tan ocupada con las gemelas, que apenas tuvo tiempo de arreglarse. Era consciente de que abajo estaba Megan Fry. La idea de que le dijera a alguien el desastre que era su negocio la enfurecía.

—¿Yo también puedo pintarme los labios? —preguntó Katie mientras Cara se maquillaba.

Cara se esforzó para contener el temblor de las manos mientras le ponía a la niña el pintalabios rosa pálido.

—¿Y esto? —preguntó Kirstie, levantando la paleta de sombras de ojos de tonos ocre—. ¿Puedo ponerme de esto?

Cara se inclinó para aplicarle un poco de sombra en cada párpado, con la esperanza de que a Sally no le importase que sus hijas jugasen a ser adultas. Cuando estaba terminando, oyó que Katie se volvía para saludar a su tío.

—¿Verdad que estoy guapa?

—Las dos estáis preciosas —contestó.

—¿Y la tía Cara? ¿Verdad que también está preciosa?

—Está espectacular —dijo mirándola fijamente.

Cara contuvo la respiración. Estaba segura de que si las pequeñas no hubieran estado presentes los dos se habrían dejado llevar por el mismo impulso.

—¿No tienes perfume?

Katie rompió el silencio y se puso a escarbar en el neceser de Cara, que seguía sin poder apartar la mirada de la de Byron.

—¿Para qué son estas pastillas? —preguntó la niña. Cara se quedó paralizada. Después se volvió lentamente y vio a Katie con la caja de píldoras anticonceptivas en la mano. Sintió el peso de la mirada de Byron y se le secó la boca. El silencio fue breve, pero muy. elocuente.

—Dámelas a mí —dijo Byron, tendiendo la mano—. Id a enseñarle a mamá. lo guapas que estáis. El tío Leon y la tía Olivia llegarán pronto, y creo que la tía Fliss y el tío Jason ya están aquí.

Las niñas salieron corriendo mientras examinaba la caja en silencio. A Cara le pareció que tardó una eternidad en devolvérsela. La tomó con

una mano temblorosa y volvió a dejarla en el neceser. Un millar de palabras asomaron a sus labios sin llegar a salir.

—Necesitas más tiempo, ¿verdad? —preguntó él.

Parpadeó desorientada. Aquello no era lo que esperaba que dijera. Esperaba que la acusara de hacer trampas, de no cumplir su parte del trato y de engatusarlo para que salvara su negocio a cambio de nada.

Intentó ocultar la confusión. No podía decirle la dolorosa e irreversible verdad.

—Es una decisión muy importante— dijo. al cabo de un rato entrelazando las manos nerviosa—. No soy capaz...

—Va a empezarla fiesta.

—Sí.

La expresión de Byron era inescrutable, como una máscara. Cara se preguntó si le diría que saliera de su vida ahora que había incumplido el acuerdo. Se preparó para oír aquellas palabras.

—Nos vemos abajo —dijo Byron con calma—. Ya hablaremos después.

Cara abrió la. boca y volvió a cerrarla, pero él ya había salido. Se miró al espejo y se maravilló de su aspecto impasible; estaba desmoronándose por dentro. Volvió a pintarse los labios; el ligero temblor de su mano era lo único que revelaba su inquietud.

Capítulo 9

Cara esperó unos minutos antes de bajar. Le llegaba el sonido del entrechocar de las copas y la animada charla de los invitados Bajó la escalera y de prono se encontró cara a cara con Megan Fry.

—Hola; Cara —saludó Megan con frialdad recorriéndola con la mirada de arriba abajo—. No creí que fueras a venir.

—Cambié de opinión —contestó disponiéndose a seguir su camino.

Megan la retuvo, sujetándola por el brazo, y ella levantó una ceja.

—Estoy segura de que Byron preferiría que fuéramos amigas. A fin de cuentas voy a sacar tu negocio de la ruina.

—Ya tengo bastantes amigos contestó reemprendiendo la marcha—. Si me disculpas...

—¿Cara?

La voz de Byron la sobresaltó. Levantó la mirada y lo vio con una copa de champaña en cada mano, observando lo que ocurría.

—¿Si?—dijo con tono cortante—. Discúlpame, Megan, pero tengo que saludar a varias, personas. Que disfrutes de la fiesta.

—Lo haré —contestó mirando a Byron con aire cautivador—. ¿Es para mí esa copa? La tomó, guiñó el ojo y se perdió entre los invitados.

Byron esperó a que se quedaran a solas para preguntar:

—¿Qué ha pasado? No te cae muy bien, ¿verdad?

—¿Es que debería caerme bien? —preguntó desafiante.

—Eso facilitaría mucho las cosas.

—Pues siento poner las cosas difíciles, pero si no te importa, prefiero elegir yo misma a mis amigos y a la gente que trabaja en mi empresa.

—No me parece que tengas amigos muy íntimos ni que se te dé demasiado bien elegir con quién te asocias —observó con sequedad.

—No sabes nada de mi vida social.

—¿Qué vida social?

—No me gusta salir mucho. Eso no tiene nada de malo.

—Eres como una monja —dijo Byron, bebiendo un trago—. Siempre encerrada para huir de cualquier posible tentación. Apartada del mundo real para evitar el sufrimiento. Lo que no entiendo es por qué tomas la píldora. ¿Por qué te molestas? ¿O has empezado ahora para vengarte de mí?

—Hace años que la tomo. Tengo unas menstruaciones terribles, ¿no lo recuerdas?

Los ojos de Byron se suavizaron.

—Sí. Lo recuerdo.

—Tus padres se preguntarán dónde me he metido —dijo incómoda.

Creo que deberíamos...

En aquel momento, la puerta del salón se abrió de par en par y salió Fliss.

—Venid, vosotros dos. Papá está a punto de dar un discurso de bienvenida.

Cara se vio aceptada en la familia como si nunca la hubiera abandonado. Nadie se sorprendió de verla junto a Byron, aunque no se le escapó el gesto de disgusto de Megan cuando Byron le presentó a Milly, una tía abuela a la que no conocía.

La anciana tomó la mano de Cara entre las suyas y sonrió.

—No llegué a conocerte la primera vez —las arrugas de su rostro se profundizaron cuando sonrió—, pero más vale tarde que nunca, ¿verdad?

—Sí —contestó Cara, dubitativa.

—Siéntate a mi lado —dijo Milly, palmeando el asiento—. Desde que me rompí la cadera no puedo pasar mucho tiempo de pie. He tenido tres, ¿sabes?

—¿Tres fracturas de cadera? preguntó Cara alarmada.

—Por Dios, no —rió MiIly. —Tres maridos. He tenido tres.

Cara fue a mirar a Byron en busca de ayuda, pero se encontró con que estaba charlando con otro invitado.

—Los tres han muerto ya.

—Lo siento.

—Nada de eso. Yo no lo siento. No debería haber me casado con ninguno de ellos.

Cara no sabía qué decir. Milly le guiñó el ojo y se inclinó hacia ella antes de continuar:

—Así que por fin has recuperado el sentido común y has vuelto con Byron, ¿eh? Es el mejor de todos. Siempre lo ha sido. Me recuerda a un hombre del que estuve enamorada.

—¿A uno de tus maridos?

—No, por Dios. No estuve enamorada de ninguno de ellos. Me casé con los tres por dinero. Y cometí la estupidez de dejar escapar al amor de mi vida.

Intrigada, Cara se inclinó hacia la anciana.

—Te he asustado, ¿verdad? —prosiguió Milly—. Casi todo el mundo se asusta. Pero si con ochenta y nueve años no digo lo que quiero decir es posible que no tenga otra oportunidad. Dicen que, a partir de los setenta, cada día es un regalo. Disfruta todo lo que puedas mientras eres joven, porque demasiado pronto te encontrarás frente a un espejo preguntándote quién es esa anciana. Casi me dio un infarto cuando me operé de cataratas y vi el aspecto que tenía. No sólo estaba arrugada como una pasa, sino que la paloma blanca que llevaba varios meses viniendo a que le diera comida resultó ser una gaviota. ¿Qué te parece? Yo creía que era una señal del cielo o algo así y sólo era una gaviota demasiado vaga como para pescar.

La risa de Cara hizo que se volvieran varias cabezas, incluida la de

su ex marido.

—¿Es bueno en la cama? —le preguntó Milly guiñándole un ojo.

Cara se quedó boquiabierta.

—Si no, no tiene sentido que sigas con él —continuó la anciana—. Te aseguro que sé lo que digo. Tengo bastante experiencia. Se le pueden perdonar muchas cosas a un hombre siempre que sea un tigre en la cama.

—Eh...

—¿Aún no has tenido ocasión de redescubrir sus talentos? Si es así, no es el hombre que yo creo que es. Mira a la Fry, encima de él como si fuera un sarpullido. Una vez tuve un sarpullido espantoso, casi tanto como mis tres maridos. Por lo menos, cuando murieron mis maridos me quedó el dinero. Cuando se me fue el sarpullido sólo tenía heridas de haberme rascado. Sé que no debería, pero no podía evitar lo. Mi problema es que no sé controlarme.

— Nunca había conocido a nadie como tú —confesó Cara riendo.

—¿Qué quieres decir? —Milly frunció el ceño—. ¿No habías conocido a nadie tan viejo?

—A nadie tan directo.

—Oh... —Milly se encogió de hombros— Como te decía, a mi edad no hay motivo para no decir lo que se piensa. Todos mis amigos han muerto o tienen demencia senil. Ya no tengo por qué fingir. Digo lo que me da la gana. Antes me importaba lo que pensara la gente, pero ya no —se detuvo y observó a Cara—. Sigues enamorada de él, ¿verdad?

La joven apretó los labios intentando buscar una respuesta.

—Oh —Milly hizo un gesto de desdén—. Adelante, niégalo. Sé que es lo que está de moda. A las chicas de tu edad ya no os gusta que se note que tenéis sentimientos. No me malinterpretes, estoy a favor de la liberación de la mujer, pero creo que nos hemos pasado. Sé de qué hablo. Cuando tenía cincuenta años, a mi reloj biológico le dio por dispararse. Demasiado tarde. Y ya no podía hacer nada por volver atrás.

— Eh…

—Me habría encantado tener un hijo como Byron —continuó Milly, soñadora—. Alguien fuerte y fiable. Viene a verme con frecuencia, ¿sabes? Es el único que me visita. Felicity vino una vez, pero sólo porque necesitaba dinero. La mandé al cuerno, claro. Seré vieja, pero no soy estúpida. Pero por fin sentó la cabeza con Jason. Es un buen chico. Un poco tímido, pero los callados suelen ser los mejores. Ahora, Felicity parece contenta. Me gusta pensar que en parte es gracias a mí.

—Estoy segura de que es muy feliz.

—Bueno —Milly se acercó a ella—. ¿Ahora vas a quedarte embarazada?

—No—. No estoy segura de...

—No esperes eternamente como hice yo. Adelante. Estoy segura de que será un buen padre

—No estoy segura de ser una buena madre —dijo con precaución.

—¿Qué tonterías son ésas? Tienes tanto amor para dar, que cualquier niño tendría suerte de que fueras su madre. ¿Es que tu madre no te lo dijo?

—Mi madre me odiaba —murmuró Cara. —Eso fue lo que me dijo.

Milly volvió a fruncir el ceño y sus arrugas se acentuaron.

—Empiezo a darme cuenta de cuál es el problema. ¿Se lo has dicho a Byron?

—No lo entendería. Tiene un padre y una madre que lo adoran. Yo ni siquiera tuve padre.

—¿Dejó a tu madre cuando eras pequeña?

—No. Murió antes de que yo naciera.

—¿Y qué crees que habría pensado de ti? —le preguntó Milly mirándola fijamente.

—No lo sé. Mi madre no me hablaba mucho de él. Creo que en cierto modo me culpaba por su muerte. Salió a tomar unas copas con unos amigos. Era de noche y no hubo nada que hacer. Ni siquiera llevaba el cinturón de seguridad. Mi madre comentó un par de veces que si no hubiera sido porque salió a celebrar que iba a ser padre, si no hubiera sido por mí, aún seguiría con vida.

Se hizo el silencio. Cara observó aquellos ojos que le recordaban a los de Byron.

—¿Te he asustado? —preguntó parafraseando a la anciana.

—Hay pocas cosas que me asusten a estas alturas. Pero no tienes por qué seguir el ejemplo de tu madre, ¿sabes? No es necesario tener buenos padres para ser buen padre.

—No quiero arriesgarme.

—La vida está llena de riesgos. Puedes ir a la feria y montarte sólo en el tiovivo, a dar vueltas y vueltas, o puedes subir a la montaña rusa y sentir el viento en el pelo y un vuelco en el estómago en las bajadas. Las dos cosas son divertidas, pero yo sé cuál es la que prefiero. No dejes que la vida pase de largo. Yo en tu lugar volvería con Byron; de lo contrario, otra se lo quedará.

Señaló a Megan Fry con un movimiento de cabeza. Cara se volvió para mirar a la otra mujer, apoya da en el respaldo del sofá donde se había sentado Byron.

Él levantó la vista, como si hubiera sentido su mirada, se levantó y se dirigió hacia ella.

—¿Quieres tomar algo más, tía Milly? —preguntó recogiendo la copa vacía.

—Sí, cariño. Un coñac.

—¿Y tú? —le preguntó a Cara.

—No, gracias.

Cuando Byron se marchó, Milly volvió a inclinarse hacia Cara.

—Siempre me han encantado los hombres altos. Y no puedes encontrar a uno más alto a no ser en un equipo de baloncesto, ¿sabes?

—La verdad es que no.

A medida que transcurría la fiesta iban llegando más invitados. Cara se encontró con la mirada fija de los tres hijos de Leon y Olivia, que se encontraban a poca distancia. De vez en cuando, Bethany de cinco años, tiraba de la manga a su hermano Ben, de siete, al que aparentemente habían nombrado portavoz oficial. La hermana pequeña, Clare, de tres años, se chupaba el pulgar mientras observaba la fiesta con unos ojos tan parecidos a los de su tío, que Cara sintió una punzada en el estómago.

Decidida a resolver la situación, Cara se levantó para acercarse al grupo.

—Hola, soy Cara. Vosotros debéis de ser Ben, Bethany y Clare.

Los tres niños levantaron la vista para mirarla.

—¿Sigues siendo nuestra tía? — preguntó Bethany—. Katie dice que sí.

No pudo evitar sonreír al apreciar el parecido fa miliar. Desde Milly hasta los niños, todos tenían los mismos ojos.

—Es posible contestó.

—Eso está bien —dijo Ben con timidez.

Cara se agachó y se puso frente a la pequeña.

—Hola, Clare.

—Hola —contestó sin sacarse el pulgar de la boca.

—No debería seguir haciendo eso —dijo Bethany con la autoridad de la hermana mayor.

—¿Habéis comido algo? —preguntó Cara, tomando a Clare de la mano—. Iba a buscar unos canapés. ¿Me acompañáis?

Bethany tomó la otra mano de su hermana y asintió.

—Sé dónde están. La abuela me ha dado uno antes.

Poco después, Cara estaba rodeada de niños. Katie y Kirstie se habían unido al grupo, y ahora estaban sentadas en el suelo. Clare estaba en su regazo y Ben se apoyaba en el brazo del sillón que ocupaba Cara. Levantó la vista cuando su madre se acercó.

—Espero que todos se estén portando bien dijo Olivia—. Eres como un imán para los niños, Cara, pero no hace falta que estés con ellos todo el rato. Vete a buscar a Byron y divertíos un poco.

—Ya me estoy divirtiendo.

—Byron tiene razón. Serías una madre estupenda.

Antes de que Cara supiera qué contestar, la otra mujer ya había vuelto a desaparecer entre los invita dos.

—¿Vas a tener un hijo? —preguntó Katie.

—No puede —contestó Kirstie—. Ya no está casada con el tío Byron.

—Claro que puede —protestó Bethany—. La madre de mi amiga Jenny no está casada con su novio y van a tener un niño en Navidades.

—¿Por qué no vuelves a casarte con el tío Byron? —preguntó Katie.

—Eso no es asunto tuyo —dijo Ben.

—Porque tú lo digas —contraatacó la niña.

—El tío Byron no quiere volver a casarse —informó Ben con autoridad. —Oí que se lo decía a mi padre.

Cara se sintió enferma. Sabía que debería intentar hablar de otra cosa, pero no conseguía poner orden en sus pensamientos. Levantó el rostro y se encontró frente a Megan Fry, que la miraba con arrogancia con una bebida en la mano.

—Qué hogareña —comentó con una sonrisa falsa dedicada a los niños.

—¿Estás disfrutando de la fiesta? —preguntó Cara con amabilidad.

Megan observó a los niños. Se agachó, les revolvió el pelo a las gemelas y se incorporó para mirar a Cara con frialdad.

—No va a funcionar, ¿sabes?

—¿Disculpa?

—Tu estratagema para recuperarlo. No va a funcionar

—No tengo ni idea de lo que dices.

Apretó a Clare contra su pecho. Se había queda do dormida, sin sacarse el dedo de la boca. Los otros niños se marcharon en busca de bebidas, para alivio de Cara; no creía que aquella conversación fuera apta para sus oídos.

—No puedes darle lo que quiere —dijo Megan—. Pero yo sí, y voy a hacerlo.

—No pienso interponerme en vuestro camino —dijo Cara con una tranquilidad de la que se sintió orgullosa.

—Me parece muy sensato por tu parte —dijo Megan—. Pero estaré más tranquila cuando te hayas ido de su casa.

—¿Y de su cama? —preguntó Cara desafiante.

El rostro de Megan se puso rojo de cólera. iba a contestar, pero Fliss se acercó en aquel momento, interrumpiendo el combate.

—Tienes que probar esto —dijo tendiéndole a Cara una bandeja de sushi.

—Mmm.

Cara tomó un trozo y se lo llevó a la boca.

—¿Y a ti, Megan? —preguntó Fliss—. ¿Te apetece un poco de pescado crudo?

Megan miró la bandeja con repugnancia.

—No, gracias. Disculpa.

Cuando Megan se fue, Fliss se sentó junto a Cara, con las manos apoyadas en la tripa.

—¿Qué quería? —le preguntó Fliss.

Cara dudó. No quería ser ella quien dijera a la familia Rockcliffe lo que Megan pretendía en realidad.

—No gran cosa.

—A mí puedes decírmelo. Sé lo que se propone.

—¿De verdad?

Fliss asintió y se pasó las manos por el vientre. Cara observó fascinada cuando un bulto en forma de pie apareció bajo la ropa.

—¿Quieres tocar?

Tomó la mano de Cara y se la llevó al abdomen, al lugar donde el niño estaba dando patadas.

—¡Vaya! —exclamó sorprendida—. ¿No duele?

—Dolerá mucho más dentro de unas semanas.

—¿Estás nerviosa?

Fliss negó con la cabeza.

—No mucho. Creo firmemente en la anestesia. Cuando Thomas nació, no me enteré de nada. No hay por qué sufrir sin necesidad. Pedí ayuda en cuanto noté las primeras contracciones.

Cara no pudo evitar sonreír ante la franqueza de Fliss. Evidentemente, Milly no era la única que tenía aquel carácter.

Fliss se acomodó en el asiento y la miró fijamente.

—No permitas que gane Megan.

—¿Que gane?

—Está desesperada por emparejarse con Byron. Haría cualquier cosa con tal de conseguirlo.

—¿Cualquier cosa?

—Hay gente capaz de hacer cosas increíbles con tal de salirse con la suya. No olvides que he estudiado prácticamente todos los tipos de personalidad. Megan es una de esas personas que no se detienen ante nada.

—Entonces es una suerte que Megan y yo queramos cosas distintas, ¿no crees?

—¿Estás segura de eso? ¿De verdad? 103

—Nunca he estado más segura de nada.

—No está enamorado de ella, ¿sabes? —dijo Fliss de repente.

—Algo sentirá por ella —dijo Cara con calma—. Ha formado parte de su vida desde que se bañaban juntos. Ahora también trabaja para él. A los dos les resultaría muy ventajoso formalizar su relación.

—Me doy cuenta de que eres hija única y no conoces muy bien los lazos familiares, pero hasta Leon y Patrick se han bañado con ella. Siempre estaba por ahí cuando éramos pequeños. Mi madre y la suya fueron juntas al colegio. Cuando Stella murió, se podría decir que mi madre adoptó a Megan.

—Razón de más para que yo desaparezca del mapa

—No —insistió Fliss—. A todo el mundo se le ha pasado la tontería de «Byron acabará casándose con Megan».

—A todo el mundo menos a Megan —observó Cara con tono agrio.

—¿Sigues queriéndolo? —espetó Fliss.

—Lo que yo sienta o deje de sentir no tiene nada que ver con esto.

Fliss la miró sin convicción y se levantó a duras penas.

—Antes te admiraba. Creía que eras fuerte y valiente, pero ya no eres así. Prefieres renunciar a la felicidad antes que tener un enfrentamiento. ¿Qué demonios te ha pasado?

—La vida ha continuado.

La llegada de Jason interrumpió el momento de tensión. Fliss dijo que tenía que ir al aseo y se marchó.

—¿Dónde está vuestro niño? —preguntó Cara.

—En la cama —contestó Jason—. Donde deberían estar todos los niños buenos —añadió señalando a Clare con un gesto.

—Sabía que mi personalidad aburrida acabaría siendo útil —bromeó.

—¿Quieres que te traiga algo de beber?

Olivia apareció antes de que pudiera contestar

—Dame a la niña —dijo la madre de Clare—. La voy a llevar a la cama para que puedas moverte un poco. Muchas gracias por haberla cuidado. Ben y Bethany dicen que eres un genio, porque es dificilísimo conseguir que se duerma.

Cara minó a Jason como diciéndole « ¿ves como soy aburrida?».

—¿Thomas ya se ha ido a dormir? —preguntó Olivia a su cuñado.

—Hace un buen rato.

—Ya van dos. Sólo quedan cuatro más.

—Les prometí a Katie y a Kirstie que terminaría de contarles un cuento —dijo Cara, levantándose.

—No parecen muy dispuestas a irse a la cama. Jason, sírvele una copa a Cara y que se divierta un poco. No sé dónde se ha metido Byron. ¿Lo has visto?

—Creo que se ha ido a llevar a Megan al hotel. No se encontraba bien.

—¿De verdad? —preguntó Olivia—. ¿Qué le habrá pasado?

Cara no estaba de humor para intervenir en la conversación, de modo que se disculpó y se dirigió a la cocina en busca de un vaso de agua. Cuando llegaba al comedor, oyó que alguien pronunciaba su nombre. Sintiéndose despreciable por escuchar conversaciones ajenas, se quedó junto a la puerta y fingió un gran interés por el cuadro que había colgado en el pasillo.

—Bien pensado, es terrible —decía una voz femenina—. Lo dejó cuando sólo llevaban cuatro meses casados. Un amigo de Byron la vio un par de meses después y dice que parecía embarazada, pero volvió a

verla dos o tres semanas más tarde y estaba tan delgada como siempre.

—¿De verdad? —preguntó otra voz, intrigada—. No me digas que…

Cara no captó el final de la frase, pero supo perfectamente cómo terminaba.

Capítulo 10

El cuadro que tenía delante se hizo borroso y sintió que le empezaban a hormiguear las manos, como si fuera a desmayarse.

—¡Es horrible! —decía la segunda voz—. Y ahora se atreve a volver a la familia como si tal cosa. Seguro que va detrás de su dinero. Está cada vez más forrado. Su empresa crece como la espuma.

—Claro que es por el dinero —dijo la primera mujer—. Como siempre.

—Pues se va a quedar con tres palmos de narices en cuanto se entere de la noticia.

—¿Qué noticia?

—Megan Fry está esperando un hijo. De Byron.

—¿De Byron? —repitió la otra mujer—. ¿Estás segura?

—¿De quién podría ser sí no?

Cara no se quedó a seguir escuchando. Giró en redondo y chocó contra el muro de un pecho masculino.

—Una familia interesante, ¿eh? —preguntó Byron, sujetándola.

Cara abrió la boca y volvió a cerrarla, preguntándose cuánto tiempo llevaba él allí y si había oído algo.

—Sí —balbuceó, volviéndose de nuevo hacia el cuadro—¿Quién lo pintó?

—Mi bisabuelo —dijo Byron a sus espaldas—. Mi tía Milly lo encontró en su desván y se lo regaló a mi madre.

Es muy... —intentó buscar un adjetivo adecuado, pero tenía la mente en blanco. Bonito.

—¿Has cenado?

—No, es que...

—Pues vamos —la tomó por el brazo—. Acabo de ver la mesa de los postres. Vamos a servirnos algo antes de que se lo coman todo.

—No tengo mucha hambre.

—No te encontrarás mal, ¿verdad? Megan cree que se ha resfriado. Acabo de llevarla al hotel. Igual tenéis lo mismo.

—Te aseguro que no —dijo, incapaz de ocultar la amargura.

—¿Te pasa algo?

—¿Qué me va a pasar?

—No sé. Estás un poco rara.

—¿Y a qué crees que se debe?

—No lo sé. ¿Por qué no me lo explicas? ¿Es que mi tía Milly ha dicho algo que te haya molestado?

—Claro que no. Me cae muy bien. Es la Rockcliffe más sincera que he conocido hasta ahora.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Interprétalo como quieras.

—Si estás enfadada porque he llevado a Megan al hotel, no tienes

por qué.

—Cuánto me alegra oír eso —dijo con sarcasmo—. Siempre es bueno cerrar la puerta del establo después de que se hayan escapado los caballos.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—Estás celosa. Mira: una vez me dio un beso, pero eso es todo. Por desgracia, mis sobrinas lo vieron. Megan es amiga de la familia, y…

—Yo diría que es bastante más que eso.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Es porque la he contratado para que saque adelante tu negocio? ¿Se trata de eso?

—Puedes contratar a quien te dé la gana. Me da completamente igual. De todas formas, en cuanto vuelva a Sidney buscaré otro trabajo.

Se apartó bruscamente y salió al jardín. La media luna se recortaba en el cielo negro, rodeada de estrellas. La brisa de la noche transportaba el aroma del jazmín y el azahar.

—He supuesto que te encontraría aquí —dijo By ron a sus espaldas, al cabo de media hora.

No se volvió para mirarlo; siguió contemplando el cielo.

—No te gustan las multitudes, ¿verdad? —dijo él al cabo de un largo silencio.

—Estoy segura de que nadie me echará de menos.

—Nada de eso. Yo te he echado de menos.

La imagen de Megan llenaba su mente, aunque la imaginaba con el abdomen hinchado por el embarazo. Se volvió y lo miró con determinación.

—Tenemos que poner fin a este acuerdo. Inmediatamente.

—¿Por qué? ¿Por Megan?

—Claro que por Megan.

A pesar de las sombras, podía ver la expresión turbada de Byron.

—Sé que debí consultarte antes de contratarla de administradora, pero no quería disgustarte. Supuse que cuando llegaras a conocerla te darías cuenta de que es buena en su trabajo y...

—Desde luego que es muy buena —interrumpió—. De eso no cabe ninguna duda.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

El problema es que no me gusta que me toque el papel secundario.

—No te he pedido nada parecido. Sólo te No, sólo te digo que Megan es la mejor oportunidad de sacar a flote tu negocio. Es una excelente administradora de empresas. He visto su trabajo y es muy recomendable.

—No quiero seguir Ya no me interesa este acuerdo.

—Tu actitud es ridícula.

—¿De verdad? —lo miró desafiante.— No soy una pieza que puedas

mover a voluntad en un tablero de ajedrez. Ya no me gustan esos juegos. Puedes quedarte con mi empresa. A lo mejor a Megan le interesa comprar mi participación. Tal vez le venga bien más adelante, cuando tenga que tomarse la baja por maternidad.

—La odias realmente, ¿verdad?

Cara lo miró con incredulidad; no entendía qué otra cosa podía esperar.

—Mira —dijo con voz tensa—. Me da igual cómo quieras contribuir al linaje de los Rockcliffe, pero no quiero participar en esto. Esta cabeza de ganado no está disponible para la inseminación.

Giró en redondo y se encaminó a la casa.

—¡Cara!

Byron la llamaba con insistencia, pero ella siguió caminando. Se sintió inmensamente aliviada cuando Jan apareció en la terraza y la saludó.

—Las gemelas insisten en que tienes que llevarlas a la cama y terminar el cuento. ¿Te importa?

Se alegró de tener una excusa para escabullirse, aunque aquello significara tener que idear una historia adecuada para oídos infantiles. No creía que los padres de Katie y Kirstie le agradecieran que desilusionara a sus hijas hablándoles de la perfidia de los hombres, concretamente, de su tío.

—Y lo único que se le ocurría era imaginar que estaba muy lejos —relataba Cara—. Podía verse montando las nubes de algodón; tras la puesta de sol, las estrellas la guiaban. Eran como millones de diamantes diminutos que resplandecían para orientarla en el camino a la tierra de sus sueños.

—¿Y qué pasó? —preguntó Katie.

Cara sonrió y continuó:

—La tierra de los sueños de esa niña estaba muy, muy lejos. Para encontrarla no le bastaba con las estrellas. Necesitaba magia.

—¿Qué clase de magia? —preguntó Kirstie.

—De la que hay que buscar muy bien. Suele estar escondida, porque no hay suficiente para todas las personas del mundo. Hay que saber dónde buscar.

—¿Y dónde hay que buscar? —preguntó Katie con interés.

—Dentro de uno mismo. Llevamos la magia dentro, toda la magia que necesitamos. Lo único que tenemos que hacer para alcanzarla es creer en nosotros.

—¿Y esa niña la encontró?

—Acabó por encontrarla —mintió Cara—, pero tardó mucho tiempo y tuvo que meditar mucho hasta que por fin consiguió librarse del

pasado y avanzar hacia el futuro. Venga. Ahora, a dormir. Son más de las once y no querréis convertiros en calabazas, ¿verdad?

—Me encanta el cuento de la Cenicienta —dijo Kirstie—. ¿Puedes contárnoslo?

Cara negó con la cabeza.

—Si no os acostáis enseguida, seré yo la que se convierta en calabaza. O peor aún, en malvada madrastra.

Las niñas se metieron entre las sábanas, riendo.

—Me gustan tus cuentos —dijo Katie rodeando con los brazos el cuello de Cara.

—Y a mí me encanta ser vuestra tía —respondió con un nudo en la garganta—. Buenas noches.

Abajo, la fiesta seguía animada. Cara fue al salón, donde estaban sirviendo café y licores. Rechazó los ofrecimientos de Patrick y de Leon y se sentó junto a Milly.

—Estoy borracha —dijo la tía abuela de Byron—. He tomado demasiado coñac y, después del champaña de los discursos, se me va la cabeza. Nunca me ha sentado bien el alcohol. Estoy segura de que lo inventó algún hombre para poder aprovecharse de las mujeres.

—Seguro que tienes razón.

Milly la miró fijamente.

—Te he visto antes con los niños. Se te dan muy bien.

—Son muy simpáticos.

—Son unos monstruos —corrigió Milly—. Sobre todo Katie. Tiene mérito mantenerlos controlados. Desde luego, Patrick y Sally no lo han conseguido aún.

—La verdad es que Katie se pasa un poco de directa. Pero ¿no es ésa una característica de los Rockcliffe?

—Puede que tengas razón —Milly la miró divertida—. Siempre he pensado que no está mal un poco de sinceridad.

—Desde luego, le resultará útil más adelante.

—Sí —contestó Milly con tono solemne—. Le vendrá bien.

Por fin empezaban a marcharse los invitados de la mansión y sólo quedaban los miembros de la familia que se iban a quedar a pasar la noche.

Estoy agotada suspiró Jan Rockcliffe mientras se dejaba caer en una silla vacía—. Creo recordar que el día de nuestra boda no fue tan agotador como éste.

—El día de nuestra boda fue hace cuarenta años —señaló el padre de Byron. —Éramos mucho más jóvenes y estábamos llenos de energía.

—¿Por qué no os vais a la cama? —propuso Byron—. Nosotros haremos una limpieza rápida, y la señora Timsby se encargará del resto

por la mañana.

Sus padres no rehusaron.

Patrick y Sally tardaron poco en seguirlos, y Leon y Olivia se esforzaron por recoger unos cuantos vasos antes de irse también a la cama. Jason ya había acompañado a Fliss a la cama y, después de ayudar a limpiar un par de cosas, se fue con su mujer.

Cara se preguntó si todos se marchaban porque pensaban que Byron y ella debían pasar más tiempo a solas. Lo último que quería era quedarse con él, sin nada que la protegiera de la tentación de caer en sus brazos. A pesar de lo que sabía de su relación con Megan, el cuerpo la traicionaba reaccionando a la proximidad de su ex marido. Llevaba toda 1a ve lada combatiendo el impulso.

—Ya basta —declaró Byron, interrumpiendo sus pensamientos—. Dejaremos el resto para mañana. Son casi las dos.

Cara cerró el lavavajillas y se secó las manos con un trapo de cocina antes de mirarlo.

—Pues me voy a la cama. Buenas noches.

—¿Cara?

—¿Si?

—Estaré contigo en un momento.

—Ya tienes tu propia cama —contestó ella con sarcasmo—. No necesitas también la mía.

—Antes te hice una promesa. No sé si te acuerdas, pero habíamos dejado una cosa a medias.

—Me acuerdo, pero he cambiado de idea. ¿Se te ha olvidado? Este acuerdo se ha acabado. Finito. La empresa de fabricación de niños cierra sus puertas.

—¿Por qué tienes que estar siempre poniendo obstáculos en el camino de lo que queremos los dos? —preguntó él con amargura—. Esta mañana me deseabas. Tardaría menos de cinco minutos en hacer que volvieras a desearme.

—¿Cuánto tardaste con Megan?

—¿Otra vez estás con eso?

—Está resultando ser un obstáculo considerable, sí —contestó con ironía.

Byron dejó escapar un sonido gutural de exasperación.

—No puedo decir nada que te haga cambiar de opinión, ¿verdad?

—Ya he oído de primera mano todo lo que necesitaba.

—¿Megan? —Byron frunció el ceño

—Digamos que ha estado marcando territorio de forma bastante convincente.

—Megan es así. Se siente muy protectora con mi familia.

—Sobre todo contigo.

—Estuvo a mi lado cuando tú te marchaste. Me tranquilizó cuando

me lamentaba. Yo he hecho lo mismo por ella en otras ocasiones. Tampoco ha tenido mucha suerte en el terreno amoroso.

—Es una pena que no te quedaras con ella desde el principio. Te habrías ahorrado mucho dinero y muchos quebraderos de cabeza y, de paso, habrías dado gusto a toda tu familia.

—Mi familia ha hecho todo lo posible para que te sientas bienvenida, tanto en el pasado como ahora, pero insistes en imaginar que todos están en contra tuya.

—¿Y no es así?

—Claro que no. Reconozco que no es fácil para ellos. Cuando una pareja se divorcia es como cuando se tira una piedra a un lago. Las ondas llegan muy lejos. Si muestran algo de precaución, en particular mi madre, es porque no quieren que resulte herido.

—Estoy segura de que Megan te ayudará a superar cualquier dolor que puedas sentir cuando yo haya salido de tu vida.

—No vas a salir de mi vida —dijo con determinación.

—Eso díselo a Megan antes de que anunciéis vuestro compromiso. Se podría decir que ella te vio primero.

—Vete a la cama. Te estás comportando como mis sobrinos cuando están cansados. Lo que dices no tiene ningún sentido, y es imposible razonar contigo.

Se volvió y se marchó de la cocina, dejándola sola.

Capítulo 11

Cara pasó el resto de la noche luchando con las sábanas. Le resultaba imposible dormir cuando su mente bullía con las imágenes del hijo que esperaban Megan y Byron. Dejó la almohada a un lado y se volvió para contemplar la puerta cerrada, con los ojos llenos de lágrimas que se negaba a derramar. Sabía que si se dejaba llevar por lo que sentía no habría vuelta atrás.

En consonancia con su humor sombrío, el sol salió débilmente, rodeado de densas nubes de tormenta. Cara escuchó mientras la gente se iba levantando. Las voces de los niños resonaban por el pasillo.

Se duchó con calma y después bajó. La familia se había congregado para desayunar.

—Parece que tienes una buena resaca —comentaba Sally a Byron.

Byron solió un gruñido que podía interpretarse como una afirmación o una negación. Cara era consciente de que varios de los Rockcliffe la mira ron mientras ocupaba la única silla vacía, junto a Byron, quien la miró brevemente antes de volver a concentrar la atención en la tostada seca que tenía delante.

—¿Quieres un café, Cara? —Sally se acercó con la cafetera.

Cara asintió. Le habría gustado que dejaran de observarla. Se daba cuenta de que estaba sonrojándose, y Patrick apartó la vista rápidamente cuando ella lo miró.

—Fue una fiesta estupenda —dijo Olivia, rompiendo el tenso silencio—. La tía Milly se lo pasó muy bien.

—Disculpadme.

Byron apartó la silla, se levantó y salió del comedor.

Cara volvió a sentir que todos los ojos se clavaban en ella.

—¿Una tostada? —preguntó Jan, en un valiente es fuerzo por disipar la tensión.

—No, gracias —contestó Cara, poniéndose en pie—. Si me perdonáis...

—¿El tío Byron y la tía Cara se han peleado? —preguntó Katie a su madre en un susurro que resonó como un grito en el silencio.

Cara no se quedó a oír la respuesta. Volvió a su habitación y se puso a hacer el equipaje.

Sonaron unos golpes en la puerta. Cara abrió y se encontró frente a Fliss.

—He venido a disculparme por lo de anoche —dijo la hermana de Byron, entrando en la habitación.

—No es necesario...

—Me pasé de la raya —dijo mientras se sentaba en la cama con un suspiro—. Es por el embarazo. Me altera las hormonas.

—No pasa nada.

—Claro que pasa. Me he pasado toda la mañana ensayando este

discurso, así que no dejes que se desperdicie.

Adelante, pues —dijo Cara—. Dispara.

—Puede que no te lo creas, pero me quedé destrozada cuando dejaste a Byron. Te echaba de menos y me culpaba, como si hubiera sido yo la que habla causado los problemas.

—No...

—Era muy joven y estaba acostumbrada a ser el centro de atención, con tres hermanos. No estaba acostumbrada a compartir a ninguno de ellos, y mucho menos a Byron. Ocupé gran parte de tu tiempo al principio de tu matrimonio. Todos lo hicimos. Su pongo que es una manía de los Rockcliffe. Jason siempre me dice lo sofocante que puede ser esta familia.

—No creo que...

—Claro que es sofocante —afirmó Fliss—. Todo el mundo está al tanto de los asuntos de todo el mundo y no hay intimidad. Estoy tan acostumbrada, que apenas me doy cuenta, pero últimamente he estado pensando mucho en ello. No tuviste ninguna oportunidad. Nos apropiamos de tu vida; nos esforzábamos tanto por hacer que sintieras que formabas par te de la familia, que no nos dimos cuenta de que lo que necesitabas en realidad era estar a solas con By ron.

—Fliss, esto es...

—Déjame terminar. Byron es infeliz, y tú también.

—Ahora tiene a Megan.

—No es la mujer adecuada para él.

—Creo que eso es él quien tiene que decidirlo —aventuró Cara.

—No. Eres tú.

—Las relaciones entre otras personas no tienen absolutamente nada que ver conmigo.

—En este caso sí —insistió Fliss—. Byron necesita asumir el pasado antes de poder pensar en el futuro. Y tú también.

—¿Fue eso lo que te enseñaron en la carrera? ¿La forma de hacer conjeturas sobre la vida privada de los demás y decirles lo que tienen que hacer?

—He pasado suficiente tiempo con personas destrozadas como para percibir tu infelicidad. Estás atascada en un pozo de dolor. Es como si creyeras que mereces sufrir y te castigaras por los errores del pasado o por lo que tu madre hizo contigo.

—No quiero hablar de mi madre. Ahora, si me disculpas, tengo que terminar de hacer el equipaje.

—No puedes seguir toda la vida con la cabeza en terrada en la arena. Byron me ha dicho que...

—¡No tenía derecho! — giró en redondo para mirar a Fliss—. No tiene ni idea de lo que he pasado. Ni idea. Y no quiero volver a hablar de ella nunca más. Dejadme en paz.

—Cara, por favor —dijo Fliss con los ojos brillantes por las lágrimas —. No renuncies a la que podría ser tu última oportunidad, y la de Byron, de ser felices.

—Vuelve a tu vida perfecta, Felicity, y déjame en paz. Es increíble lo mucho que te pareces a Byron. Crees que se puede agitar la varita mágica y volver a empezar, pero la vida no es así. Lo he pasado mal. Muy mal. Y sólo puedo sobrevivir escondiendo todo eso donde nadie pueda verlo. No tienes derecho a meterte en mi vida. No tienes ningún derecho.

—Claro que tengo derecho —dijo Fliss en tono conciliador—. Te aprecio.

—¿De verdad? ¿No será que estás jugando a las familias felices, al estilo de los Rockcliffe?

—Cara, por favor...

—No quiero seguir con esta conversación.

—Aún estás enamorada de él, ¿verdad?

—Déjame en paz dijo Cara entre dientes.

—Estás enamorada de él pero no quieres permitirte estar con l porque estás empeñada en castigarte. ¿Qué has hecho, Cara? ¿Por qué te odias tanto?

El rostro de Cara estaba blanco de dolor. Aflojó y apretó las manos y combatió las náuseas

—Dímelo, Cara —insistió Fliss con tono amable pero determinado —. Dímelo.

Cara le dio la espalda, tensa.

—Dímelo — dijo Fliss una vez más.

—No puedo.

—Eres como una princesa encerrada en una torre. Pero lo irónico es que se abre por dentro y tú tienes la llave. Sólo tú puedes abrir la puerta y liberarte. Nadie más puede hacerlo por ti.

—No puedo liberarme.

—Porque no te atreves a intentarlo. Las personas tienen experiencias terribles y sobreviven. No te entierres viva en los escombros de la conducta patológica de tu madre. Te haces trampa a ti misma para no alcanzar la victoria de reescribir el pasado y no permitir que se repita la pauta.

Cara pensó en las palabras de Fliss. Era cierto que quería reescribir el pasado, pero era demasiado tarde. Byron ya había alcanzado el objetivo de tener un hijo y no la necesitaba para nada más. Su conducta durante el desayuno parecía confirmar que estaba deseando perderla de vista.

—Te agradezco tu preocupación —dijo en tono desprovisto de emociones—. Te la agradezco de verdad. Pero esto no es un cuento de hadas. Es la vida real. Tengo que vivir con las consecuencias de mis

actos y los de otras personas, como todo el mundo, y tengo que hacerlo, a mi manera.

—¿Aunque para ello tengas que destrozarte la vida?

—Eso es asunto exclusivamente mío.

Fliss se levantó de la cama con un suspiro.

—Será mejor que me vaya. Jason estará preguntándose dónde me he metido. Pero prométeme que pensarás en lo que te he dicho —añadió con la mano en el picaporte—. Lo de que estás encerrada y tú tienes la llave.

Cara sonrió con tristeza.

—La tiré hace mucho tiempo —dijo.

Tuvieron que renunciar a la parrillada que habían preparado para comer cuando la tormenta empezó a descargar en el jardín. Mientras la señora Timsby cocinaba, la familia se reunió en la biblioteca para tomar el aperitivo.

Cara estaba sentada en un extremo, rehuyendo la mirada de Byron. Él también parecía evitarla; se sentó al otro lado y no junto a ella, que fingió no darse cuenta. Sabía que no debería haber ido con él a Melbourne. Se habían vuelto a abrir muchas viejas heridas.

—¿A qué hora sale el avión? —preguntó Sally, apoyándose en el brazo del sillón de Cara.

—A las cinco.

—Háblame de la casa que dice Byron que le estás decorando.

—Es impresionante —dijo Cara—. Con vistas al puerto. Ya conoces a Byron; siempre busca lo mejor.

—Es estupendo que estés encargándote tú. Francamente, no pensé que fueras a hacerlo, dadas las circunstancias.

—A veces puede ser muy convincente —contestó incómoda.

—Sí, como todos los demás Rockcliffe —rió Sally. No es que me queje. Conocer a Patrick es lo mejor que me ha pasado en la vida. ¿Y qué tal os van las cosa a vosotros?

—¿Perdona?

—A Byron y a ti.

—Me temo que hay otra persona dijo Cara con precaución.

Sally abrió los ojos desmesuradamente.

—¿De verdad?

Cara asintió.

—¿Lo sabe Byron? —preguntó su cuñada.

—Claro que lo sabe. ¿Cómo no iba a saberlo?

—A veces, a los hombres les cuesta entender las cosas. Sólo ven lo que quieren ver —tomó una galleta salada y la masticó pensativa. Este fin de semana debe de haber sido muy difícil para ti.

—A ratos.
—Siento que Katie sea tan bocazas. No piensa antes de hablar
—Sólo tiene cinco años —le recordó Cara—. Ya tendrá tiempo para aprender.
—Eres muy comprensiva.
—Yo también tuve cinco años.
—Sí, claro.
En aquel momento, Jan anunció que la comida estaba preparada, y Cara tuvo la suerte de librarse de la conversación. Apenas pudo ocultar el alivio. Sally le caía muy bien, pero no quería estrechar los lazos con ella ahora que estaba a punto de desaparecer de la vida de Byron. No tenía sentido.
Tomó asiento junto a su ex marido, a instancias de Jan, pero deseó haberse sentado en cualquier otro lugar. Él la ignoró, haciendo que se sintiera cada vez más incómoda. Nunca había deseado tanto que terminara una comida.
Cuando Katie derramó la limonada desde el otro lado de la mesa y manchó a Cara, ésta estuvo a punto de besarla agradecida. Aquello le proporcionaba la excusa que necesitaba para levantarse.
Patrick los llevó al aeropuerto y se detuvo por el camino para recoger a Megan. Cara se despidió de todo el mundo y se sentó en la parte trasera del coche. Le habría gustado estar a un millón de kilómetros.
Megan había perdido el aspecto enfermizo del día anterior y estaba radiante cuando salió del hotel y tomó el brazo de Byron, sonriente. Cara apartó la vista y examinó el mecanismo de apertura de la ventanilla como si fuera apasionante.
—Hola, Cara saludó Megan —mientras se sentaba. junto a ella. Espero que no te importe que me haya apuntado al vuelo. Iba a salir después, pero odio viajar sola. Es mucho más divertido ir acompañada.
—No me importa en absoluto —mintió Cara.
Megan monopolizó la conversación en el camino al aeropuerto y durante el vuelo. Si a Byron le molestaba, no lo demostró. Sonrió con las anécdotas de la mujer y le dirigió un par de comentarios. Cara los maldecía en silencio.
Poco después de que aterrizaran en Sidney, Megan se despidió de ellos, ya que había quedado con unos amigos para cenar. Cara siguió a Byron al lugar donde había dejado el coche el viernes por la tarde.
—Yo llevo esto— dijo tomando su equipaje.
Sus manos se rozaron en el asa y estuvo a punto de dejar caer la bolsa Los ojos de Byron se endurecieron.
—Antes no encontrabas tan abominable mi contacto.
—Antes no me dejabas helada con silencios impenetrables contraatacó irritada.

—No hay nada que quiera decirte.

—Me parece muy bien.

—Aunque se me ocurre un par de cosas que debería haberte dicho hace mucho tiempo.

—Adelante. Estoy segura de que puedo con ellas.

—Yo no lo estaría tanto; No te gusta demasiado que te digan la verdad.

—Haz la prueba. Supongo que irás a soltarme un discurso y a decirme que debería olvidar el pasado, como ha hecho tu hermana en su sesión de psicoanálisis de esta mañana. Puedes decir lo que quieras. Me da igual.

Byron cerró el maletero y se dirigió a la puerta del coche. Esperó a pagar el aparcamiento e incorporarse a la autopista antes de hablar.

—No le he pedido a Fliss que fuera a hablar contigo, si es eso lo que insinúas.

—No insinúo nada. Sólo quiero que termine este fin de semana.

—Me doy cuenta de que ha sido difícil para ti —dijo Byron al cabo de un rato—, pero a mis padres les ha gustado mucho que hayas venido.

—Sí, les he servido de entretenimiento a todos. Di a los invitados un tema del que cotillear y me enteré sin querer de todo lo que vieron los niños. Ha sido un placer servir de utilidad.

—Te gusta demasiado el papel de víctima.

—Y a ti te gusta demasiado el papel de hombre que se preocupa por su ex esposa.

—No serías mi ex si te hubieras enfrentado a esto hace siete años.

—Claro que no. Estarías felizmente casado con Megan, que te adoraría y te habría dado un montón de pequeños Rockcliffe.

—No metas a Megan en esta conversación.

—¿Por qué?

—Porque no tiene nada que ver. Estábamos ha blando de nosotros.

—¿De nosotros? —se giró en el asiento para mirar lo—. No hay nada que decir de nosotros. No tiene sentido espolear a un caballo muerto, y éste ya empieza a apestar.

—Se te dan muy bien los golpes bajos.

—He tenido un buen maestro.

—Eso parece.

Cara cruzó los brazos con fuerza y miró por la ventana.

—¿Dices en serio eso de que quieres dejar la empresa? —preguntó Byron al cabo de un rato, ya en el camino que conducía a su casa.

—Completamente.

—¿Por qué? Has puesto mucho esfuerzo en ese negocio. ¿Por qué quieres abandonarlo ahora?

—Ya no quiero seguir responsabilizándome. Me apetece cambiar.

—Es por Megan, ¿verdad?
Cara se encogió de hombros con frialdad.
—¿Quieres que la despida? —preguntó Byron.
—¿Harías eso?
Se volvió para mirarlo.
—Sería difícil —admitió, tamborileando con los dedos en el volante —, pero si eso es lo que quieres...
—No.
—¿No? —la miró confundido.
—No. Me apetece cambiar. Ese negocio dejó de interesarme hace... hace bastante tiempo.
—¿Y a qué quieres dedicarte?
—No lo sé —contestó mientras se desabrochaba el cinturón—. Podría volver a la universidad y estudiar alguna carrera. Psicología, por ejemplo.
—Ya tenemos bastante con una psicóloga en la familia.
—Pero yo no formo parte de la familia. Ya no.
Byron no contestó. Tenía los labios apretados y, por la postura de sus hombros, parecía que estaba tenso. Siguió conduciendo en silencio y aparcó sin decir nada.
—¿Cuánto tardarás en terminar de decorar la casa? —preguntó una vez dentro.
—Una semana. Puede que dos. Y después me marcharé.
—No te irás a ningún sitio.
—Tengo que marcharme. Esto no funciona, By ron, ¿es que no te das cuenta?
—La verdad es que no —contestó, cruzando la distancia que los separaba para tomarla entre sus brazos
De repente, Cara se vio aprisionada contra su duro cuerpo.
—Byron, no.
—Cara, sí —replicó mirándola fijamente—. Esto es todo lo que nos queda. Te deseo y tú me deseas a mí. De momento, es lo único que importa.
Un centenar de negaciones acudió a su mente, pero ninguna consiguió llegar a sus labios. Abrió la boca para recibir la de Byron y se perdió por completo en el torbellino de su contacto. El fuego recorría sus venas, encendiendo todos sus nervios. Su contacto era como una llama que encendía la hoguera del amor que sentía por él. No era capaz de huir de la ola de calor. La consumía por completo relegando las dudas y los miedos a lo más recóndito de su mente mientras ella disfrutaba del placer provisional de estar entre sus brazos.
El la llevó al dormitorio y se tumbó en la cama, junto a ella, sin dejar de besarla ni un momento. La boca de Cara obraba por cuenta propia y asaltaba la de Byron con una intensidad que revelaba sus

profundas añoranzas. Oyó unos gemidos y se dio cuenta, sorprendida, de que eran suyos. Los sonidos de placer salían de su boca mientras Byron acariciaba hasta el último centímetro de su cuerpo, transportándola a un lugar de intenso éxtasis que superaba cualquier vivencia anterior. Su cuerpo lo reclamaba con un vacío que sólo él podía llenar. Y lo llenó con un potente empujón de su cuerpo excitado que la hundió contra el colchón. Por fin tenía lo que más deseaba.

Byron oyó su propia respiración entrecortada. Se esforzó por mantener el control; quería prolongar la intensidad de la sensación, pero no estaba seguro de ser capaz. Con Cara no era capaz de contenerse. Siempre le había ocurrido lo mismo: su autodominio se desvanecía en cuanto sentía el contacto de sus labios, el roce de sus manos, la prisión de su cuerpo. Alcanzó el clímax poco después que ella, en una oleada de placer que recorrió su cuerpo y lo dejó agotado, aún dentro de ella, sus piernas aún entrelazadas, sus corazones aún latiendo al unísono.

Cerró los ojos para acallar las palabras que amenazaban con salir a sus labios. Todo su cuerpo se concentraba en el estómago y sentía las suaves curvas de Cara, que le recordaban todo lo que habían compartido en el pasado. Tal vez fuera demasiado tarde para decir lo que tenía que decir. Habían seguido por caminos separados.

Cara no parecía necesitarlo tanto como él a ella. Se había endurecido para no sentirse vulnerable y siempre conseguía mantener la compostura, aunque él estaba seguro de que en el fondo sentía la misma añoranza. Había intentado llenar el espacio que ella había dejado, pero había resultado inútil. Nadie lo afectaba como ella. Se preguntó si la vulnerabilidad de Cara había conectado con sus instintos protectores de alguna extraña forma, haciendo que se sintiera responsable de ella.

—¿Cara? —su voz pareció llenar el silencio de la habitación.

—¿Si?

—¿Cómo estás?

—Bien.

—¿He ido demasiado deprisa?

—No.

—No podía esperar. Tienes ese efecto sobre mí.

—Yo tampoco podía esperar.

—Hay que recuperar el tiempo perdido, ¿eh? —preguntó él.

Notó que ella asentía, aunque no dijo nada. También notó cómo su respiración se iba haciendo más lenta, hasta que se quedó dormida. Seguía tumbado despierto, con ella entre los brazos, mientras las sombras de la noche daban paso a la luz del sol, que cubrió sus cuerpos con un resplandor dorado.

Capítulo 12

Cara se despertó poco después de las ocho. Abrió los ojos y encontró a Byron anudándose la corbata frente al espejo del armario.

—Buenos días, dormilona —la saludó—. ¿Quieres que comamos juntos?

—Hoy voy a estar ocupada.

Iba a llegar el resto de las cortinas, y había quedado con un albañil para hablar del alicatado de1 cuarto de baño superior.

—¿Quedamos para cenar? ¿A las siete?

—No creo que sea una buena idea. Me marcho pronto y...

—No te vas a marchar.

—Esto es una locura. No puedo hacer lo que quieres de mí.

—No te preocupes por eso. Ahora no tiene importancia.

«No», pensó. «No ahora que Megan ya lo ha arreglado todo».

—Esto no va a funcionar —dijo desesperada—. No podemos volver atrás.

—Claro que no, pero podemos seguir adelante.

—No estoy preparada para eso.

—¿Por qué? ¿Porque no quieres permitirte ser feliz?

—No quiero ser feliz a expensas de otra persona.

—Tu felicidad no va a hacer desgraciado a nadie, — te lo aseguro

—¿Y qué hay de Megan?

—Te he dicho mil veces que Megan no tiene nada que ver con esto.

—¿Cómo puedes decir algo así? —preguntó Cara—. ¿Es que no la quieres?

— Claro que sí, pero como si fuera mi hermana. Nos conocemos desde niños.

Cara examinó su expresión detenidamente. Que ría creerlo, pero no podía. De repente se le ocurrió que era posible que Byron no supiera que Megan estaba embarazada. Pero suponía que ella se lo habría dicho; sin duda, se habría apresurado a comunicárselo, consciente de que aquello haría que estrecharan un lazo permanente. No podía entender que Megan no hubiera aprovechado la baza; era una jugada ganadora.

—¿Cuántas veces te has acostado con ella?

—¿Qué clase de pregunta es ésa?

—Yo diría que es una pregunta perfectamente razonable.

—Francamente, no sé qué sentido puede tener que conteste. Si no me creíste antes, es menos probable que me creas ahora.

—Haz la prueba.

—Nunca me he acostado con ella.

Cara no pudo ocultar la incredulidad de su expresión, y Byron sacudió la cabeza, disgustado.

—Sabía que no tenía sentido.

—Pero el otro día oí que…

—Oyes lo que quieres oír y te inventas el resto, con esa actitud de víctima que insistes en adoptar —dijo Byron irritado.

—Pero es imposible que no...

—Ya basta, Cara. Esta conversación ha terminado. Voy con retraso y seguro que hay atasco. Te llamaré después.

Cara fue a decir algo, pero él ya había salido de la habitación. Poco después, oyó el coche que se alejaba. Casi podía ver sus largos y esbeltos dedos crispados alrededor del volante y las líneas que bordeaban su boca mientras se concentraba en la conducción.

Se levantó y se dirigió a la ducha. Sus músculos protestaron por el movimiento recordándole con una punzada el placer que había sentido entre los brazos de Byron la noche anterior

Cuando las cortinas hubieron llegado y el albañil se hubo marchado tras medir el cuarto de baño; salió a dar un largo paseo. Intentó imaginar cómo sería sentir la suficiente seguridad como para creer en las palabras de Byron en vez de desconfiar continuamente. Se preguntó si era posible que hubiera oído mal, o que lo que habían dicho las anónimas invitadas de la fiesta fueran sólo rumores sin fundamento, algo con lo que pasar el tiempo.

Se sentó en una roca, junto al puerto, y observó los barcos que se alejaban. Sus velas ondeaban al viento como palomas blancas. Pasó un largo rato sentada, escuchando los sonidos que la rodeaban. De vez en cuando, un soplo de aire le alborotaba el pelo, y el sol de un rojo dorado se hundía cada vez más en el horizonte.

—No sabía dónde te habías metido.

La profunda voz de Byron la sacó del silencioso ensimismamiento. Se levantó y se sacudió el polvo de los pantalones sin mirarlo.

—Llevo más de dos horas buscándote —continuó él, ante su silencio.

—Lo siento —evitando su mirada, tomó las gafas de sol de la roca y se las puso—. Había perdido la noción del tiempo.

—Esta tarde, a las cuatro, Fliss ha ingresado en el hospital. He pensado que te gustaría saberlo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó preocupada.

—La madre y la hija están perfectamente contestó con una sonrisa arrebatadora—. La niña tenía prisa por salir. Según me han dicho, pesa tres kilos doscientos gramos tiene el pelo negro y ha heredado la barbilla de los Rockcliffe.

—¿Qué nombre le han puesto? —preguntó con una sensación de vacío en el estómago.

— Emma —anunció Byron orgulloso Emma Rose Millicent. Creo

que el último nombre se lo han puesto en honor de mi tía Milly.

Frunció el ceño de repente al ver la expresión torturada en el rostro de Cara. Las lágrimas resbalaban de sus ojos color avellana y caían por sus mejillas.

—¿Cara?—le puso la mano en el brazo—. ¿Qué te pasa?

Entonces empezó a llorar, con un sonido que lo destrozaba por dentro. Nunca la había visto así. No era como Fliss, a quien se le escapaban las lágrimas con las películas románticas. Cara siempre permanecía impasible. Al principio lo intrigaba, pero después le molestaba que suprimiera los sentimientos.

—Cara, cariño —la rodeó con los brazos—. ¿Qué he dicho que te haya molestado?

Ella sacudió la cabeza contra su pecho, incapaz de hablar, mientras él le acariciaba el pelo. No sabía qué otra cosa hacer.

Poco a poco, los profundos sollozos cedieron paso al hipo y Byron le ofreció un pañuelo.

—Vámonos a casa —dijo con delicadeza.

La acompañó calle arriba, sin soltar su mano. En aquella ocasión, no se soltó y hasta lo apretaba con fuerza Byron sonrió para sí Tal vez empezara por fin a confiar en él.

Cuando llegaron a la casa, la llevó al cuarto de baño del piso de arriba y llenó la bañera. Ella guardó silencio mientras él la desnudaba y levantó las manos por encima de la cabeza, como una niña, para que le quitara el jersey. Su rostro conservaba las huellas del ataque de llanto, pero a él se le antojaba hermoso. Parecía una persona de verdad y no la máscara impávida que tanto lo sacaba de quicio. Sentía que estaban más cerca que nunca. Y se preguntó si podría aprender a amarlo como él la amaba a ella, si podría aprender a confiar en él, si alguna vez se atrevería a hablarle sobre la decisión que había tomado de poner fin a su embarazo.

Cuando lo supo, la había odiado por ello. Un amigo suyo le comentó que había visto a Cara en Sidney y que parecía embarazada. Byron seguía pensando en la forma de acercarse a ella cuando su amigo volvió a llamarlo para decirle que la había vuelto a ver, pero el embarazo había desaparecido. Al principio no se lo podía creer, pero después recordó todas las discusiones que habían tenido sobre la posibilidad de tener hijos. Al final, la había llamado, sólo una vez, pero su madre se había puesto al teléfono, y él le había preguntado si era cierto, incapaz de contenerse. Edna Gillem le confirmó que ya no había embarazo y le dijo que no tenía por qué volver a llamar a su hija nunca más.

Aquel día se emborrachó y. acabó teniendo una aventura de una noche en la que no le gustaba pensar.

Ayudó a Cara a meterse en el agua caliente y se preguntó si se

arrepentía, si aquél era el motivo de su llanto. La noticia del parto de Fliss había sido el desencadenante, pero no entendía por qué. Cara siempre había afirmado que no quería tener hijos, aunque al verla con sus sobrinos había llegado a preguntarse si sería del todo sincera.

—Voy a preparar algo de cena —dijo pasándose una mano por el pelo.

—Prefiero irme a la cama.

—¿No tienes hambre?

—Estoy cansada —contestó mientras alargaba el brazo hacia las toallas.

Él se apresuré a tomar una y envolvió a Cara en ella.

—Eso no es necesario — dijo sujetándole la mano.

—Si no te tapo, es posible que sienta la tentación de hacer otra cosa —confesó.

—No me importaría —contestó en voz baja sin dejar de mirarlo.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

Cara asintió.

—¿Ahora? —preguntó él—. ¿En este momento?

Ella volvió a asentir.

El le llevó un dedo a la mejilla y trazó el contorno de sus labios. Ella los abrió y se puso a mordisquearlo. Después se apretó contra él, impregnándolo de su aroma.

Fueron al dormitorio. Cara seguía con la vista los movimientos de sus manos mientras se quitaba la ropa, y él se sintió invadido por el deseo.

Cara no dijo una palabra. Sus manos y su boca hablaban por ella. Byron decidió que tal vez no sintiera amor, pero lo deseaba, y tendría que conformarse con aquello.

Ella lo exploró con las manos. Le acarició el rostro, explorando sus rasgos: la nariz griega, las cejas negras y rectas, la línea definida de su barbilla cubierta de la masculina sombra de la barba incipiente. Recorrió su cuello y sus hombros, redescubriendo el contorno de cada uno de sus músculos. Lo oyó con tener la respiración cuando encontró la cueva de su ombligo y se demoró en la zona, consciente de que él esperaba que siguiera bajando la mano. Podía verlo en sus ojos ardientes por el deseo. Rió y empezó a descender, poco a poco, rozando con la punta de los dedos la línea de vello oscuro. Se sentía poderosa y femenina por el efecto que tenía sobre él.

—Oh, Dios —gimió Byron cuando ella bajó la cabeza.

Durante un rato estuvo sintiendo y saboreando cómo él perdía el control. Después, él le sujetó la cabeza para que la moviera más despacio.

—No puedo aguantar mucho más.

Alzó la cabeza para mirarlo y él volvió a gemir, antes de levantarla

y dejarla sobre la cama, para atraparla bajo su cuerpo,

—Te tengo —susurró contra su boca—. Ha llegado el momento de la venganza.

Cara se estremeció de placer ante la provocativa amenaza. Byron la besó en la boca antes de empezar a bajar. Se detuvo en sus senos y después continuó el descenso, hasta hacerla estremecerse y gemir. Después se introdujo en su cálido interior para arrastrarla de nuevo al éxtasis.

Cuando terminaron, Cara estaba tumbada entre sus brazos; dos lágrimas resbalaron por su mejilla. Byron notó la humedad en el hombro y se volvió para mirarla. Le enjugó otra lágrima fugitiva mirándola con calidez.

—Parece que últimamente te provoco un efecto muy curioso— observó.

Ella se mordió el labio pero no pudo contener un sollozo.

—¿Cara?

Hundió el rostro en su pecho y él le sujetó la cabeza mientras lloraba. Poco a poco se tranquilizó y se quedó dormida entre sus brazos. Byron escuchó su respiración acompasada. Al cabo de un rato, ella se dio la vuelta y él se levantó a comer algo.

Cuando volvió un poco después, ella seguía pro fundamente dormida. Su pelo estaba esparcido por la almohada y aún tenía las mejillas enrojecidas por el llanto.

Byron suspiró y se tumbó a su lado, pero cuando por fin cerró los ojos, los dedos del amanecer empezaban a escribir su mensaje matinal en el cielo del este.

Cara ya se había duchado y vestido cuando él bajó. Le tendió una taza de té con un atisbo de sonrisa; él la apuró de un trago y se inclinó para besarla en los labios.

—Estás preciosa cuando sonríes.

Ella no contestó, pero su sonrisa se hizo más amplia.

—Si no tienes nada que hacer hoy, ¿por qué no me ayudas a elegir un regalo para Emma? ¿Puedes venir a buscarme a la hora de comer?

Se detuvo en seco. Cara se había puesto tensa y la sonrisa había desaparecido. Sus ojos habían vuelto a perder la inusitada calidez que mostraban momentos antes.

—¿No crees que deberíamos hablar de esto? — Ella negó con la cabeza y se rellenó la taza.

—Estoy ocupada. Elige lo que quieras. A fin de cuentas, es tu sobrina.

No quería presionarla. Sabía que había algún motivo por el que Cara reaccionaba así cada vez que mencionaba a la hija de Fliss, pero

no tenía ni idea de lo que podía ser. Fue a buscar la leche, pero cambió de idea y cerró la nevera con un golpe.

Cara levantó la cabeza sobresaltada, pero sus ojos seguían sin delatar sus pensamientos.

—Llego tarde —dijo él—. Llámame si cambias de idea.

—No voy a cambiar de idea.

—Me lo imaginaba.

Cara lo observó mientras se marchaba, pero no consiguió pronunciar a tiempo ninguna palabra para hacerlo volver.

El silencio reinaba en el cementerio.

Hasta los pájaros parecían haber bajado el tono de su canción a un susurro respetuoso. Cara caminó hacia la tumba de Emma. Pasar junto a las lápidas era como caminar entre una multitud sin rostros. Leía los nombres y se preguntaba por las circunstancias de sus vidas y sus muertes. Algunos eran muy. jóvenes. Otros habían vivido muchos años, y Cara esperaba que hubieran sabido aprovecharlos.

Aminoró la marcha a medida que se aproximaba al querubín de bronce que custodiaba el reposo de su hija. Las flores que había dejado la última vez se habían secado. Se arrodilló para sacarlas de la esponja una a una y las dejó a un lado. Desempaquetó y colocó cuidadosamente los claveles rosas. Después envolvió las flores secas en el papel en el que había llevado las frescas y se levantó. Empezó a alejarse, con la vista clavada en el suelo, pero se detuvo cuando vio un par de zapatos brillantes. Se quedó inmóvil al levantar la mirada y encontrarse frente a la alta figura de Byron.

—Estaba... —Cara apretó las flores secas, distraída. Sólo estaba...

—¿Es aquí donde está enterrada tu madre?

—No —respondió apartando la vista.

—¿A quién has venido a ver?

Lo miró largamente, indecisa. Ya era suficiente que ella hubiera sufrido aquella pérdida; no tenía sentido que él la compartiera.

—A nadie.

— que vienes aquí con frecuencia sólo para caminar entre las tumbas? —preguntó con sarcasmo.

Cara tragó para disipar el nudo que tenía en la garganta. Byron había empezado a andar. Se sintió aterrorizada. Estaba a tres pasos de la tumba de Emma. Sólo a tres pasos...

Se quedó de pie, intentando desesperadamente buscar la forma de decirle algo que, ahora se daba cuenta, debería haberle dicho desde el principio.

Pero ya era demasiado tarde.

—Oh, Dios mío —Byron estaba frente al querubín de bronce.

Cara cerró los ojos y supo lo que estaba leyendo:

Emma Grace Felicity Rockcliffe. Nacida y muerta e mismo día. Siempre te querré, y en algún sitio, algún día, volveré a encontrarte y seré tu madre.

Se volvió hacia ella, con los ojos nublados por la conmoción.

—Por el amor de Dios, ¿cómo no me lo dijiste?

—Yo…

—Tenía derecho a saberlo, maldita sea.

Su cólera la golpeó como una bofetada.

—¿Por qué dejaste que pensara que habías aborta do? —continuó.

Cara bajó la vista a las flores secas que aún apretaba entre las manos.

—Supongo que me lo merecía por lo que hice.

—Me he perdido. ¿Qué fue lo que hiciste?

—Murió por mi culpa.

—¿Qué pasó?

—Iba conduciendo, con mi madre, y apareció un coche de la nada. Creo que se había saltado un semáforo en rojo. Mi madre resultó gravemente herida

—¿Y tú?

—No pudieron detener el parto a tiempo. Emma no tuvo muchas oportunidades después del golpe. Era demasiado pequeña...

Las flores cayeron al suelo cuando hundió el rostro entre las manos. Byron respiró profundamente y la tomó entre sus brazos, observando la tumba de su hija por encima de la cabeza de Cara.

—No pude dejar a mi madre —dijo contra su pecho. — Me sentía culpable, y ella lo aprovechó hasta que prácticamente renuncié a mi vida para cuidarla. No habría sobrevivido de no ser por Trevor y la empresa que montamos.

Byron se enjugó las lágrimas e intentó entender lo ocurrido. No sabía por qué no había acudido a él. Se preguntó cómo podía odiarlo tanto.

—Tenía tu boca —dijo Cara con voz quebrada—. Y tu barbilla.

Byron dejó que siguiera hablando; él no se atrevía a decir nada. Se sentía como si hubiera recibido un golpe en la boca del estómago y apenas podía respirar.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Cara tras un largo silencio.

—He ido a casa a la hora de comer, te he visto mientras te subías al autobús y he decidido seguirte para llamarte cuando te bajaras, pero luego te he visto entrar en el cementerio y he pensado que venías a ver a tu madre, aunque no puedo imaginar por qué querrías visitarla después de todo lo que hizo.

Se preguntó si debería hablarle de la conversación que había tenido con Edna y decidió no hacer lo. Cara ya había sufrido bastante y no

necesitaba más motivos de dolor.

Esperó a llegar a casa antes de sacar el tema.

—¿Cara?

—¿Si?

La miró durante un momento.

—¿A dónde vamos desde aquí?

—¿Qué?

—Nuestra relación —explicó—. ¿Crees que tenemos futuro o que todo ha terminado?

—Todo ha terminado.

—¿Por qué?

—Porque no tenemos futuro. Sólo tenemos el pasado.

—Podemos crearnos un futuro. ¿No crees que sea posible?

—No —se volvió, incapaz de mirarlo a los ojos—. Me temo que no.

—¿Se puede saber por qué? —preguntó incapaz de contener la desesperación—. ¿Por qué no podemos intentarlo?

Cara lo miró con una frialdad que lo sacaba de quicio.

—Porque no puedo darte lo que quieres.

—¿Qué quieres decir?

—Quieres tener hijos ¿verdad?

—En algún momento, pero no tengo prisa. Podemos esperar a que estés preparada y...

—Nunca estaré preparada.

—.Claro que sí, cuando superes lo de Emma. Los dos necesitamos tiempo para curarnos.

—No lo entiendes.

La fachada de tranquilidad empezaba a desmoronarse.

—¿Qué es lo que tengo que entender? He dicho que no tengo prisas Tómate todo el tiempo que necesites.

—No me estás escuchando, Byron. Yo también resulté herida en el accidente —dijo con un tono des provisto de emociones—. Ya no puedo tener hijos.

Capítulo 13

Byron no podía articular palabra. La emoción le atenazaba la garganta mientras recordaba la manera en que había forzado el retorno de Cara a su vida. Él había reaparecido de forma arrasadora y había reabierto todas las heridas.

—Me doy cuenta de que ha de ser un golpe para ti —estaba diciendo ella —Quise decírtelo, pero no habría podido hacerlo sin hablarte de... de Emma.

La leve vacilación al mencionar el nombre fue como otra herida en el pecho de Byron.

—Habrías acabado por odiarme más aún —prosiguió Cara—. Mereces algo mejor que eso. Habrías sido un buen padre. No renuncies a nada por mí, por que aunque quisiera no podría darte lo que deseas.

—Podemos adoptar un niño —Byron se aferró al clavo ardiente más a mano.

—No. Aún puedes tener tus propios hijos. ¿Por qué no habrías de tenerlos?

Byron no tenía respuesta para aquello. Necesitaba algo de margen para pensar.

—¿Por qué accediste a vivir conmigo? — preguntó cuando consiguió ordenar un poco sus pensamientos—. Si todo este tiempo supiste que no podrías tener otro hijo, ¿por qué me dejaste arrastrarte a esta relación?

—Me sentía culpable por la forma en que había descuidado el negocio. No quería que Trevor perdiese todo lo que había invertido sólo porque yo estaba preocupada y desconcentrada. Además —añadió con un ligero tono irónico— pensé que pronto te cansarías.

—¿Y la píldora? ¿Por qué te molestabas en tomarla si en realidad no te hacía falta?

—Para regular el ciclo. Después de lo de... Emma era más problemático que nunca. Mi médico pensó, que tomar la píldora en dosis moderadas sería de ayuda.

Byron la miró fijamente y habló con determinación.

—Quiero que nos casemos de nuevo.

—¿Qué?

Él se acercó aún más y tomó sus manos.

—Quiero que volvamos a casarnos y comencemos de nuevo —dijo con seriedad

Cara se quedó boquiabierta

—¿Te has vuelto completamente loco? ¡No puedo tener hijos! ¿No has oído lo que te he dicho? ¡No puedo darte lo que quieres!

—Quiero tener hijos. Pero quiero tenerte a ti más aún.

La mujer abrió y cerró la boca mientras intentaba encontrar las palabras. Para responder, sin dar con ellas.

—En el mundo hay cientos de niños sin padres que podemos adoptar —añadió él, antes de que Cara pudiese responder—. Un niño es un niño, sea cual sea su origen biológico. Ahora me doy cuenta después de ver cómo tratas a mis sobrinos Has nacido para ser madre; ningún niño puede resistirse cuando está contigo. Maldita sea, ni yo mismo puedo resistirme y soy un adulto. Aunque últimamente he estado comportándome como un crío. ¿Puedes perdonarme?

—No sé qué responder... —cada vez le resultaba más difícil contenerse. Las emociones se agitaban dentro de su pecho como si quisieran salir al exterior.

—Quiero pasar el resto de mi visa contigo, Cara —dijo él—. ¿Lo entiendes ahora?

—Tú... ¿Me quieres?

—Mucho más que eso. Nunca he dejado de amarte. El día que te alejaste me volqué en el trabajo intentando compensar tu ausencia, pero ni siquiera después de siete años es suficiente. Te quiero a ti para llenar el vacío que hay en mi vida. Sólo a ti

—Aún no sé qué decir.

Cara sintió cómo los brazos de él la rodeaban, y se sintió disolver en la cálida solidez del abrazo.

—Lo que tienes que decir es que sientes exacta mente lo mismo —respondió él, sonriendo.

—Y así es. Te amo. Pero...

—¿Pero?

—Quiero estar contigo. Pero me inquieta que pasado algún tiempo te arrepientas de esta decisión porque no soy el tipo de pareja que necesitas.

—Te necesito, Cara. No quiero nada más.

Ella deseaba creerlo con todas sus fuerzas, pero no podía estar segura.

Byron acercó sus labios a los de ella, y las dudas quedaron momentáneamente olvidadas en la magia del contacto; las manos de él disipaban los miedos que aún persistían, a base de caricias decididas que hacían que su carne gritase de placer. Pero una vez pasado el disfrute las preocupaciones regresaron como grietas en el muro de seguridad que ella necesitaba a su alrededor...

A la mañana siguiente, Byron sonrió desde el otro lado de la mesa del desayuno.

—Mi familia quiere saber cuándo vas a hacer de mí un hombre honesto.

—¿Les has contado lo nuestro a tus padres?

—Por supuesto dijo, —poniendo a un lado el tazón de cereales—.

Lo primero que he hecho esta mañana ha sido telefonearlos. Están encantados por la noticia.

—¿Por qué tiene que enterarse tu familia de todo lo que haces? —preguntó.

Cara oyó el golpe que dio la cuchara cuando él la dejó caer dentro del tazón.

—Es mi familia. Y las familias están para eso: para compartir —respondió él.

—¿No podíamos haber tenido unos días para nosotros solos antes de que se enterasen del secreto?

—¿Secreto?—la miró fijamente. ¿Qué secreto?

Cara se agitó en su asiento.

—Quería acostumbrarme a la idea de estar contigo de nuevo de anunciarlo al público.

—Mi familia no es exactamente público.

—Tu familia es agobiante. Hasta Fliss lo dice.

—Sí, claro; eso es lo que dice ella desde que se llenó la cabeza de esas tonterías sobre Freud, Jung y todos los demás. Por el amor de Dios, Cara, ¡estamos juntos de nuevo! ¿Qué diablos importa quién lo sepa?

—¿Se lo has contado a Megan?

—No he considerado que fuera necesario.

—¿Por qué no?

Byron se puso en pie bruscamente.

—Me voy a trabajar. Cuando vuelva, quiero que la Cara que tenía anoche en mis brazos esté aquí de vuelta. ¿Entiendes?

Cara le lanzó una mirada desafiante.

—¿Por qué no le has contado lo nuestro a Megan?

—Te lo he dicho veces. Megan no tiene nada que ver con esto.

—Sabes que está embarazada —respondió Cara.

—Eso no es asunto mío en absoluto.

—¿Estás seguro?

—¿Cómo puedes preguntarme eso?

La contempló con incredulidad. Cara se encogió de hombros con indiferencia.

—No lo sé. Podría sernos de utilidad algún día. Podrías contratar sus servicios como vientre de alquiler. Al menos serviría para que pudieras hacer tu aportación al acervo genético de los Rockcliffe.

—Me niego a participar en una conversación tan inútil —dijo él mientras buscaba las llaves—. Pareces decidida a derribar el puente que hemos construido, como si no quisieras ser feliz. ¿Qué ocurre contigo? Criticas a mi familia como si intentase destruirte, cuando lo único que desea es tu felicidad.

E—s tu familia, no lamía.

—No, Cara. Es nuestra familia. Hicieron todo lo que pudieron para demostrártelo hace siete años, pero los rechazaste. Te querían y te recibieron con los brazos abiertos, pero los rechazaste. Incluso ahora sigues apartándolos de ti.

—No los aparto. Es sólo que tengo claustrofobia cuando están cerca.

—Sólo porque no puedes permanecer en guardia constantemente.

—¿Qué quieres decir con eso? —respondió Cara, a la defensiva.

— No te gustan las multitudes porque no puedes mantener tu delicada fachada bajo control todo el rato. La gente atraviesa tus barreras y te sientes amenazada, temes que alguien descubra cómo es la auténtica Cara.

—Creía que era tu hermana la que había estudiado psicología —respondió con sarcasmo.

—No voy a dejarte salir adelante con esto, ¿sabes? —dijo él—. Te quiero demasiado como para quedarme al margen y contemplar cómo saboteas tu vida una vez más. Me doy cuenta de que mi familia es un poco agobiante, sobre todo para alguien como tú, que no sabe demasiado sobre lo que convierte en familia a una familia.

—No quiero tu compasión

—No te la estoy dando. Sólo expongo un hecho: hemos tenido infancias completamente diferentes, pero eso no significa que no podamos tener juntos una vida feliz satisfactoria. Mira, cariño —dijo con un suspiro resignado, —quizá tengas razón y yo haya permitido que mi familia ocupe demasiado espacio en nuestras vidas. Quizá no debería haber insistido en que vinieses a Melbourne conmigo.

El escuchar cómo él le daba la razón hizo, de alguna forma, que su familia pareciese menos amenazadora. La verdad era que se sentía celosa del amor que compartía la familia; cada uno mirando por los demás, interesándose, riendo juntos, llorando juntos.

Ellos representaban todo lo que Cara había soñado siempre, pero en lugar de unirse a ellos se había excluido voluntariamente y había saboteado con de liberación los intentos de introducirla en el cálido refugio del grupo. Era realmente irónico, pensó, que hubiese tardado tanto en darse cuenta.

—No tenemos que verlos hasta que así lo quieras —dijo él, interrumpiendo sus pensamientos—. Y no es necesario que estén presentes n nuestra boda. Organizaremos una ceremonia sencilla y privada;

—Me gustaría que vinieran —respondió, sonriendo levemente—. Especialmente la tía Milly.

—Bueno —Byron se echó a reír—. Entonces será mejor que encargue una caja extra de champaña sólo para ella.

Cara no pudo evitar que una sonrisa se extendiese sobre su rostro al mirarlo.

—¿No vas a llegar tarde al trabajo? —preguntó.

Byron miró de reojo el reloj antes de tomarla en brazos.

—El trabajo puede esperar —dijo con voz ronca—. Se me ocurre algo mucho más interesante que hacer.

Una hora después, Cara contempló cómo Byron se marchaba a trabajar; sus emociones aún se hallaban en un estado de ambivalencia. Deseaba sentir confianza en su futuro compartido, pero por mucho que se esforzase en vislumbrarlo, la imagen de su mente se difuminaba cuando pensaba en su felicidad a largo plazo. Byron quería tener hijos propios, como sus hermanos, y aquello era algo que ella no sería capaz de darle.

Lo amaba; pero no sabía si sería suficiente.

Trevor la llamó aquella tarde.

—¡No me puedo creer lo prepotente que es! — exclamó mientras relataba a Cara la primera mañana transcurrida con Megan al timón—. Ha estado preguntando por todos los recibos. Yo no sé donde están, por el amor de Dios.

Cara no pudo evitar una punzada de culpa al sentir la frustración en el tono de su socio.

—Déjala hacer lo que tenga que hacer, Trevor —le dijo. Estoy segura de que las cosas comenzarán a ir mejor cuando la contabilidad esté al día. Siento haberte dejado solo en la oficina. Debería haberte ayudado, pero...

—Es insoportable —dijo Trevor—. Y ha sido peor aún cuando ha llegado su novio.

—¿Su novio?

—¿No lo conoces?

—No... No estoy segura —respondió vacilante.

—Un tipo casado, de alto nivel, discreto.

—¿Debería conocerlo?

—Bueno, cariño, le decoraste la casa.

—No... No... Cara no pudo decir el nombre en voz alta.

—Dylan McMillanus — intervino Trevor interrumpiendo la tortura —. Ya sabes, el tipo que sale en ese culebrón del canal once. Va a ser papá, pero yo no te lo he dicho. Mis labios están sellados.

Cara se sintió casi mareada mientras el alivio corría por sus venas como una droga.

—¿Estás seguro?

—Los he oído hablar de ello —respondió Trevor—. Bueno, la verdad es que la mitad de la calle los habría oído si yo no hubiera cerrado a tiempo la puerta de la oficina. A él no se le veía muy contento por lo del crío. Es mala publicidad, ya sabes, tener hijos por

ahí con otra mientras se tiene una esposa ya instalada encasa.

—Esposa y dos hijos, si la memoria no me falla —dijo Cara, recordando a los encantadores hijos del actor, un niño y una niña no mucho mayores que las sobrinas de Byron.

—Los hombres pueden ser unos bastardos —dijo Trevor desdeñosamente.

—No lo hizo él solo —señaló Cara—. Quizá Megan quisiera un hijo.

—Bueno, a juzgar por la bronca que he oído, es lo único que ella va a sacar. Dylan McMillanus no es de los que rompen un hogar feliz por un poco de diversión. Ha ofrecido dinero a Megan a cambio de mantener la boca cerrada.

La conversación se desvió a otros temas, para alivio de Cara. Después de colgar el teléfono pensó que Megan sabría que Dylan McMillanus la iba a dejar tirada al final, y e su desesperación había intentado enganchar a Byron, pero él se había resistido.

Lo amaba más que nunca y se daba cuenta de lo mal que lo había juzgado.

Cara no podía esperar a que Byron regresase a casa. Intento hablar con él por el móvil, pero se encontró con el contestador. Miró de vez en cuando el reloj mientras se acercaba la noche, pero el camino de entrada permaneció vacío y el teléfono, testarudamente silencioso.

Eran alrededor de las diez cuando el teléfono sonó repentinamente, sobresaltándola.

—¿Dónde estás? He estado esperándote para...

—Lo siento, cariño. He intentado llamarte varias veces, pero la línea estaba ocupada. Estoy en Melbourne.

—¿Melbourne?

Cara sintió que le temblaba la mano que sostenía el auricular. Se preguntó si aquel hombre no podía pasar ni siquiera un día sin acudir a visitar a su familia.

—Mi padre ha sufrido un ataque al corazón —dijo él—. Estoy en el hospital. He salido en el primer vuelo que he encontrado.

—¿Cómo…cómo está? —de algún modo, se las arregló para hacer la pregunta.

—Ahora está mejor, pero durante un rato su estado fue crítico. Le harán un bypass en una semana.

—Lo siento mucho —dijo ella—. ¿Quieres que vaya?

—No respondió con firmeza—. No será necesario y, de todas formas, ya hay demasiada gente por aquí. La enfermera intenta echarnos cada vez que puede, pero no queremos dejar sola a mi madre.

—Debe de estar muy preocupada.

—Parece tranquila, pero creo que será mejor que me quede por aquí unos días para guardar el fuerte. ¿Te importa?

—Por supuesto que no —replicó Cara—. Byron, quiero decirte una

cosa...

—Cariño, viene el médico; tengo que dejarte. Te llamaré por la mañana, de acuerdo? Te quiero.

—Yo también te... —se oyó el sonido del otro telé fono al colgar, antes de que pudiera terminar la frase que más deseaba decir.

Cara se dejó caer en el sofá más cercano. La resultaba muy duro imaginarse al padre de Byron en una cama de hospital después de haber rozado las puertas de la muerte. Sabía lo preocupada que estaría toda la familia. Sus pensamientos se desviaron hacia Fliss, que acababa de tener un bebé, y a cómo la afectaría la terrible noticia. Pensó en la madre de Byron, intentado que su rostro amable no mostrase preocupación, por el bien de los demás. Pensó en los sobrinos de Byron y en sus expresiones asustadas e inseguras ante las palabras susurradas y las lágrimas silenciosas.

Cara se dio cuenta repentinamente de que deseaba estar con ellos. Quería escucharlos y consolarlos. Quería servir de apoyo a Byron en aquellos momentos difíciles y demostrarle cuánto amaba a su familia. Él tenía razón; ahora eran también la familia de ella, la única familia que había conocido realmente.

Llamó al aeropuerto, pero el último vuelo de la noche ya había salido. La decepción fue tan fuerte, que se sintió enferma. Llegó a plantearse la posibilidad de subir al coche y conducir toda la noche para llegar allí, pero al final optó por no hacerlo.

Cuando salió el sol, se levantó de la gran cama. De repente, la habitación pareció inclinarse alarmantemente. La alfombra comenzó a girar bajo sus pies en un remolino mareante. Intentó inútilmente sujetarse a la lámpara, pero ésta cayó al suelo y se rompió en mil pedazos que quedaron esparcidos al rededor de su cuerpo inconsciente.

El teléfono estaba sonando. Sonaba dentro de su cabeza... No; al abrir los ojos se dio cuenta de que el sonido procedía de la mesilla, al otro lado de la cama. Intentó comprender por qué estaba tendida en el suelo Cuando alcanzó a descolgar el teléfono, éste había dejado de sonar. Se preguntó si no lo habría imaginado. Sintió náuseas y se dejó caer de nuevo sobre la cama por si volvía a desmayarse.

Esperó a estar segura de que el mareo había pasado antes de ponerse de pie. Comprobó su equilibrio durante unos instantes, y después caminó cuidadosamente hacia el baño.

Se sintió mejor después de la ducha. No podía comprender por qué había enfermado justo en aquel momento, cuando quería resultar de ayuda para By ron y su familia.

El teléfono sonó mientras buscaba unos vaqueros que ponerse.

—¿Cara? —la voz de Byron sonaba seca e impaciente. —¿Dónde estabas? He llamado varias veces en los últimos treinta minutos.

—Yo... estuvo a punto de decirle que se había desmayado, pero

recordó que ya tenía bastantes preocupaciones sin que ella añadiese una más—. Estaba en la ducha.

—Podías oír el teléfono desde la ducha.

—Tenía la radio encendida —improvisó. ¿Cómo está tu padre?

— Aguanta.

—Pareces cansado.

—Tú también.

—He pasado una mala noche.

—Te echo de menos— dijo él.

El corazón de Cara dio un vuelco.

—Yo a ti también.

Hubo un instante de silencio.

Quiero que vengas —dijo Byron—. No puedo so portar estar lejos de ti, y menos ahora.

—Saldré en el próximo avión.

—¿No te importa? —preguntó sorprendido.

Quiero estar allí.

—¿Cara?

—¿Si?

—Nada. Puede esperar hasta que vengas.

—Estaré ahí tan pronto como pueda.

Cara se levantó, pera la habitación comenzó a girar y no tuvo más remedio que sentarse en el borde de la cama una vez más.

Respiró profundamente varias veces y lo intentó de nuevo, pero tan pronto como se sostenía sobre los pies las paredes de la habitación parecían cerrarse sobre ella.

Volvió la mirada hacia el teléfono. Necesitaba ver a un médico.

Telefoneó al consultorio más cercano, pero no podían darle cita hasta las dos de la tarde. La concertó, todavía dispondría de tiempo suficiente para tomar un vuelo a Melbourne.

Cara acudió en taxi a la consulta del médico; aún no se atrevía a conducir, a pesar de que los mareos habían remitido a medida que avanzaba el día.

La doctora Shelley sonrió desde el otro lado de la mesa.

—¿Qué le ocurre?

—Me he desmayado esta mañana —dijo Cara, sintiéndose repentinamente avergonzada.

—¿Se ha hecho daño?

—No, pero necesito ir a Melbourne es tarde y quiero estar segura de que no ocurre nada malo. Nunca me había desmayado hasta hoy.

—¿Algún otro síntoma? —preguntó la doctora Shelley mientras alcanzaba el tensiómetro.

—Tenía náuseas.

—¿Ha vomitado?

—No he comido demasiado últimamente. Pensar en la comida hace que se me revuelva el estómago.

—Tiene la tensión un poco baja, pero no es nada de lo que haya que preocuparse —dijo mientras retiraba el tensiómetro y soltaba el estetoscopio—. Primero comprobaremos la posibilidad de embarazo y después ya veremos.

— Es imposible que esté embarazada.

—¿Completamente?

Cara le habló del accidente.

—En cualquier caso vale la pena comprobarlo. El cuerpo humano nos sorprende con frecuencia. ¿Dice que ha estado tomando anticonceptivos para regula rizar el ciclo menstrual?

Cara asintió

—¿Ha omitido alguna toma?

—Una o dos veces.

—Súbase la manga; tomaré una muestra de sangre. Las pruebas de embarazo de farmacia son más eficaces si se realizan por la mañana. Con un análisis de sangre podremos medir mejor los niveles de hormonas y asegurarnos.

—¿Cuándo sabré el resultado? —preguntó Cara, sentada en el borde de la silla.

—Mañana a primera hora.

—Pero yo esperaba tomar un vuelo a...

—¿Viajará alguien con usted?

—No.

—¿No puede esperar hasta mañana? —preguntó la doctora. Los análisis nos dirán más. Quizá no debería viajar hasta estar segura, por si se trata de una infección de algún tipo.

Cara salió de la clínica, aún aturdida. No podía aceptar la posibilidad de estar embarazada, por si al final se trataba de un simple virus. La decepción sería peor si se permitía tener esperanzas aunque sólo fuera durante unas horas.

—¿Qué quieres decir con eso de que no puedes tomar un avión? —la voz de Byron sonaba irritada a través del móvil.

Cara no quería mentir, pero no podía decirle lo que ocurría.

—Todos los vuelos están completos

—¿En todas las líneas?

—Lo he intentado con las principales.

—Maldita sea, Cara; te necesito aquí.

—Yo también quiero estar ahí, pero no puedo...

—¿Estás segura de que de verdad quieres venir? —preguntó en tono sombrío. —. ¿No será que te lo estás replanteando?

—Byron, sabes que quiero…
—Sé lo que quieres —espetó. Quieres alejarte de mi vida. ¿verdad?
—¡Por supuesto que no! —protestó ella.
—Entonces demuéstralo. Ven esta noche. Seguro que puedes encontrar una plaza.
—Haré lo posible —dijo Cara, a sabiendas de que no podía salir de Sidney sin conocer el resultado del análisis.
A la mañana siguiente se dirigió a la clínica.
—Será mejor que se siente —dijo la doctora Shelley, después de que Cara entrase en su consulta.
—¿Es algo grave? —preguntó, imaginando de repente algún tipo de enfermedad incurable.
—Depende de cómo lo vea.
—¿Me voy a morir?
—No. Gracias a Dios, la tasa de mortalidad por embarazo es muy baja en estos tiempos —contestó la médico en tono era ligeramente burlón—. Creo que podremos llevarlo hasta el final con seguridad.
Cara parpadeó.
—Está embarazada —dijo la doctora Shelley con una sonrisa.
Cara permaneció sentada, estupefacta. Pasó un buen rato antes de que pudiese hablar
—¿De verdad estoy embarazada? ¿No es un error? La doctora Shelley negó con la cabeza y le pasó el informe con el resultado de los análisis. Cara lo miró, esperando encontrar algo completamente diferente, pero no parecía que hubiera margen para la duda.
—No puedo creerlo. Me dijeron que era estéril.
—¿Quién se lo dijo?
Se esforzó por recordar aquella época de pesadilla. Estaba segura de que uno de los internos había comentado que las heridas internas eran tan graves, que un nuevo embarazo era impensable. Peto estaba tan aturdida después del accidente que era posible que lo hubiera entendido mal. Entonces recordó que su madre insistía en que lo que había oído era cierto.
—Creo que lo entendí mal. Estaba convencida de que el médico me había dicho que no podría volver a quedarme embarazada.
—Es posible que le dijera que no podía volver a quedarse embarazada inmediatamente —dijo la doctora. Su cuerpo necesitaría tiempo para recuperarse.
—Sí Es posible que dijera eso.
—Vuelva a verme dentro de un mes y haremos una ecografía.
—¿Puedo ir ahora a Melbourne?
—Vaya a casa y prepare el equipaje. Puede ir adonde quiera.
Cara salió de la clínica sintiéndose flotar. No podía creerlo. Estaba embarazada de Byron. Estaba deseando comunicarle la noticia. Se

pondría fuera de sí de alegría; una alegría como la que ahora estaba sintiendo ella, creciendo en su interior de forma que pensaba que estaba a punto de estallar.

De vuelta en Cremorne, sacó una maleta de lo alto del armario y empezó a preparar el equipaje arrojando todo lo que pensó que podría necesitar, sin tornarse la molestia de doblar la ropa. Cerró la maleta con los dedos temblorosos por la emoción.

Estaba bajando los últimos escalones cuando la puerta se abrió bruscamente y entró Byron, con una expresión terriblemente enojada en el rostro.

—¿Vas a alguna parte? —las palabras cortaron el aire como cuchillos.

Cara bajó el último escalón, pero la maleta se atascó, la cremallera acusó la tensión y cedió, y el contenido se esparció por el suelo. Los ojos de él re corrieron lo que parecía ser la totalidad del vestuario de Cara, antes de volverse hacia ella.

—Me lo imaginaba —dijo mientras retiraba unas medias con liga de encaje que habían caído sobre sus zapatos, con tanto desdén que el corazón de Cara pareció detenerse—. Me imaginaba que sería esto lo que harías: huir en cuanto yo volviera la espalda.

Cara abrió la boca, pero estaba sin habla.

—Supongo que así era como te ibas a vengar por haberme ido con mi familia —sus labios se torcieron en una mueca de desprecio.

—No... —luchó por librarse de la tenaza que sentía en la garganta —. Byron, no es lo que crees. Estaba...

—¡No me insultes con tus patéticas mentiras! —gritó él—. ¿No has aprendido nada en estos siete años? No puedes huir ante cada pequeño obstáculo que se cruza en tu camino. ¡Tienes que afrontar la vida con la cabeza bien alta!

Byron se pasó la mano por su ya revuelto cabello y siguió hablando en voz más baja, como aceptando la derrota.

—He hecho todo lo que he podido para ayudarte, pero no es suficiente. Te amo y quiero pasar el resto de mi vida demostrándotelo, pero no me das una oportunidad. Te he dicho que Megan no significa nada para mí. Tenía una aventura con un hombre casado y al parecer me usaba como cortina de humo, pero me temo que no me di cuenta hasta que Fliss me lo dijo sin rodeos. Y en cuanto a mi familia... Ya te he dicho que no pretendo imponerte su presencia. • Entiendo que necesitas espacio y haré lo posible para proporcionártelo.

Cara dio un paso pisando su mejor blusa blanca para plantarse frente a él.

—Entonces, ¿qué pasará cuando necesitemos una canguro? —preguntó. —¿No son las familias grandes realmente útiles para este tipo de cosas?

—Lo siento —Byron sacudió la cabeza como si no estuviera seguro de haber oído bien—. Creo que me he perdido algo. Repite lo que acabas de decir.

—Estoy embarazada.

—Bromeas, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza, se introdujo la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros y le enseñó el resultado de los análisis. Pudo ver cómo los ojos del hombre se humedecían mientras leía la información del papel, y sintió como el corazón se le henchía, hasta que estuvo segura de que su pecho no iba a tener bastante espacio para contenerlo.

—Tiene que haber algún error… —la voz de Byron se fue apagando.

—Eso mismo es lo que yo le he dicho al médico esta mañana.

—¿Esta mañana? —dejó caer el. papel mientras se acercaba más a ella—. ¿Te has enterado esta mañana?

—Por eso no pude viajar ayer. No me sentía bien, y el médico pensó que era mejor esperar hasta que lo supiésemos con seguridad.

—¿Por qué no me lo dijiste por teléfono?

—No quería que nos ilusionásemos demasiado. Estaba segura de que me habían dicho que no podía tener hijos.

Cara le habló del papel que tuvo su madre en la exageración de lo que los médicos habían dicho, y de cómo ella lo había aceptado sin cuestionárselo, pensando que era el castigo que se merecía por no haber sido más cuidadosa.

Además añadió, levantando la vista para mirarlo directamente—, no quería perderme la expresión que pondrías cuando te lo dijera.

—¿Ha valido la pena la espera? —preguntó él, sonriendo.

Cara le devolvió la sonrisa y se apretó más contra él.

—Definitivamente, ha valido la pena.

Byron le dio un largo beso antes de volver a mirarla.

—Estaba tan seguro de que volverías a marcharte… Estaba completamente convencido. Llamé y llamé, y como no contestabas supe que tenía que volver aquí y averiguarlo con certeza. Cuando te he visto bajar por las escaleras con la maleta he perdido el control.

Cara sonrió comprensiva.

—No sabía qué llevar, así que he cargado demasiado equipaje. Estaba tan emocionada que no podía pensar con claridad.

Byron bajó la mirada hacia la falda que estaba pisando.

—Creo que ahora mismo no vas a necesitar nada de ropa.

—¿No?—sus ojos lanzaron destellos al ver el brillo en los del hombre.

Byron sonrío con picardía mientras la alzaba en brazos.

—No, definitivamente no —respondió, y subió las escaleras cargando con ella.

Fin.